
…r Carpio, L. F. de, and
…uregui y Aguilar, Juan
1821. 66

jamais admis dans cette citadelle, o
vieillard passait la plus grande pa
de son temps comme une araignée d
sa toile; mais le reste de la mai
m'étant ouvert, je rôdais partout s
contrainte. L'humidité et la pluie
pénétraient par les fenêtres brisées,
tachaient les papiers des murail
moisissaient les tableaux et détruisa
par degrés tous les meubles. Quan
temps était mauvais, j'aimais à erre
milieu de ces vastes appartemens
écouter siffler le vent qui faisait b
les portes et les jalousies. Je me
sais à songer aux réparations
ferais dans cette propriété lors
serait devenue mon héritage, et
les changemens que je me pro
d'y apporter alors. « Ces vieilles
» seront bien étonnées, me disa
» quand elles retentiront des
» d'une bruyante gaîté! »

La chambre que j'occupais che

Theo. Sedgwick Jr.
1837.

Re

POESIAS

ESCOGIDAS.

Paris, imprenta de J. Smith,
calle Montmorency, nº 16.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]



Michon sc.

FREY LOPE FELIZ DE VEGA CARP

POESIAS ESCOGIDAS

DE

LOPE DE VEGA

Y DE

D. JUAN DE JAUREGUI



MADRID,

EN LA IMPRENTA DE SANCHA.

1821.

NOTICIAS

DE

LOPE DE VEGA.

Lope Feliz de Vega Carpio nació en Madrid en 25 de Noviembre de 1562. Desde sus primeros años dió indicios del feraz ingenio que debió á la naturaleza; y niño componia versos que trocaba por juguetes de sus condiscípulos. *A los doce* años habia ya estudiado las Humanidades, y era diestro en todos los adornos de una educacion liberal, como la danza, la música y la esgrima. Viéndose huérfano y desvalido, entró primeramente en la familia de D. Gerónimo Manrique, Obispo de Avila; y despues sirvió de Secretario al Duque de Alba. Fué casado dos veces, y á la muerte de su segunda muger se hizo Presbítero, y entró en la Congregacion de Sacerdotes naturales de Madrid. Su vida hasta en-

tónces atenida á lo que le producian sus comedias y sus demas escritos, y agitada con las vicisitudes de su fortuna inquieta, tomó una situacion mas sosegada, y su reputacion y su gloria llegáron á la mayor altura á que puede aspirar un escritor. La fertilidad singular de su ingenio, y la muchedumbre inmensa de sus obras ocupaba y espantaba la imaginacion de sus contemporáneos que le miraban como un prodigio. Tenido por un oráculo, las gentes se paraban á verle y señalarle por las calles; venian muchos á Madrid por solo conocerle, y para calificar una cosa de buena se adoptó generalmente el modo antonomástico de decir que *era de Lope.* El Papa Urbano VIII le escribió una carta de su puño confiriéndole el grado de Doctor en Teología, y dándole el hábito de San Juan en agradecimiento del Poema *la Corona trágica* que le habia dedicado. Sus riquezas no fuéron menores que su fama, y él vivia con opulencia en la misma calle en que Cervántes casi desconocido pasaba

una vida ociosa y pobre. Vivió hasta el año de 1635 en que murió á la violencia de una enfermedad aguda de 73 de edad: y su entierro se hizo con la mayor solemnidad y pompa á costa del Duque de Sesa su testamentario. Sus obras, sin contar las dramáticas que á juicio de sus contemporáneos llegáron á cerca de dos mil, componen diez y nueve tomos en cuarto de la edicion que Sancha ha publicado en nuestros dias.

Lope de Vega fué sin duda el hombre que recibió de la naturaleza mas dones de poeta, y el que mas abusó de ellos. Don de escribir su lengua con pureza, con claridad suma y con elegancia; don de inventar, don de pintar, don de versificar de la manera que queria, flexibilidad de fantasía y de espíritu para acomodarse á todos los géneros y á todos los tonos, una afluencia que jamas conocia estorbo ó escasez; memoria enriquecida con una vasta lectura; aplicacion infatigable que aumentaba la facilidad que naturalmente tenia. Con

estas armas se presentó en la arena; no conociendo en su ambiciosa osadía ni límites ni freno. Desde el madrigal hasta la oda, desde la égloga hasta la comedia, desde la novela hasta la epopeya, todo lo recorrió, todos los géneros cultivó; y en todos dejó señales de desolacion y talento. Avasalló el teatro, llamó á sí la atencion universal; los poetas de su tiempo fuéron nada delante de él. Su nombre era el sello de aprobacion para todo: las gentes le seguian en las calles, los extrangeros le buscaban como un objeto extraordinario, los Monarcas paraban su atencion á contemplarle. Hubo críticos que alzáron el grito contra su culpable abandono, envidiosos que le murmuraban, infames que le calumniáron. Ejemplo triste, añadido á los otros muchos que prueban que la envidia y la calumnia nacen con el mérito y la celebridad: puesto que ni la amable cortesanía del poeta, ni la apacibilidad de su genio, ni el gusto con que se prestaba á alabar á los otros pudiéron desarmar á

sus detractores, ni templar su malignidad. Pero ninguno de ellos pudo arrebatarle el cetro que tenia en sus manos, ni la consideracion que tantos y tan célebres trabajos le habian adquirido. Su muerte fué un luto público, su entierro una concurrencia universal: hay un libro de poesías españolas hechas á su muerte, otro de italianas; y viviendo y muriendo, siempre estuvo oyendo alabanzas, siempre cogiendo laureles, admirado como un portento y aclamado *Fénix de los ingenios.*

¿ *Qué queda al cabo de dos siglos* de toda aquella pompa, de aquellos ruidosos aplausos que entónces fatigáron los ecos de la fama? Al ver que de tantas poesías y poemas como compuso, es muy raro, quizá ninguno, el que puede leerse entero; que de tantos centenares de comedias apénas habrá una que pueda llamarse buena; en fin que de tantos millares de versos como su incansable vena produjo, son tan pocos los que han quedado grabados en las tablas del buen gusto; no puede

ménos de exclamarse : ¿ donde están pues los cimientos de aquel edificio de gloria levantado en obsequio de un hombre solo por el siglo en que vivia, y que asombra y da envidia á la imaginacion que la contempla desde léjos?

No era posible que tuviesen otro resultado escritos hechos con tal precipitacion, con semejante olvido de todos los buenos principios, y de todos los grandes modelos; sin plan, sin preparacion, sin estudio ni atencion á la naturaleza. La necesidad de escribir precipitadamente para el teatro, donde él habia acostumbrado al público á novedades casi diarias, descompuso y como que relajó todos los resortes de su ingenio, llevando la misma priesa y el mismo abandono á todos sus demas escritos. Así es que á excepcion de algunas poesías cortas en que la buena inspiracion del momento podia aprovecharse en él, en todas las otras hay faltas imperdonables de invencion, de composicion y de estilo. ¡ Facilidad fatal que corrumpió en él

todo cuanto bueno habia! Ella le hizo deslucir la claridad, el número, la elegancia, la sencillez, la afluencia y aun la fuerza de que tambien estaba dotado; dando lugar á figuras impropias, á alusiones históricas ó fabulosas pedantescas é importunas, á explicaciones frias y prolijas de lo mismo que ya ha dicho; en fin á la flojedad, á la llaneza, á la falta de tono insufrible, en que degeneran la rica abundancia y la candidez amable de su diccion y sus versos.

Era pues *bárbaro, se dirá, el siglo* que consentia tales extravíos, y que daba tanto aplauso á un escritor tan defectuoso. No era bárbaro; aunque sí condescendiente con exceso. Hubo entónces muchos buenos ingenios que deploraban este desórden; pero no podian contrastar al aura popular que la clase de trabajos de Lope se llevaba consigo, y que en algun modo su talento autorizaba. La general dulzura y fluidez de su poesía, la claridad de su expresion inteligible casi siempre al ménos

docto, el lenguage de la galantería fina y culta que él inventó, y puso en uso en las comedias, el decoro y aparato con que autorizó la escena; los rasgos de sensibilidad viva y delicada que de cuando en cuando presenta; el papel sobresaliente y brillante que las mugeres hacen generalmente en sus obras; en fin su imperio absoluto en el teatro donde los aplausos tienen mas solemnidad y energía; todas son circunstancias que concurren á disculpar al público de entónces, el cual no era injusto en admirar mas á quien mas placer le daba.



POESIAS ESCOGIDAS

DE

LOPE DE VEGA.

CANCION I.

O libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra,
Mas rica y mas gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del Sur entre su nácar cierra,
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas,
Conquistado en el mundo,
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal apartas y á tu bien nos llamas:
En tí solo se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.
  Cuando de las humanas
Tinieblas ví del cielo
La luz, principio de mis dulces dias,

2

Aquellas tres hermanas,
Que nuestro humano velo
Tejiendo llevan por inciertas vias,
Las duras penas mias
Trocáron en la gloria,
Que en libertad poseo
Con siempre igual deseo;
Donde verá por mi dichosa historia,
Quien mas leyere en ella,
Que es dulce libertad lo ménos della.
Yo pues, señor exento
De esta montaña y prado,
Gozo la gloria y libertad que tengo;
Soberbio pensamiento
Jamas ha derribado
La vida humilde y pobre que entretengo;
Cuando á las manos vengo
Con el muchacho ciego,
Haciendo rostro embisto,
Venzo, triunfo y resisto
La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
Y con libre albedrío
Lloro el ageno mal, y espanto el mio.
Cuando la aurora baña

Con helado rocío
De aljófar celestial el monte y prado,
Salgo de mi cabaña
Riberas deste rio
A dar el nuevo pasto á mi ganado:
Y cuando el sol dorado
Muestra sus fuerzas graves,
Al sueño el pecho inclino
Debajo un sauce ó pino,
Oyendo el son de las parleras aves,
O ya gozando el aura,
Donde el perdido aliento se restaura.
Cuando la noche obscura
Con su estrellado manto
El claro dia en su tiniebla encierra,
Y suena en la espesura
El tenebroso canto
De los nocturnos hijos de la tierra,
Al pie de aquesta sierra
Con rústicas palabras
Mi ganadillo cuento;
Y el corazon contento
Del gobierno de ovejas y de cabras,
La temerosa cuenta

Del cuidadoso Rey me representa.
Aquí la verde pera
Con la manzana hermosa
De gualda y roja sangre matizada,
Y de color de cera
La cermeña olorosa
Tengo, y la endrina de color morada:
Aquí de la enramada
Parra que el olmo enlaza
Melosas uvas cojo,
Y en cantidad recojo,
Al tiempo que las ramas desenlaza
El caluroso estio,
Membrillos que coronan este rio.
No me da descontento
El hábito costoso
Que de lascivo el pecho noble infama:
Es mi dulce sustento
Del campo generoso
Estas silvestres frutas que derrama:
Mi regalada cama
De blandas pieles y hojas,
Que algun Rey la envidiara,
Y de tí, fuente clara,

Que bullendo el arena y agua arrojas,
Estos cristales puros,
Sustentos pobres, pero bien seguros.
  Estése el cortesano
Procurando á su gusto
La blanda cama y el mejor sustento,
Bese la ingrata mano
Del poderoso injusto,
Formando torres de esperanza al viento;
Viva y muera sediento
Por el honroso oficio,
Y goze yo del suelo
Al aire, al sol, al hielo,
Ocupado en mi rústico ejercicio,
Que mas vale pobreza
En paz, que en guerra mísera riqueza.
  Ni temo al poderoso,
Ni al rico lisonjeo,
Ni soy camaleon del que gobierna:
Ni me tiene envidioso
La ambicion y deseo
De agena gloria, ni de fama eterna:
Carne sabrosa y tierna,
Vino aromatizado,

Pan blanco de aquel dia,
En prado, en fuente fria,
Halla un pastor con hambre fatigado,
Que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño.

CANCION II.

Por la florida orilla
De un claro y manso rio
De salvia y de verbena coronado,
Al tiempo que se humilla
Al planeta mas frio
Con templado calor el sol dorado,
Libre, solo y armado
De acero, olvido y nieve,
Pasaba peregrino
Ya fuera del camino
Del juvenil ardor que el pecho mueve,
Cuando al salir Apolo
Un niño ví venir desnudo y solo.
Rubio el cabello de oro
Con una cinta preso,
Que los hermosos ojos le cubria,

Y como Alarbe ó Moro,
De innumerable peso
Un carcax que del cuello le pendia,
Y como quien vivia
De saltear los hombres
Un arco puesto á punto:
Mas cuando le pregunto
Que me diga sus títulos y nombres,
Respóndeme arrogante
Niño en la vista, y en la voz gigante:

Yo soy aquel que suelo
Con apacible guerra,
Con alegre dolor y dulces males,
Desde el supremo cielo
Hasta la baja tierra,
Herir los dioses, hombres y animales:
Transformaciones tales
Jamas Circe las supo,
Porque un hechizo formo
Con que mudo y transformo
Cualquiera ser que de mi fuego ocupo;
Y al alma que condeno
La hago yo vivir en cuerpo ageno.

Fácil tengo la entrada,

Difícil la salida,
Ablándame el desprecio y cansa el ruego;
Ni hay alma tan helada,
O en piedra convertida,
Que no enternezca mi amoroso fuego.
Por eso rinde luego
Las armas arrogantes
De que vas victorioso:
Que el rayo mas furioso
Se templa con mis flechas penetrantes,
Y lloran mis agravios
Igualmente los fuertes y los sabios.
  Yo respondíle entónces:
Mal me conoces, niño,
Mira que soy un Capitan valiente
Que en mármoles y bronces,
Con esta que me ciño,
Hago escribir mis hechos á la gente:
¿Como tu fuego ardiente,
O tus blandos suspiros
Pueden temer los brazos
Que han visto en mil pedazos
Burlar tanto escuadron entre los tiros
De la pólvora fiera,

Que vence el fuego de su misma esfera?
  Yo al duro helado invierno,
Y al verano abrasado
De iguales armas y valor vestido,
Llevando á mi gobierno
El escuadron formado,
Tanta varia nacion he combatido,
Que tengo convertido
En duro acero el pecho:
Por eso en paz te torna,
Que mi espada no adorna
Las puertas de tu templo sin provecho,
Ni pueden tales ojos
Humillarse á tus lágrimas y enojos.
  Así le replicaba,
Cuando de entre unas yedras
Una hermosura celestial salia,
Que no lo que miraba,
Pero las mismas piedras
En ceniza amorosa convertia:
Amor que ya me via
Con pensamientos vanos
Apercibir defensa,
A la primera ofensa,

Me derribó la espada de las manos,
Y en viéndome tan ciego
Lloré, rendíme y abraséme luego.
  En esto al verde llano
Un carro victorioso
Dos tigres ya domésticos trajéron:
Asió el amor la mano
De aquel rostro amoroso,
Y juntos á su trono se subiéron:
Y los que allí me viéron,
Entre sus pies me atáron,
Y al fin sus ruedas fieras
Mis armas y banderas
Por despojos vencidos adornáron,
Llevándome cautivo
Adonde agora lloro, muero y vivo.
  Mas todo vencimiento es mas victoria:
Y aquesta pena es gloria,
Con solo que me mire Isabela un dia,
Y entre sus ojos arda el alma mia.

CANCION III.

  Ya mis ruegos oyéron,
Lidia, los cielos, y mis votos justos

Alegre fin tuviéron,
Pues truecas en disgustos
Tus verdes años y tus verdes gustos.
En fin envejecistes,
En fin llegó el estio de tus años:
La fama que tuvistes
En propios y en estraños
Creció nuestras venganzas y tus daños.
Amanecia en tu cara
Un sol, que el mundo en vivo fuego ardia,
Corrió la edad avara,
Pasó ligero el dia,
Y vino *en su lugar la noche fria.*
Cerróse el lirio ufano
Con la tiniebla del oscuro cielo,
Y el almendro temprano
Marchito con el yelo
Sembró de flores el desierto suelo.
Esfuérzaste lozana
A parecer muchacha á los que miras,
Mas ya tu frente cana
Nos dice que suspiras
Cuando al espejo miras, y te admiras.
Ha hecho diferentes

La edad, que sola el alma inmortaliza,
Tu bella boca y dientes,
Y el ver atemoriza
Carbon las perlas, y el coral ceniza.
¿Adonde huyó la nieve
Que derretia el fuego de tus ojos?
Mas ¡ay! que el tiempo breve
Sellando tus despojos
Pasó la nieve á los cabellos rojos.
La grana en Tiro sola
Venciéron tus mejillas, ya no vences
La inútil amapola,
Para que te avergüences
De tus engaños, y á llorar comiences.
La cándida azucena,
La tersa plata y el márfil bruñido,
La limpia y blanca arena,
Al cuerpo que has tenido
Comparadas, dejáron ofendido.
Mas ya todo lo pierdes,
Y allí tus esperanzas se perdiéron,
Porque si de hojas verdes
Las plantas se vistiéron,
Los hombres nunca son lo que ántes fuéron.

Podrás, hermosa Lidia,
Que de tus gustos es remedio en parte,
De Circe, y de Canidia
Si quieres eñsenarte,
Cobrar la fama, y aprender el arte.
Y ya que la hermosura
No tiene aquí poder, cuya violencia
Volvió de piedra dura
Tanta mortal presencia,
Lo que hizo la hermosura hará la ciencia.
Que ya los que penamos
Por esos ojos que ninguno crea,
Con risa nos vengamos
De la sierpe Lernea,
Que Hércules mató, y el tiempo afea.

CANCION IV.

La verde primavera
De mis floridos años
Pasé cautivo, amor, en tus prisiones,
Y en la cadena fiera
Cantando mis engaños,
Lloré con mi razon tus sinrazones:
Amargas confusiones

Del tiempo que ha tenido
Ciega mi alma, y loco mi sentido.
Mas ya que el fiero yugo
Que la cerviz domaba
Desata el desengaño con tu afrenta;
Y al mismo sol enjugo
Que un tiempo me abrasaba,
La ropa que saqué de la tormenta;
Con voz libre y exenta
Al desengaño santo
Consagro altares y alabanzas canto.
Cuanto contento encierra
Contar su herida el sano,
Y en la patria su cárcel el cautivo,
Entre la paz la guerra,
Y el libre del tirano,
Tanto en cantar mi libertad recibo.
¡O mar! ¡o fuego vivo!
Que fuiste al alma mia
Herida, cárcel, guerra, tiranía.
Quédate, falso amigo,
Para engañar aquellos
Que siempre estan contentos y quejosos;
Que desde aquí maldigo

Los mismos ojos bellos,
Y aquellos lazos dulces y amorosos,
Que un tiempo tan hermosos
Tuviéron, aunque injusto,
Asida el alma y engañado el gusto.

HIMNO.

AL AMOR.

Amor poderoso en el cielo y tierra,
Dulcísima guerra de aquestos sentidos,
¡O cuantos perdidos con vida inquieta
Tu imperio sujeta!
Con vanos deleites y locos empleos,
Ardientes deseos y helados temores,
Alegres dolores y dulces engaños
Usurpas los años.
Tirano violento de tiernas edades,
El bien persuades y al mal precipitas,
El fin solicitas del mismo á quien quieres;
¡Tan bárbaro eres!
Huid sus engaños, haced resistencia
A tanta violencia, o locos amantes,
Que son semejantes al áspid en flores
Sus vanos favores.

Templa las flechas en agua de olvido,
Amor bien nacido, de iguales extremos,
Porque cantemos tus loores divinos
En sáficos himnos.

ESTANCIAS.

LA ROSA.

Riberas del humilde Manzanáres
Apacentaba una Pastora hermosa,
Que trasladada del famoso Henáres
Honraba su corriente sonorosa:
Donde con voces tiernas y dispares
Se queja Filomela lastimosa,
Hay una fuente cristalina y fria
En cuyo espejo el sol comienza el dia.
Tirano de su gusto y hermosura
Un rústico Pastor era su dueño,
Que toda la aspereza y espesura
Del bosque inculto retrató en su ceño:
Al rayo de su luz hermosa y pura
Desvelado Lisardo pierde el sueño,
Celebrando su nombre en versos graves
Como al salir del sol cantan las aves.

O mas hermosa Pastorcilla mia,
Que entre claveles cándida azucena
Abre las hojas al nacer el dia,
De granos de oro, y de cristales llena:
¿Qué fuerza, qué rigor, qué tiranía
A tanta desventura te condena?
¿Mas cuando á tantas gracias importuna
No fué madrastra la cruel fortuna?

¿Vísteis por dicha, Ninfas, la belleza
En este valle de sus verdes cielos,
Si aquel alma de roble, y su aspereza
Esta licencia permitió á sus zelos?
Aquí vimos, responden, su tristeza
Murmurada de tantos arroyuelos,
Que á las aguas, las plantas y las flores
Dió vida, dió esperanzas, dió colores.

En esta fuente, cuya márgen pisa
Tal vez con breve estampa el pie de nieve,
En la del agua retrató su risa
Y con sus rosas su hermosura bebe:
Tuviera el valle nueva flor Narcisa,
Pues á mirarse Fílida se atreve,
Pero turbó el cristal llorando enojos
El claro aljófar de sus verdes ojos.

No pudiendo Lisardo resistirse
A tanto amor, y por ventura amado,
Con dulces ansias intentó morirse
Sobre las yerbas del florido prado:
Que imaginando un Angel consumirse,
Que debiera vivir bien empleado
Por lo ménos gozándola un discreto,
Su desesperacion puso en efeto.

Las Ninfas y Pastores que le oyéron,
Viendo que su Pastor se les moria,
Bajáron á llorarle, y le cubriéron
De cuantas flores en el prado habia;
Y en el papel de un álamo escribiéron
Para memoria de aquel triste dia,
Ninfas de Manzanáres, y Pastores,
Ya no hay amor, que aquí murió de amores.

Oyó las quejas la Serrana hermosa,
Y llegando al lugar adonde estaba,
Al frio labio le aplicó la rosa,
Que los divinos suyos animaba;
Y fué aquella virtud tan poderosa,
Que le dió vida al tiempo que espiraba,
Y desde entónces Ninfas y Pastores
A desmayos de amor aplican flores.

LA INCONSTANCIA DE LA SUERTE.

De hoy á mañana se vió
Troya famosa abrasada,
Roma su lustre perdió,
Deshizo el viento la armada,
Que mas gallarda salió.
De hoy á mañana acontece
Que el rico pobre amanece,
Y el privado, aborrecido,
El levantado, abatido,
Y que la mar mengua y crece.
De hoy á mañana está el cielo
Mas sereno, mas nublado,
Está seco y verde el suelo,
Y el pájaro mas atado
Por el aire esparce el vuelo.
Vemos un almendro en flor,
Y helado todo mañana:
Vemos esclavo el Señor,
La sierra mas alta, llana,
Y mas mudable el favor.
Entre la taza y el labio,
Dijo en cierto pasatiempo

Que habia peligro un Sabio;
Que en dos minutos de tiempo
Puede caber un agravio.

EPISTOLA.

Serrana hermosa, que de nieve helada
Fueras, como parece en el efecto,
Si amor no hallara en tu rigor posada;
Del sol y de mi vista claro objeto,
Centro del alma que á tu gloria aspira,
Y de mi verso altísimo sujeto;
Alba dichosa en que mi noche espira,
Divino basilisco, lince hermoso,
Nube de amor por quien sus nubes tira;
Salteadora gentil, monstro amoroso,
Salamandra de nieve, y no de fuego,
Para que viva con mayor reposo;
Hoy que á estos montes y á la muerte llego
Donde vine sin tí, sin alma y vida,
Te escribo de llorar cansado y ciego.
Pero dirás que es pena merecida
De quien pudo sufrir mirar tus ojos
Con lágrimas de amor en la partida.
Advierte que eres alma en los despojos

Desta parte mortal, que á ser la mia
Faltara en tantas lágrimas y enojos.
  Que no viviera quien de tí partia,
Ni ausente ahora, á no esforzarle tanto
Las esperanzas de un alegre dia.
  Aquella noche en su mayor espanto
Consideré la pena de perderte,
La dura soledad creciendo el llanto;
  Y llamando mil veces á la muerte,
Otras tantas miré que me quitaba
La dulce gloria de volver á verte.
  A la ciudad famosa que dejaba
La cabeza volví que desde léjos
Sus muros con sus fuegos me enseñaba:
  Y dándome en los ojos los reflejos,
Gran tiempo hácia la parte en que vivias,
Los tuvo amor suspensos y perplejos.
  Y como imaginaba que tendrias
De lágrimas los bellos ojos llenos,
Pensándolas juntar crecí las mias.
  Mas como los amigos de esto agenos
Reparasen en ver que me paraba,
En el mayor dolor fué el llanto ménos.
  Ya pues que el alma y la ciudad dejaba,

Y no se oia del famoso rio
El claro son con que sus muros lava;
A Dios, dije mil veces, dueño mio,
Hasta que á verme en tu ribera vuelva,
De quien tan tiernamente me desvio.
No suele el ruiseñor en verde selva
Llorar el nido de unò en otrò ramo
De florido arrayan y madreselva,
Con mas doliente voz que yo te llamo,
Ausente de mis dulces pajarillos
Por quien en llanto el corazon derramo.
Ni brama, si le quitan sus novillos,
Con mas dolor la vaca, atravesando
Los campos de agostados amarillos:
Ni con arrullo mas lloroso y blando
La tórtola se queja, prenda mia,
Que yo me estoy de mi dolor quejando.
Lucinda, sin tu dulce compañía,
Y sin las prendas de tu hermoso pecho,
Todo es llorar desde la noche al dia:
Que con solo pensar que está deshecho
Mi nido ausente, me atraviesa el alma,
Dando mil ñudos á mi cuello estrecho.
Que con dolor de que le dejo en calma,

Y el fruto de mi amor goza otro dueño,
Parece que he sembrado ingrata palma.
Llegué, Lucinda, al fin, sin verme el sueño
En tres veces que el sol me vió tan triste,
A la aspereza de un lugar pequeño:
A quien de murtas, y peñascos viste
Sierra Morena, que se pone en medio
Del dichoso lugar en que naciste.
Allí me pareció que sin remedio
Llegaba el fin de mi mortal camino,
Habiendo apénas caminado el medio.
Y cuando ya mi pensamiento vino,
Dejando atras la sierra, á imaginarte
Creció con el dolor el desatino:
Que con pensar que estás de la otra parte,
Me pareció que me quitó la sierra
La dulce gloria de poder mirarte.
Bajé á los llanos de esta humilde tierra
A donde me prendiste y cautivaste,
Y yo fui esclavo de tu dulce guerra.
No estaba el Tajo con el verde engaste
De su florida márgen, cual solia
Cuando con esos pies su orilla honraste:
Ni el agua clara á su pesar subia

Por las sonoras ruedas, ni bajaba,
Y en pedazos de plata se rompia.
 Ni Filomela su dolor cantaba,
Ni se enlazaba parra con espino,
Ni yedra por los árboles trepaba:
 Ni pastor estrangero, ni vecino
Se coronaba del laurel ingrato,
Que algunos tienen por laurel divino.
 Era su valle imágen y retrato
Del lugar, que la corte desampara
Del alma de su espléndido aparato.
 Yo, como aquel que á contemplar se para
Ruinas tristes de pasadas glorias,
En agua de dolor bañé mi cara.
 De tropel acudiéron las memorias,
Los asientos, los gustos, los favores,
Que á veces los lugares son historias.
 Y en mas de dos que yo te dije amores,
Parece que escuchaba tus respuestas,
Y que estaban allí las mismas flores.
 Mas como en desventuras manifiestas
Suele ser tan costoso el desengaño,
Y sus veloces alas son tan prestas:
 Vencido de la fuerza de mi daño

Caí desde mí mismo medio muerto,
Y conmigo tambien mi dulce engaño.
Teniendo pues mi duro fin por cierto,
Las ninfas de las aguas, los pastores
Del soto, y los vaqueros del desierto,
Cubriéndome de yerbas y de flores
Me lloraban diciendo: aquí fenece
El hombre que mejor trató de amores:
Y puesto que Lucinda le merece,
Que su vida consiste en su presencia,
El tambien con su muerte la engrandece.
Entónces yo, que haciendo resistencia
Estaba con tu luz al dolor mio,
Abrí los ojos que cerró tu ausencia.
Luego desamparando el valle frio
Las ninfas bellas, con sus rubias frentes
Rompiéron el cristal del manso rio:
Y en círculos de vidrio transparentes
Las divididas aguas resonáron,
Y en las peñas los ecos diferentes.
Los pastores tambien desampararon
El muerto vivo, y en la tibia arena
Por sombra de quien era me dejáron.
Yo solo acompañado de mi pena

Volvíme el alma, en el dolor quejoso,
Que de pensar en tí la tuvo agena.

Así ha llegado aquel pastor dichoso,
Lucinda, que llamabas dueño tuyo,
Del Bétis rico al Tajo caudaloso.

Este que miras es retrato suyo,
Que así el esclavo que llorando pierdes
A tus divinos ojos restituyo.

O ya me olvides, ó de mí te acuerdes,
Si te olvidare miéntras tengo vida,
Marchite amor mis esperanzas verdes.

Cosa que al cielo por mi bien le pida
Jamas me cumpla, si otra cosa fuere
De aquestos ojos donde estás querida:

En tanto que mi espíritu rigiere
El cuerpo que tus brazos estimáron,
Nadie los mios ocupar espere.

La memoria que en ellos me dejáron
Es alcaide de aquella fortaleza
Que tus hermosos ojos conquistáron.

Tú conoces, Lucinda, mi firmeza,
Y que es de acero el pensamiento mio
Con las pastoras de mayor belleza.

Ya sabes el rigor de mi desvío

Con Flora, que te tuvo tan zelosa,
A cuyo fuego respondí tan frio.
  Pues bien conoces tú que es Flora hermosa,
Y que con serlo sin remedio vive
Envidiosa de tí, de mí quejosa.
  Bien sabes que habla bien, que bien escribe,
Y que me solicita, y me regala
Por mas desprecios que de mí recibe.
  Mas yo que de tu pie donaire y gala
Estimo mas la cinta que desechas,
Que todo el oro con que á Creso iguala;
  Solo estimo tenerte sin sospechas,
Que no ha nacido ahora quien desate
De tanto amor lazadas tan estrechas,
  Cuando de yerbas de Tesalia trate,
Y discurriendo el monte de la Luna
Los espíritus ínfimos maltrate.
  No hay fuerza en yerba, ni en palabra alguna
Contra mi voluntad, que hizo el cielo
Libre en adversa y próspera fortuna.
  Tú sola mereciste mi desvelo,
Y yo tambien despues de larga historia,
Con mi fuego de amor vencer tu hielo.
  Viva con esto alegre tu memoria,

Que como amar con zelos es infierno,
Amar sin ellos es descanso y gloria.
  Que yo sin atender á mi gobierno,
No he de apartarme de adorarte ausente,
Si de tí lo estuviese un siglo eterno.
  El sol mil veces discurriendo cuente
Del cielo los dorados paralelos,
Y de su blanca hermana el rostro aumente;
  Que los diamantes de sus puros velos,
Que vienen fijos en su octava esfera,
No han de igualarme aunque me maten zelos.
  No habrá cosa jamas en la ribera
En que no te contemplen estos ojos,
Miéntras ausente de los tuyos muera.
  En el jazmin tus cándidos despojos,
En la rosa encarnada tus mejillas,
Tu bella boca en los claveles rojos:
  Tu olor en las retamas amarillas,
Y en maravillas, que mis cabras pacen,
Contemplaré tambien tus maravillas.
  Y cuando aquellos arroyuelos que hacen
Templados á sus quejas consonancia
Desde la tierra donde juntos nacen,
  Dejando el sol la furia y arrogancia

De dos tan encendidos animales,
Volviese el año á su primera estancia;
A pesar de sus fuentes naturales
Del hielo arrebatadas sus corrientes
Cuelgan por estas peñas sus cristales;
Contemplaré tus concertados dientes,
Y á veces en carámbanos mayores
Los dedos de tus manos transparentes.
Tu voz me acordarán los ruiseñores;
Y de estas yedras, y olmos los abrazos
Nuestros hermafrodíticos amores.
Aquestos nidos de diversos lazos
Donde ahora se besan dos palomas,
Por ver mis prendas burlarán mis brazos.
Tú si mejor tus pensamientos domas,
En tanto que yo quedo sin sentido,
Dime el remedio de vivir que tomas.
Que aunque todas las aguas del olvido
Bebiese yo, por imposible tengo
Que me escapase de tu lazo asido,
Donde la vida á mas dolor prevengo.
¡Triste de aquel que por estrellas ama,
Sino soy yo porque á tus brazos vengo!
Donde si espero de mis versos fama,

A ti lo debo, que tú sola puedes
Dar á mi frente de laurel la rama,
Donde muriendo vencedora quedes.

SILVA.

EL SIGLO DE ORO.

Fábrica fué de inmensa arquitectura
Este mundo inferior que el hombre imita;
Pues como punto indivisible encierra
De su circunferencia la hermosura.

. . . .

Y copiosa la tierra
De cuanto en ella habita
Con tantos peregrinos ornamentos,
Llenos los tres primeros elementos
De peces, fieras y aves, que vivian
De toda ley esentos,
Si bien al hombre en paz reconocian.
Aun no pálido el oro,
Porque nadie buscaba su tesoro,
Y él diamante tan bruto aunque brillante,
Que mas era peñasco que diamante.
Los árboles sembrados de colores,

Y los prados de flores,
Buscando los arroyos sonorosos
En arenosas calles,
Por las oblicuas señas de los valles,
Los rios caudalosos.
Y los soberbios rios,
Entre bosques sombríos,
Vestidos de cristales transparentes,
Sin volver la cabeza á ver sus fuentes,
Anhelando á Océanos,
Perdiendo en él sus pensamientos vanos.
Y sin temor alguno
De verse el tridentífero Neptuno
Oprimido del peso de las naves;
Abriendo sendas por sus ondas graves,
Los hijos de los montes,
Excelsos pinos y labradas hayas,
Para pasar por varios horizontes
A las remotas playas
De climas abrasados,
Frígidos ó templados.
Ni el caballo animoso relinchaba
Al son de la trompeta:
Ni la cerviz sujeta

Al yugo el tardo buey el campo araba:
Que sin romper la cara de la tierra,
Con natural impulso producia
Cuanto su pecho generoso encierra.
Que como la primera edad vivia
Con desórden florida y balbuciente,
Daba pródigamente,
Con fértil abundancia,
Al mundo su riqueza,
Porque como muger naturaleza
Es mas hermosa en la primera infancia.
No haciendo distincion de tiempo alguno,
Daba flores Vertuno,
Con diferentes frutas primitivas:
Las parras y pacíficas olivas,
Y la Dodónea encina por la rubia
Céres, que no tenia
Necesidad de lluvia,
Y de su misma caña renacia:
Matizando los prados de violetas,
De rosas y de cándidas mosquetas.
No de otra suerte que la alfombra pinta
El Tracio con la seda de colores,
En cada rueda de labor distinta

Caracteres arábigos, y flores:
Que la naturaleza aun no pensaba
Que el arte su pincel perfeccionaba.
  Á la parte Oriental Euro tendia
Las alas vagarosas,
El Austro y Mediodia,
Y Boreas fiero á las distantes Osas
Por el Septentrion temor ponia.
El sol por sus dorados paralelos
Comenzaba el camino de los cielos:
Cuya eclíptica de oro no sabia
El nombre de los signos que tenia,
Ni en su campo pensó que *espigas de* oro
Paciera el Aries, y rumiara el Toro.
La casta luna en su argentado plaustro
No se mostraba al Austro
Lluviosa, alternativas las dos puntas,
Una á la tierra y otra al claro cielo,
Sino pidiendo con las manos juntas
Calor al sol para su eterno hielo.
  Los hombres por las selvas discurrian
Amando solo el dueño que tenian
Sin interes, sin zelos:
¡O dulces tiempos! ¡o piadosos cielos!

Allí no adulteraba la hermosura
El marfil de su cándida figura,
En la fingida nieve
Y el bastardo carmin daban al arte
Lo que naturaleza no se atreve;
Ni á Vénus bella en conjuncion de Marte
Al cielo el sol zeloso descubria;
Ni en Chipre se vendia
Amor artificial. ¡O siglo de oro,
De nuestra humana vida desengaño,
Si vieras tanto engaño,
Tan poca fe, tan bárbaro decoro!
Todo era amor suave, honesto y puro,
Todo limpio y seguro,
Tanto que parecia
Una misma armonía
La del cielo y el suelo,
Que aspiraba á juntarse con el cielo.

En este tiempo de los altos coros
Hermosa vírgen con Real ornato
Bajó á la tierra, que adoró el retrato
De Júpiter divino, y por los poros
De sus fértiles venas
Vertió blancos racimos de azucenas,

Y las fuentes sonoras
Provocaban las aves
A canciones suaves
En las del verde abril frescas auroras,
Que del son de las aguas aprendiéron
Cuantos despues cromáticos supiéron.
Venia la castísima doncella
Vestida de una túnica esplendente,
Sembrada de otras muchas siendo estrella,
Y una corona en la espaciosa frente,
Cuya labor y auríferos espacios
Ocupaban jacintos y topacios:
Los coturnos con lazos carmesíes
Forjaban esmeraldas y rubíes,
Que descubria el céfiro suave,
De la fimbria talar con pompa grave,
Y un ardiente crisólita la planta,
Para estamparla en tierra pura y santa.
No sale de otra suerte por el cielo,
Con frente de marfil y pies de hielo
La cándida mañana
Guarnecida de plata sobre grana
La capa de zafiros,
De las sombras somníferos retiros.

Los hombres admirados
De ver tanta hermosura,
Preguntáron quien era:
No habiendo visto por los tres estados
Del aire exhalacion tan viva y pura,
Ni pájaro tan raro que pudiera
Ceñir la frente de tan rica esfera,
Ni dar tales asombros;
Resplandecer sus hombros
Con alas de oro, y plumas de diamantes,
No conocidos ántes;
Y aun presumir la admiracion pudiera,
Que el sol bajaba de su ardiente esfera
A vivir con los hombres como Apolo
Viéndose arriba, como sol, tan solo.
Entónces de sí misma esclarecida
La hermosa Reina á su piadoso ruego,
Por una rosa de rubí partida
En el jardin Angélico nacida,
Yo soy, les dijo, *la Verdad*, y luego
Como dormida en celestial sosiego
Quedó la tierra en paz, que alegre tuvo
Miéntras con ella la Verdad estuvo,
Que cuanto en ella vive

Su misma luz y claridad recibe.
Pero felicidad tan soberana
Poco duró por la soberbia humana,
Porque en paises de diversos nombres,
Por cuanto el mar abraza,
En esta universal del mundo plaza,
El número creciendo de los hombres,
Desvanecido el suelo,
Presumió desquiciar la puerta al cielo,
Y haciendo ya ciudades,
Y fábricas de inmensos edificios
Con armas en los altos frontispicios,
Comenzáron con *bárbaras crueldades*,
Intereses, envidias, *injusticias*,
Los adulterios, logros, y codicias,
Los robos, homicidios, y desgracias;
Y no contentos ya de Aristocracias,
Emprendiéron llegar á Monarquías.
La púrpura engendró las tiranias:
Nació la guerra en manos de la muerte,
Los campos dividiéron fuerza, ó suerte:
Dispusó la traicion el blanco acero
Para verter su propia sangre humana;
Y fué la envidia el agresor primero,

Y procedió la ingratitud villana
Del mismo bien á tantos vicios madre,
Infame hija de tan noble padre.
Bañó la ley la pluma
En pura sangre para tanta suma,
Que excede su papel todas las ciencias:
¡Tales son las humanas diferencias!
Pero por ser los párrafos primeros
Y ser los hombres, como libres, fieros,
No siendo obedecidas,
Quitáron las haciendas y las vidas
A sus propios hermanos y vecinos,
Y hiciéron las venganzas desatinos,
Porque dormidos los Jueces sabios
Castiga el ofendido sus agravios.
Robaban las doncellas generosas
Para amigas á título de esposas,
Traidores á su amigo,
Y todo se quedaba sin castigo:
Que muchos que temiéron,
Por no perder las varas, las torciéron;
Y muchos que tomáron,
Pensando enderezallas, las quebráron.
¡O favor de los Reyes!

Del sol reciben rayos las estrellas:
Telas de araña llaman á las leyes,
El pequeño animal se queda en ellas,
Y el fuerte las quebranta.
¡Ay del señor, que sus vasallos deja
Al cielo remitir la justa queja!
Viendo pues la divina verdad santa
La tierra en tal estado,
El rico idolatrado,
El pobre miserable,
A quien ni aun el morir es favorable,
Miéntras mas voces da ménos oido,
El sabio aborrecido,
Vencedor el dinero;
Escuchado y premiado el lisonjero,
Josef vendido por el propio hermano,
Lástima y burla del estado humano,
Y entre la confusion de tanto estruendo
Demócrito riendo,
Eráclito llorando,
La muerte no temida,
Y para el sueño de tan breve vida
El hombre edificando,
Ignorando la ley de la partida,

Con presuroso vuelo,
Subióse en hombros de sí misma al cielo.

ROMANCES.

I.

En frente de la cabaña
De la divina Amarilis
Pastora de tiernos años
Y de pensamientos libres:
Mas gallarda y mas hermosa
Que el Alba cuando se rie,
Y que las perlas que llora
Sobre rosas y jazmines:
Mas que el sol recien nacido
Entre dorados matices:
Mas que la Diosa á quien llevan
Las palomas, ó los cisnes:
Estaba Fabio, un pastor
Que por ella muere y vive,
Generoso para todos,
Para Amarilis humilde.
Altivo de pensamientos,
Que le fuerzan que al sol mire,
Y encogido de esperanzas

Que las alas le derriten.
Adorando está las rejas
De aquellos rayos eclipse,
Que como están entre yerbas
No la luz, la fuerza impiden.
No hay pintada mariposa
Que mas á la luz se incline
Dando tornos á su fuego
Que Fabio á su cielo asiste.
Vase perdido el ganado
Entre las zarzas y mimbres,
Porque él piensa que lo está
Como la contemple y mire.
No sabe cuando anochece,
Aunque el sol se ponga y quite,
Que solo tiene por dia
Cuando amanece Amarilís.
Allí los pasa elevado
Que como en ella imagine,
No hay interes que le mueva,
Ni cuidados que le obliguen.
No le sirven sus pastores,
Despues que á Amarilís sirve,
Que no piensan que aquel cuerpo

Alma tiene que le anime.
Mira los álamos blancos
Abrazados de las vides,
Porque la desconfianza
No hay estado que no envidie;
Y dando entre tierno llanto
Suspiros del alma, dice:
¡ Ay ! ¡ Que así está mi pastora
Entre los brazos de Tirse!
Torna á llorar con mas fuerza,
Y la ribera repite,
Tirse, Amarílis y Fabio;
Tirse alegre, Fabio triste.
Humilde soy para tí,
El tierno pastor prosigue:
Pero si es riqueza el alma,
Pastora, el alma me pide.
Tú eres perlas, tú eres oro;
Tú diamantes, tu rubíes,
Quien no te sirve con alma,
Mas te ofende que te sirve.
Yo miéntras rijo este cuerpo,
Si no eres tú quien le rige,
Alma te doy, si eres Cielo,

Razon es que el alma estimes.
Dijo y en olmo verde
Estas palabras escribe:
Cuanto es Amarilis bella,
Es Fabio en amarla firme.

II.

En una peña sentado,
Que el mar con soberbia furia
Convertir pensaba en agua,
Y la descubrió mas dura,
Fabio miraba en las olas
Como la playa les hurta
A las que vienen la plata,
Y las que se van la espuma.
Contemplando está las penas
De amor y de olvido juntas,
El olvido en las que mueren,
Y el amor en las que duran;
Verdades de largo amor
No hay olvido que las cubra,
Ni diligencias humanas
A desdeñosas injurias.
En vano ruegos humildes
Las deidades importunan,

Porque se rien los cielos
De los amantes que juran.
Desea amor olvidar,
Y no quiere que se cumpla,
Porque nunca está mas firme,
Que pensando que se muda.
Naturaleza se alabe
De discretas hermosuras,
Pero cuando son tiranas,
No se alabe de ninguna.
Tomó Fabio su instrumento,
Y dijo á las peñas mudas
Sus locuras en sus cuerdas,
Porque pareciesen suyas.

III.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé que tiene el Aldea,
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo
No puedo venir mas léjos.
Ni estoy bien, ni mal conmigo;

Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Como se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan,
Fácilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
El dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento,
Que humildad y necedad
No caben en un sugeto.
La diferencia conozco
Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en su desprecio:
O sabe naturaleza
Mas que supo en este tiempo;
O tantos que nacen sabios,
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,

Dijo un Filósofo, haciendo
La cüenta con su humildad,
Adonde lo mas es ménos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio,
Que los que no son dichosos,
¿Como pueden ser discretos,
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado,
Y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de mas,
Otros por carta de ménos.
Dijéron que antiguamente
Se fué la verdad al Cielo:
Tal la pusiéron los hombres,
Que desde entónces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los propios y los agenos,
La de plata los estraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿A quien no dará cuidado,

Si es Español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?
Dijo Dios que comeria
Su pan el hombre primero
Con el sudor de su cara
Por quebrar su mandamiento:
Y algunos inobedientes
A la vergüenza y al miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y Filosofia
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos Polos tiene la tierra,
Universal movimiento,
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces
Haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,

Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua
Que no lo fuéron sus dueños.
¡O bien haya quien los hizo!
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengáron los pequeños.
Fea pintan á la envidia:
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quien vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos,
Cuando quieren escribir,
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres, ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto:
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones, ni pleitos.
Ni murmuráron del grande
Ni ofendiéron al pequeño,
Nunca como yo firmáron
Parabien, ni Pascuas diéron.
Con esta envidia que digo,

Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

ODAS.

A LA BARQUILLA.

I.

Pobre Barquilla mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola.
¿Adonde vas perdida?
¿Adonde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan

A dar entre las rocas,
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas:
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa;
Ni se estimó la perla,
Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas
Volviéron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan,
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.

Para los altos mares
No llevas cautelosa,
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quien te engañó, Barquilla?
Vuelve, vuelve la proa,
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretejen?
Que ricas banderolas
Azote son del viento,
Y de las aguas sombra.
¿En qué gabia descubres,
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiva
Del mar incultas orlas?
¿En qué celages fundas,
Que es bien echar la sonda,
Cuando perdido el rumbo
Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿Qué sirve fama heróica?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
Ramas verdes ó rojas,

Que en selvas de corales
Salado cesped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navíos de alto bordo,
Que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros,
Que los laureles lloran.
Pasáron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas
El Céfiro bullia
Y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,
En vez de torres altas
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes
A la playa arenosa
Mojado me sacabas;

Pero vivo, ¿que importa?
Cuando de rojo nácar
Se afeitaba la Aurora,
Mas peces te llenaban,
Que ella lloraba aljófar.
Al bello sol, que adoro,
Enjuta ya la ropa
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba Esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
La muerte nos divorcia:
¡Ay de la pobre barca,
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre el arena,
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien á su bien no torna.
Si con eternas plantas
Las fijas luces doras,
¡O dueño de mi barca!

Y en dulce paz reposas:
Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que adonde estás me lleve
Mas pura y mas hermosa.
Mi honesto amor te obligue,
Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.
¡Mas! ¡ay que no me escuchas!
Pero la vida es corta,
Viviendo todo falta,
Muriendo todo sobra.

II.

Para que no te vayas,
Pobre Barquilla, á pique,
Lastremos de desdichas
Tu fundamento triste.
¿Pero tan grave peso
Como podrás sufrirle?
Si fuera de esperanzas,
No fuera tan difícil.
De viento fuéron todas,

Para que no te fies
De grandes Oceanos,
Que las bonanzas fingen.
Halagan las orillas
Con ondas apacibles,
Peinando las arenas
Con círculos sutiles.
Serenas de semblante
Engañan los esquifes,
Jugando con los remos,
Porque no los avisen.
Pero en llegando al golfo,
No hay monte que se empine
Al Cielo mas gigante,
Adonde tantos gimen.
Traidoras son las aguas:
Ninguna se confie
De condicion tan fácil,
Que á todos vientos sirve.
Tan presto ver el cielo
A las gabias permite,
Como que los abismos
Las rotas quillas pisen.
Ya, pobre leño mio,

Que tantos años fuiste
Desprecio de las ondas,
Por Cilas y Caríbdis;
Es justo que descanses,
Y en este tronco firme
Atado como loco
Del agua te retires.
No intentes nuevas tablas,
Ni al viento desafies,
Que ruinas del tiempo
Ninguna enmienda admiten.
Miéntras te cuelgo al templo,
Victorioso apercibe
Para injustos agravios
Paciencias invencibles.
En la deshecha popa
Desengañado escribe:
Ninguna fuerza humana
Al tiempo se resiste.
No te anuncien las aves
Tempestades terribles,
Ni el ver que entre las ramas
Airado el viento silbe.
No admires los que salen,

Ni barco nuevo envidies
Porque le adornen jarcias,
Y velas le entapicen.
A climas diferentes
La herrada proa inclinen
Las poderosas naves
De Césares Felipes
Antárticos tesoros
Alegres soliciten,
Diamantes orientales,
Záfiros y amatistes.
Las armas de las popas
Con generosos timbres
Los montes de agua espanten,
La tierra opuesta admiren.
Y tú de solo el cielo
Cubierta, no porfies
A volver á las ondas,
De quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas,
Siendo al furor de Aquíles
Enéas el silencio,
Y la virtud Anquises.
Cuando tu dueño y mio

En esta orilla viste,
Saliendo de las aguas,
Salir á recibirme,
Aun no mostraba el Alba
Sus cándidos perfiles
Riendo en azucenas,
Llorando en alelíes.
Cuando á buscar regalos,
Eras pomposo cisne
Por las ocultas sendas
Del Reino de Anfitrite;
Ni temias tormentas,
Ni encantadoras Circes,
Que ya para Sirenas
Era mi amor Ulíses.
Y aun me viéron á veces
Sus cristalinas sirtes
Búzano de las perlas,
Y de los peces lince.
¿Qué pesca no le truje,
Cuando la noche viste
De sombras estos montes,
Que con mi amor compiten?
Y no en luciente plata,

Sino en tejidas mimbres,
Que donde vienen almas
Son las riquezas viles.
No hay cosa entre dos pechos
Que mas el alma estime,
Que verdades discretas
En apariencias simples.
Ya la temida parca,
Que con igual pie mide
Los edificios altos,
Y las chozas humildes,
Se la robó la tierra,
Y con eterno eclipse
Cubrió sus verdes ojos,
Ya de los cielos Iris.
Aquellas esmeraldas,
Que con el sol dividen
La luz y la hermosura,
En otro cielo asisten.
Aquellos que tuviéron,
Riéndose apacibles,
La honestidad por alma,
Que no el despejo libre:
Ya de su voz no tienen,

Que propiamente imiten
Dulcísimos pasages,
Los ruiseñores tiples.
No sé cual fué de entrámbos,
Bellísima Amarílis,
Ni quien murió primero,
Ni quien agora vive.
Presumo, que trocámos
Las almas al partirte:
Que pienso que es la tuya
Esta que en mi reside.
Tendido en esta arena
Con lágrimas repite
Mi voz tu dulce nombre,
Porque mi pena alivie.
Las ondas me acompañan,
Que en los opuestos fines
Con tristes ecos suenan,
Y lo que digo dicen.
No hay roca tan soberbia
Que de verme y oirme,
No se deshaga en agua,
Se rompa y se lastime.
Levantan las cabezas

Las Focas y Delfines
A las amargas voces
De mis acentos tristes.
No os admireis, les digo,
Que llore y que suspire
Aquel barquero pobre,
Que alegre conocísteis.
Aquel, que coronaban
Laureles por insigne,
Si no miente la fama,
Que á los estudios sigue,
Ya por desdichas tantas
Que le humillan y oprimen,
De lúgubres cipreses
La humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuve
De verle me despide:
Su muerte es esta vida
Que me gobierna y rige.
Ya mi amado instrumento,
Que hazañas invencibles
Cantó por admirables,
Lloró por infelices,
En estos verdes sauces

Ayer pedazos hice;
Supiéronlo Barqueros,
Enojados me riñen.
Cual toma los fragmentos
Y á unirlos se apercibe;
Pero difunto el dueño,
¿Las cuerdas de que sirven?
Cual le compone versos:
Cual porque no le pisen
Le cuelga de las ramas
Transformacion de Tisbe.
Mas yo, que no halló engaño
Que tu hermosura olvide,
A cuanto me dijéron
Llorando satisfice.
Primero que me alegre
Será posible unirse
Este mar al de Italia,
Y el Tajo con el Tibre.
Con los corderos mansos
Retozarán los tigres,
Y faltará á la ciencia
La envidia, que la sigue.
Que quiero yo que el alma

Llorando se destile;
Hasta que con la suya
Esta unidad duplique.
Que puesto que mi llanto
Hasta morir porfie,
Tan dulces pensamientos
Serán despues Fenices.
En bronce sus memorias,
Con eternos buriles,
Amor, que no con plomo,
Blando papel imprime.
¡O luz, que me dejaste,
Cuando será posible
Que vuelve á verte el alma,
Y que esta vida animes!
Mis soledades siente;
¡Mas ay! que donde vives
De mis deseos locos
En dulce paz te ries.

III.

¡Ay soledades tristes
De mi querida prenda,
Donde me escuchan solas

Las ondas y las fieras!
Las unas que espumosas
Nieve en las peñas siembran,
Porque parezcan blandas
Con mi dolor las peñas.
Las otras, que bramando
Ya tiemblan la fiereza,
Y en sus entrañas hallan
El eco de mis quejas.
¿Como sin alma vivo
En esta seca arena?
¿O como espero el dia
Si está mi aurora muerta?
¿O pediré llorando
La noche de su ausencia,
Que pues ya viven juntas,
Entrámbas amanezcan?
Pero saldrán las suyas,
Y no saldrá mi estrella:
Que aunque de noche salen,
Padece noche eterna.
Alma Vénus divina,
Que dia y noche muestras
La senda del aurora,

Y del mayor planeta,
Por esta noche sola
Le da la presidencia;
Pues sabes que te iguala
Su luz, y su pureza.
Cubrá funesto luto,
Barquilla pobre y yerma,
De la proa á la popa
Tus jarcias y tus velas.
No ya cendal te vista,
Ni te coronen fiestas
Marítimos hinojos,
Mas venenosa *adelfa*.
Las juncias y espadañas,
Que de aquestas riberas
Con sus dorados lirios
Tejidas orlas eran,
Y los laureles verdes
Secos tarayes sean:
Lo inútil de sus hojas
Mis esperanzas tengan.
Y rómpaste de suerte,
Que parezcas deshecha
Cabaña despreciada,

Que los Pastores dejan.
No ya por la mesana
Tus flámulas parezcan
Sierpes de seda el viento,
De tafetan cometas.
No de alegres colores,
Sino de sombras negras,
Las palas de tus remos
Las ondas encanezcan.
No las desnudas Ninfas,
Cuando la vela tiendas,
A la embreada quilla
Arrimen las cabezas.
Deshechos huracanes
Te saquen y te vuelvan;
Pues ya la mar de España
Les concedió licencia.
Vosotros, ó barqueros,
Que en aquestas aldeas
Dejais vuestras esposas
Hermosas y discretas,
Si obligan amistades
A mis tristes endechas,
En tanto que las olas

Por estas rocas trepan;
Pues viven retiradas
Las barcas y las pescas,
Ayudad con suspiros
Mis lastimosas quejas.
El que á la mar saliere,
Para que presto vuelva,
Embárquese en mis ojos,
Y le tendrá mas cerca.
El que estuviere alegre,
Ni venga, ni me vea,
Que volverá de verme
Con inmortal tristeza.
Cortad cipres funesto,
Y acompañad mi pena
Con versos infelices
De miseras elegias.
Y el que mejores rimas
Hiciere á las exequias
De mi querida esposa,
Tal premio se prometa.
Aquí tengo dos vasos,
Donde esculpidas tengo
La desdeñosa Dafne,

Y la amorosa Leda.
Aquella verde lauro,
Y con las plumas esta
Del cisne, por quien Troya
Llamó su fuego á Elena.
Y dos redes tan juntas,
Que si sus nudos cuenta,
Podrá suspiros mios,
Y yo del mar la arena.
Sacarán las Nayades;
Las Driadas y Oreas,
Aquellas de las ondas,
Las otras de las selvas,
Las frentes que coronan
Corales y verbenas,
Para que doble el llanto
Tan mísera tragedia.
Ya es muerta, decid todos,
Ya cubre poca tierra
La divina Amarílis,
Honor y gloria nuestra.
Aquella, cuyos ojos
Verdes, de amor centellas,
Músicos celestiales

Orfeos de almas eran:
Cuyas hermosas niñas
Tenian, como Reinas,
Doseles de su frente,
Con armas de sus cejas.
Aquella cuya boca
Daba leccion risueña
Al mar de hacer corales,
Al alba de hacer perlas.
Aquella, que no dijo
Palabras estrangeras
De la virtud humilde
Y la verdad honesta.
Aquella, cuyas manos,
De vivo azar compuestas,
Eran nieve en blancura
Cristal en trasparencia.
Cuyos pies parecian
Dos ramos de azucenas,
Si para ser mas lindas
Nacieran tan pequeñas.
La que en la voz divina
Desafió Sirenas,
Para quien nunca Ulíses

Pudiera hallar cautela.
La que añadió al Parnaso
La Musa mas perfecta,
La virtud y el ingenio,
La gracia y la belleza.
Matóla su hermosura,
Porque ya no pudiera
La envidia oir su fama,
Ni ver su gentileza.
Venid á consolarme,
Si puede ser que sea;
Mas no vengais, barqueros,
Que no quiero perderla.
Que si mi vida dura,
Es solo porque sienta
Mas muerte con la vida,
Mas vida, que sin ella.
Ya roto el instrumento,
Los lazos y las cuerdas,
Lo que la voz solia,
Las lágrimas celebran.
Su dulce nombre llamo;
Mas poco me aprovecha,
Que el eco que me burla,

Con mis acentos suena.
Mi propia voz me engaña,
Y como voy tras ella,
Cuanto la sigo y llamo,
Tanto de mí se aleja.
En este dulce engaño,
Pensando que me espera,
Salen del alma sombras
A fabricar ideas.
Delante se me ponen,
Y yo con ansia extrema
Lo que imagino abrazo,
Por ver si efecto engendra.
Pero en desdicha tanta,
Y en tanta diferencia,
Los brazos que engañaba
Desengañados quedan.
¡Qué alegre respondia
Dividiendo risueña
Aquel clavel honesto
En dos esferas medias!
Y yo, su esposo triste,
Al desatar la lengua,
Cogia de sus hojas

La risa con las perlas.
Mas ya no me responde
Mi dulce amada prenda,
Que en el silencio eterno
A nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias
En soledad me dejan,
Que busco sus estampas
Por esta arena seca.
Y donde tantas miro,
(¡Que locura tan nueva!)
Escojo las menores,
Y digo que son ellas.
No hay árbol donde tuvo
Alguna vez la siesta,
Que no le abrace y pida
La sombra que me niega:
Y entre estas soledades,
Con ansias tan estrechas,
No miro su retrato,
Y muérome por verla.
Que no pueden los ojos
Sufrir, que muerta sea
La que tan lindo talle

Pintada representa.
Lo que deseo huyo,
Porque de ver me pesa,
Que dure mas el arte
Que la naturaleza.
Sin esto, porque creo,
(Como me mira atenta)
Que pues que no me habla
No debe de ser ella.
Pintóla Francelise:
De las paredes cuelga
De mi cabaña pobre:
¡Mas qué mayor riqueza!
Si alguna vez acaso
Levanto el rostro á verla;
Las lágrimas la miran,
Porque los ojos ciegan.
Mas no podrá quejarse
De que otra cosa vean,
Aunque mirase flores,
Sin parecerme feas.
Tan triste vida paso,
Que todo me atormenta:
La muerte porque huye,

La vida porque espera.
Cuando barqueros miro,
Cuyas esposas muertas,
Que tanto amáron vivas,
Olvidan y se alegran,
Huyo de hablar con ellos,
Por no pensar que puedan
Hacer en mí los tiempos
A su memoria ofensa.
Porque si alguna cosa,
Aun suya, me consuela,
Ya pienso que la agravio,
Y dejo de tenerla.
Así lloraba Fabio
Del mar en las riberas
La vida de Amarílis,
La muerte de su ausencia,
Cuando atajáron juntas
Con desmayada fuerza
El corazon las ansias,
Las lágrimas la lengua.
Amor que le escuchaba,
Dijo : la edad es esta
De Píramo y Leandro,

De Porcia, Julia y Fedra:
Que no son de estos siglos
Amores tan de veras,
Que ni el morir los cura,
Ni el tiempo los remedia.

SONETOS.

I.

Ardese Troya, y sube el humo escuro
Al enemigo cielo, y entretanto
Alegre Juno mira el fuego y llanto;
¡Venganza de muger, castigo duro!
El vulgo aun en los templos mal seguro,
Huye cubierto de amarillo espanto,
Corre cuajada sangre el turbio Xanto
Y viene á tierra el levantado muro.
Crece el incendio propio al fuego estraño,
Las empinadas máquinas cayendo,
De que se ven ruinas y pedazos:
Y la dura ocasion de tanto daño,
Miéntras vencido Páris muere ardiendo,
Del Griego vencedor duerme en los brazos.

II.

Tened piedad de mí que muero ausente,
Hermosas Ninfas de este blando rio,
Que bien os lo merece el llanto mio
Con que suelo aumentar vuestra corriente.
Saca la coronada y blanca frente,
Tórmes famoso, á ver mi desvarío;
Así jamas te mengüe el seco estío,
Y esta montaña tu cristal aumente.
¿Mas qué importa que el llanto me recibas
Si no vas á morir al Tajo, donde
Mis penas pueda ver la causa dellas?
Tus Ninfas en tus ondas fugitivas,
Y tu cabeza coronada esconde,
Que basta que me escuchen las estrellas.

III.

JUDITH.

Cuelga sangriento de la cama al suelo
El hombro diestro del feroz tirano,
Que opuesto al muro de Betulia en vano
Despidió contra sí rayos al cielo.
Revuelto con el ansia el rojo velo

Del pabellon á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible convertido en hielo.
Vertido Baco el fuerte arnes afea,
Los vasos y la mesa derribada,
Duermén las guardas que tan mal emplea;
Y sobre la muralla coronada
Del pueblo de Israel, la casta Hebrea
Con la cabeza resplandece armada.

IV.

Con nuevos lazos como el mismo Apolo
Hallé *en cabello* á mi Lucinda un dia,
Tan hermosa que al cielo parecia
En la risa del alba abriendo el polo.
Vino un aire sutil y desatólo
Con blando golpe por la frente mia,
Y dije á Amor, que para que tenia
Mil cuerdas juntas para un arco solo.
Pero él responde, fugitivo mio,
Que burlaste mis brazos, hoy aguardo
De nuevo echar prision á tu albedrío.
Yo triste que por ella nruero y ardo

La red quise romper: ¡qué desvario!
Pues mas me enredo cuanto mas me guardo.

V.

A LA PÉRDIDA DEL REY D. SEBASTIAN.

¡O nunca fueras, África desierta,
En medio de los trópicos fundada,
Ni por el fértil Nilo coronada
Te viera el Alba cuando el sol despierta!
¡Nunca tu arena inculta descubierta
Se viera de cristiana planta honrada,
Ni abriera en ti la portuguesa espada
Á tantos males tan sangrienta puerta!
Perdióse en ti de la mayor nobleza
De Lusitania una florida parte;
Perdióse su corona y su riqueza:
Pues tú que no mirabas su estandarte,
Sobre él los pies levantas la cabeza
Ceñida en torno del laurel de Marte.

VI.

Cuando pensé que mi tormento esquivo
Hiciera fin, comienza mi tormento,

Y allí donde pensé tener contento,
Allí sin él desesperado vivo.
Donde enviaba por el verde olivo
Me trujo sangre el triste pensamiento,
Los bienes que pensé gozar de asiento
Huyéron mas que el aire fugitivo.
¡Cuitado yo! que la enemiga mia
Ya de tibieza en yelo se deshace,
Ya de mi fuego se consume y arde.
Yo he de morir, y ya se acerca el dia;
Que el mal en mi salud su curso hace,
Y cuando llega el bien es poco y tarde.

VII.

GUZMAN EL BUENO.

Al tierno niño, al nuevo Isao Cristiano
En el arena de Tarifa mira
El mejor padre con piadosa ira,
La lealtad y el amor luchando en vano.
Alta la daga en la temida mano,
Glorioso vence, intrépido la tira,
Ciega el sol, nace Roma, amor suspira,
Triunfa España, enmudece el Africano.
Bajó la frente Italia, y de la suya

Quitó á Torcato el lauro en oro y bronces,
Porque ninguno ser Guzman presuma:
Y la fama principió de la tuya,
Guzman el Bueno escribe, siendo entónces
La tinta sangre, y el cuchillo pluma.

VIII.

Antes que el cierzo de la edad ligera
Seque la rosa, que en tus labios crece,
Y el blanco de ese rostro que parece
Cándidos grumos de lavada cera,
Estima la esmaltada primavera,
Laura gentil, que en tu beldad florece,
Que con el tiempo se ama y se aborrece,
Y huirá de tí quien á tu puerta espera.
No te detengas en pensar que vives,
O Laura, que en tocarte y componerte
Se entrará la vejez sin que la llames.
Estima un medio honesto, y no te esquives
Que no ha de amarte quien viniere á verte,
Laura, cuando á tí misma te desames.

IX.

Cual engañado niño, que contento
Pintado pajarillo tiene atado,

Y le deja en la cuerda confiado,
Tender las alas por el manso viento:
Y cuanto mas en esta gloria atento,
Quebrándose el cordel quedó burlado,
Siguiéndole en sus lágrimas bañado
Con los ojos y el triste pensamiento;
Contigo he sido amor, que mi memoria
Deje llevar de pensamientos vanos
Colgados de la fuerza de un cabello:
Llevóse el viento el pájaro y mi gloria;
Y dejóme el cordel entre las manos
Que habrá por fuerza de servirme al cuello.

X.

Daba sustento á un pajarillo un dia
Lucinda, y por los hierros del portillo
Fuésele de la jaula el pajarillo
Al libre viento en que vivir solia.
Con un suspiro á la ocasion tardía
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dijo, y de sus mejillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardia.
¿ Adonde vas por despreciar el nido
Al peligro de ligas y de balas,

Y el dueño huyes que tu pico adora?
Oyóla el pajarillo enternecido,
Y á la antigua prision volvió las alas,
Que tanto puede una muger que llora.

XI.

Suelta mi manso, mayoral estraño,
Pues otro tienes tú de igual decoro,
Suelta la prenda que en el alma adoro
Perdida por tu bien y por mi daño.
Ponle su esquila de labrado estaño,
Y no le engañen tus collares de oro,
Toma en albricias esto blanco toro
Que á las primeras yerbas cumple un año.
Si pides señas, tiene el vellocino
Pardo, encrespado, y los ojuelos tiene
Como durmiendo en regalado sueño.
Si piensas, que no soy dueño, Alcino,
Suelta y verásle si á mi choza viene,
Que aun tienen sal las manos de su dueño.

XII.

Canta pájaro amante en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo
No ha visto el cazador, que con desvelo

Le está acechando la ballesta armada.
  Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz en el pico convertida en yelo:
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo
Por no alejarse de la prenda amada.
  Desta suerte el amor canta en el nido:
Mas luego que los zelos que rezela
Le tiran flechas de temor, de olvido:
  Huye, teme, sospecha, inquiere, zela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

XIII.

Esparcido el cabello por la espalda,
Que fué del sol desprecio á maravilla,
Silvia cogia por la verde orilla
Del mar de Cádiz conchas en su falda.
  El agua entre el hinojo de esmeralda
Para que entrase mas su curso humilla,
Tejió de mimbre una alta canastilla,
Y púsola en su frente por guirnalda.
  Mas cuando ya desamparó la playa,
Mal haya, dijo, el agua, que tan poca
Con su sal me abrasó pies y vestidos.

Yo estaba cerca y respondí : mal haya
La sal que tiene tu graciosa boca
Que así tiene abrasados mis sentidos.

XIV.

Merezca yo de tus graciosos ojos,
Que de los mios, dulce Tirsi, creas
Aquestas puras lágrimas, y seas
Templado en el rigor de tus enojos.
La arena y yerba en áspides y abrojos
Se me conviertan cuando tú me veas
Mis plantas ocupar en obras feas,
O por necesidad, ó por antojos.
Fálteme el bien y el mal me venga junto,
Si en el mudar mi firme pensamiento
Engaño contra tí mi pecho fragua.
Esto juraba Alcida, Tirsi al punto
Hizo de aquella fé testigo al viento,
Y escribió las palabras en el agua.

XV.

Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto,
Catorce versos dicen que es soneto,
Burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,
Y estoy á la mitad de otro cuarteto,
Mas si me veo en el primer terceto
No hay cosa en los cuartetos que me espante.
Por el primer terceto voy entrando,
Y aun parece que entré con pie derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho,
Que estoy los trece versos acabando:
Contad si son catorce, y está hecho.

XVI.

Así en las olas de la mar feroces,
Bétis, mil siglos tu cristal escondas,
Y otra tanta ciudad sobre tus ondas
De mil navales edificios goces;
Así tus cuevas no interrumpan voces,
Ni quillas toquen, ni permitan sondas,
Y en tu campo tan fértil correspondas,
Que rompa el trigo las agudas hoces;
Así en tu arena el Indio márgen rinda,
Y al avariento corazon descubras,
Mas barras que en ti mira el cielo estrellas;
Que si pusiere en tí sus pies, Lucinda,

No, por besallos, sus estampas cubras,
Que estoy zeloso y voy leyendo en ellas.

SONETOS BURLESCOS.

I.

Caen de un monte á un valle entre pizarras
Guarnecidas de frágiles elechos
A su márgen carámbanos deshechos,
Que cercan olmos y silvestres parras.
Nadan en su cristal Ninfas bizarras
Compitiendo con él cándidos pechos,
Dulces naves de amor, en mas estrechos
Que las que salen de españolas barras.
Tiene este monte por vasallo á un prado,
Que para tantas flores le importuna
Sangre á las venas de su pecho helado.
Y en este monte y liquida laguna,
Para decir verdad como hombre honrado,
Jamas me sucedió cosa ninguna.

II.

Si entré, si ví, si hablé, señora mia,
Ni tuve pensamiento de mudarme,
Máteme un necio á puro visitarme,

Y escuche malos versos todo un dia:
  Cuando de hacerlos tenga fantasía
Dispuesto el genio para no faltarme,
Cerca de donde suelo retirarme
Un ministril se enseñe á quirimía.
  Cerquen los ojos que os estan mirando
Legiones de poéticos mochuelos,
De aquellos que murmuran imitando.
  ¡O si os mudasen de rigor los cielos!
Porque no puede ser, (ó fué burlando)
Que quien no tiene amor, pidiese zelos.

III.

  Como si fuera *cándida escultura*
En lustroso marfil del Bonarrota
A Páris pide Vénus en pelota
La debida manzana á su hermosura:
  En perspectiva Palas su figura
Muestra, por mas honesta, mas remota,
Juno sus altos méritos acota
En parte de la selva mas oscura.
  Pero el pastor á Vénus la manzana
De oro le rinde mas galan, que honesto,
Aunque saliera su esperanza vana.

Pues cuarta Diosa en el discorde puesto
No solo á tí te diera, hermosa Juana,
Una manzana, pero todo un cesto.

IV.

¿Qué estrella saturnal, tirana hermosa,
Se opuso en vez de Vénus á la Luna,
Que me respondes grave é importuna
Siendo con todos fácil y amorosa?

Cerrásteme la puerta rigurosa
Donde me viste sin piedad alguna,
Hasta que á Febo en su dorada cuna
Llamó la aurora en la primera rosa.

¿Qué fuerza imaginó tu desatino,
Aunque fueras de vidrio de Venecia
Tan fácil, delicado y cristalino?

O me tienes por loco, ó eres necia,
Que ni soberbio soy para Tarquino,
Ni tú Romana para ser Lucrecia.

V.

Como suele correr desnudo Atleta
En la arena marcial al palio opuesto
Con la imaginacion tocando el puesto,
Tal sigue á Dafne el fulgido planeta:

Quitósele al coturno la soleta,
Y viéndose alcanzar, turbó el incesto,
Vuelto en laurel su hermoso cuerpo honesto,
Corona al Capitan, premio al poeta.
Si corres como Dafne, y mis fortunas
Corren tambien á su esperanza vana
En seguirte anhelantes é importunas:
¿Cuando serás laurel, dulce tirana?
Que no te quiero yo para aceitunas,
Sino para mi frente, hermosa Juana.

VI.

Juana, mi amor me tiene en *tal* estado,
Que no os puedo mirar cuando no os veo,
Ni escribo, ni manduco, ni paseo
Entretanto que duermo sin cuidado.
Por no tener dineros no he comprado
(¡O amor cruel!) ni manta, ni manteo,
Tan vivo me derrienga mi deseo
En la concha de Vénus amarrado.
De Garcilaso es este verso, Juana,
Todos hurtan, paciencia, yo os le ofresco:
Mas volviendo á mi amor, dulce tirana,
Tanto en morir y en esperar merezco,

Que siento mas el verme sin sotana,
Que cuanto fiero mal por vos padezco.

VII.

Lazos de plata y de esmeralda rizos
Con la yerba y el agua forma un charco
Haciéndole moldura y verde marco
Lirios morados, blancos y pajizos;
Donde tambien los ánades castizos
Pardos y azules con la pompa en arco,
Y palas de los pies parecen barco,
En una selva, habitacion de erizos.
Hace en el agua el céfiro inquieto
Esponja de cristal la blanca espuma,
Como que está diciendo algun secreto;
En esta selva, en este charco en suma....
Pero por Dios que se acabó el soneto,
Perdona, Fabio, que probé la pluma.

VIII.

Soberbias torres, altos edificios,
Que ya cubrístes siete excelsos montes,
Y agora en descubiertos horizontes
Apénas de haber sido dais indicios;
Griegos Liceos, célebres hospicios

De Plutarcos, Platones, Xenofontes,
Teatro que lidió Rinocerontes,
Olimpias, lustros, baños, sacrificios;
¿Qué fuerzas deshiciéron peregrinas
La mayor pompa de la gloria humana,
Imperios, triunfos, armas y doctrinas?
¡O gran consuelo á mi esperanza vana,
Que el tiempo que os volvió breves ruinas,
No es mucho que acabase mi sotana!

IX.

ÉGLOGA.

Al pie del jaspe de un feroz peñasco
Pelado por la fuerza del estío,
Dosel de un verde campo, tan sombrío
Que contra Febo le sirvió de casco:
Damon con su rabel, y al lado el frasco
Para cantar mejor en desafío,
Y Tirsi claro honor de nuestro rio
Con un violin de cedro de damasco.
Juez Eliso, que de un verde pobo
A falta de laurel premios tejia,
Céfiro haciendo de los ecos robo;
Mas cuando Tirsi comenzar queria,

Ladró Melampo, y dijo Antandro, al lobo;
Y el canto se quedó para otro dia.

X.

Aura suave y mansa que respiras
En el clavel de Juana, y las lucientes
Hebras de sus mejillas transparentes
Con blando soplo esparces y retiras:
¿Porqué á la rosa y al jazmin aspiras
Desde el coro de perlas de sus dientes,
Pudiendo reparar mis accidentes,
Cuando en su dulce anhélito suspiras?
El humor de sus labios purpurantes
Para criar aromas bebe Apolo
Del alba ministrado en los diamantes:
Porque respira tan fragante Eolo,
Que ganara un millon tratando en guantes
Pues fueran de ámbar con el soplo solo.

XI.

¡Tanto mañana y nunca ser mañana!
Amor se ha vuelto cuento, ó se me antoja:
¿En qué region el sol su carro aloja
Desta imposible aurora tramontana?
Sígueme inútil la esperanza vana,

Como ave zorrera, ó mula coja,
Porque no me tratara Barbaroja
De la manera que me tratas, Juana.
Juntos amor, y yo buscando vamos
Esta mañana ¡ó dulces desvaríos!
Siempre mañana, y nunca mañanamos:
Pues si vencer no puedo tus desvíos,
Sáquente cuervos destos verdes ramos
Los ojos... pero no, que son los mios.

XII.

Luciente *estrella*, con que nace el dia,
Que el oscuro *crepúsculo interpreta*,
Alma Vénus *gentil*, *luz que* sujeta
Cuanto mortal naturaleza cria:
Dulce dispara á la enemiga mia
Flecha sutil en forma de cometa,
Asi de trino estés con el planeta,
Que parece español en la osadía.
Si sales á la tarde en el zafiro,
Purpúreo ya, si al alba en oro y grana,
Siempre me ves en un mortal suspiro:
¡O dulce hasta del cielo envidia humana!

Pues siempre al lado de tu sol te miro,
Tú á mí jamas al de mi hermosa Juana.

XIII.

Picó atrevido un átomo viviente
Los blancos pechos de Leonor hermosa;
Granate en perlas, arador en rosa,
Breve lunar del invisible diente.
Ella dos puntas de marfil luciente
Con súbita inquietud bañó quejosa,
Y torciendo su vida bulliciosa,
En un castigo dos venganzas siente.
Al espirar la pulga, dijo ¡ay triste!
¿Por tan pequeño mal dolor tan fuerte?
¡O pulga, dije yo, dichosa fuiste!
Deten el alma, y á Leonor advierte,
Que me deje picar donde estuviste,
Y trocaré mi vida con tu muerte.



LA GATOMAQUIA.

POEMA BURLESCO. *

SILVA I.

Yo aquel que en los pasados
Tiempos canté las selvas y los prados,
Estos vestidos de árboles mayores,
Y aquellos de ganados y de flores,
Las armas y las leyes
Que conservan los Reinos y los Reyes;
Ahora en instrumento ménos grave
Canto de amor suave
Las iras y desdenes,
Los males y los bienes,
No del todo olvidado
El fiero taratántara templado
Con el silbo de pífano sonoro.
Vosotras Musas del Castalio Coro,
Dadme favor en tanto

* Lope de Vega publicó este Poema con el nombre del Licenciado Tomé de Burguillos.

Que con el genio que me dísteis canto
La guerra, los amores y accidentes
De dos gatos valientes:
Que como otros están dados á perros,
O por agenos, ó por propios yerros.
Tambien hay hombres que se dan á gatos
Por olvidos de Príncipes ingratos,
O porque les persigue la fortuna
Desde el columpio de la tierna cuna.
Tú, Don Lope, si acaso
Te deja divertir por el Parnaso
El Holandes pirata,
Gato de nuestra plata,
Que infesta las marinas,
Por donde con la armada peregrinas,
Suspende un rato aquel valiente acero,
Con que al asalto llegas el primero,
Y escucha mi famosa *Gatomaquía*:
Así desde las Indias á Valaquía
Corra tu nombre y fama,
Que ya por nuestra patria se derrama;
Desde que viste la morisca puerta
De Tunez y Biserta
Armado y niño en forma de Cupido,

Con el Marques famoso
Del mejor apellido,
Como su padre por la mar dichoso.
No siempre has de atender á Marte airado
Desde su tierna edad ejercitado,
Vestido de diamante,
Coronado de plumas arrogante:
Que alguna vez el ocio
Es de las armas cordial socrocio,
Y Vénus en la paz como Santelmo,
Con manos de marfil le quita el yelmo.
Estaba sobre un alto caballete
De un *tejado* sentada
La bella Zapaquilda al fresco viento,
Lamiéndose la cola y el copete,
Tan fruncida y mirlada,
Como si fuera gata de convento:
Su mesmo pensamiento
De espejo la servia,
Puesto que un roto casco le traia
Cierta urraca burlona,
Que no dejaba toca ni valona,
Que no escondia por aquel tejado,
Confin del corredor de un Licenciado.

Ya que lavada estuvo,
Y con las manos que lamidas tuvo,
De su ropa de martas aliñada,
Cantó un soneto en voz medio formada
En la arteria vocal, con tanta gracia
Como pudiera el músico de Tracia:
De suerte que cualquiera que la oyera
Que era solfa gatuna conociera,
Con algunos cromáticos disones,
Que se daban al diablo los ratones.
Asomábase ya la primavera
Por un balcon de rosas y alelíes,
Y Flora con dorados borceguíes
Alegraba risueña la ribera:
Tiestos de Talavera
Prevenia el verano,
Cuando Marramaquiz, gato Romano,
Aviso tuvo cierto de Maulero,
Un gato de la Mancha su escudero,
Que al sol salia Zapaquilda hermosa
Cual suele amanecer purpúrea rosa
Entre las hojas de la verde cama,
Rubí tan vivo que parece llama,
Y que con una dulce cantilena

En el arte mayor de Juan de Mena
Enamoraba el viento.
Marramaquiz atento
A las nuevas del page,
(Que la fama enamora desde léjos)
Que fuera de las naguas de pellejos
Del campanudo trage,
Introducion de sastres y roperos,
Doctos maestros de sacar dineros,
Alababa su gracia y hermosura,
Con tanta melindrífera mesura;
Pidió caballo, y luego fué traida
Una mona vestida
Al uso de su tierra,
Cautiva en una guerra,
Que tuviéron las monas y los gatos;
Púsose borceguíes y zapatos
De dos dediles de segar abiertos,
Que con pena calzó por estar tuertos;
Una cuchar de plata por espada,
La capa colorada
A la Francesa, de una calza vieja,
Tan igual, tan lucida y tan pareja
Que no será lisonja

Decir que Adonis en limpieza y gala,
Aunque perdone Vénus, no le iguala:
Por gorra de Milan media toronja,
Con un penacho rojo, verde y bayo,
De un muerto por sus uñas papagayo,
Que diciendo: Quien pasa? cierto dia,
Pensó que el Rey venia,
Y era Marramaquis que andaba á caza,
Y holló para romper la jaula traza.
Por cuera dos mitades, que de un guante
Le atáron por detras y por delante,
Y un puño de una niña por valona.
Era el gatazo de gentil persona,
Y no ménos galan que enamorado,
Bigote blanco y rostro despejado,
Ojos alegres, niñas mesuradas,
De color de esmeraldas diamantadas:
Y á caballo en la mona parecia
El Paladin Orlando, que venia
A visitar á Angélica la bella.

La recatada ninfa, la doncella,
En viendo el gato se mirló de forma
Que en una grave dama se trasforma:
Lamiéndose á manera de manteca

La superficie de los labios seca,
Y con temor de alguna carambola
Tapó las indecencias con la cola:
Y bajando los ojos hasta el suelo
Su mirlo propio le sirvió de velo,
Que ha de ser la doncella virtuosa
Mas recatada, miéntras mas hermosa.
Marramaquiz entónces con ligeras
Plantas batiendo el tetuan Caballo,
Que no era Pie de hierro, ó pie de gallo,
Le dió cuatro carreras,
Con otras gentilezas y escarceos,
Alta demostracion de sus deseos,
Y la gorra en la mano,
Acercóse galan y cortesano,
Donde la dijo amores,
Ella con los colores
Que imprime la vergüenza
Le dio de sus guedejas una trenza.
Y al tiempo que los dos marramizaban,
Y con tiernos singultos relamidos
Alternaban, sentidos
Desde unas claraboyas que adornaban
La azotea de un Clérigo vecino,

Un bodocazo vino
Disparado de súbita ballesta,
Mas que la vista de los ojos presta,
Que dándole á la mona en la almohada,
Por dedentro morada,
Por defuera pelosa,
Dejó caer la carga, y presurosa
Corrió por los tejados,
Sin poder los lacayos y criados
Detener el furor con que corria.

No de otra suerte que en sereno dia
Balas de nieve escupe, y de los senos
De las nubes relámpagos y truenos,
Súbita tempestad en monte ó prado,
Obligando que el tímido ganado
Atónito se esparza,
Ya dejando en la zarza,
De sus pungentes laberintos vana,
La blanca ó negra lana,
(Que alguna vez la lana ha de ser negra)
Y hasta que el sol en arco verde alegra
Los campos que reduce á sus colores,
No vuelven á los prados, ni á las flores;
Asi los gatos iban alterados

Por corredores, puertas y terrados
Con trágicos maullos,
No dando como tórtolas arrullos,
Y la mona la mano en la almohada,
La parte occidental descalabrada,
Y los húmidos polos circunstantes
Bañados de medio ámbar como guantes.

En tanto que pasaban estas cosas,
Y el gato en sus amores discurria
Con ansias amorosas,
(Porque no hay alma tan helada y fria
Que amor no agarre, prenda y engarrafe)
Y el mas alto tejado enternecia,
Aunque fuesen las tejas de Jetafe,
Y ella con ñifi, ñafe
Se defendia con semblante airado;
Aquel de cielo y tierra monstro alado,
Que vestido de lenguas y de ojos,
Ya decrépito viejo con antojos,
Ya lince penetrante,
Por los tres elementos se pasea
Sin que nadie le vea,
Con la forma elegante
De Zapaquilda discurrió ligero

Uno y otro hemisfero,
Aunque con las verdades lisonjera,
Y en cuanto baña en la terrestre esfera,
Sin excepcion de promontorio alguno,
El cerúleo Neptuno,
Plasmante universal de toda fuente,
Desde Boótes á la austral corona,
Y de la Zona frígida á la ardiente.
Esto dijo la fama que pregona
El bien y el mal, y en viendo su retrato
Se erizó todo gato,
Y dispuso venir con esperanza
Del galardon que un fino amor alcanza.
  Los que viniéron por la tierra en postas,
Trujéron por llegar á la ligera
Solo plumas y banda, calza y cuera:
Los que habitaban de la mar las costas,
(Tanto pueden de amor dulces empresas)
Viniéron en artesas,
Mas no por eso ménos
Hasta la cola de riquezas llenos;
Y otros por bizarría,
Para mostrar despues la gallardía
En cofres y baules,

Sulcando las azules
Montañas de Amfitrite,
Y alguno que á disfraces se remite,
Por no ser conocido,
En una caja de orinal metido.
Con esto en muchos siglos no fué vista,
Como en esta conquista,
Tanta de gatos multitud famosa
Por Zapaquilda hermosa.
Apénas hubo teja, ó chimenea
Sin gato enamorado,
De bodoque tal vez precipitado,
Como Calisto fué por Melibea;
Ni raton parecia,
Ni el balbuciente hocico permitia
Que del nido saliese,
Ni queso, ni papel se agujereaba
Por costumbre, ó por hambre que tuviese;
Ni poeta por todo el universo
Se lamentó que le royesen verso;
Ni gorrion saltaba,
Ni verde lagartija
Salia de la cóncava rendija.
Por otra parte el daño compensaba,

Que de tanto gatazo resultaba,
Pues no estaba segura
En sábado morcilla, ni asadura,
Ni panza, ni cuajar, ni aun en lo sumo
De la alta chimenea
La longaniza al humo,
Por imposible que alcanzarla sea,
Exento en la porfía á la esperanza,
Que todo cuanto mira, tanto alcanza.
Entre esta generosa ilustre gente
Vino un gato valiente;
De hocico agudo, y de narices romo,
Blanco de pecho y pies, negro de lomo,
Que Mizifuf tenia
Por nombre; en gala, cola, y gallardía
Célebre en toda parte
Por un Zapinarciso y Gatimarte.
Este luego que vió la bella gata
Mas reluciente que fregada plata,
Tan perdido quedó, que noche y dia
Paseaba el tejado en que vivia
Con pages y lacayos de librea,
Que nunca sirve mal quien bien desea:
Y sucedióle bien pues luego quiso,

¡O gata ingrata! á Mizifuf Narciso,
Dando á Marramaquiz zelos y enojos;
No sé por cual razon puso los ojos
En Mizifuf, quitándole al primero
Con súbita mudanza
El antiguo favor y la esperanza.
¡O cuanto puede un gato forastero,
Y mas siendo galan y bien hablado,
De pelo rizo y garbo ensortijado!
Siempre las novedades son gustosas,
No hay que fiar de gatas melindrosas.
¿Quien pensara que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel é inexorable,
Y que al galan Marramaquiz dejara
Por un gato que vió de buena cara,
Despues de haberle dado
Un pie de puerco hurtado,
Pedazos de tocino y de salchichas?
¡O cuan poco en las dichas
Está firme el amor y la fortuna!
¿En qué muger habrá firmeza alguna?
¿Quien tendrá confianza,
Si quien dijo muger, dijo mudanza?
Marramaquiz con ansias y desvelos

Vino á enfermar de zelos,
Porque ninguna cosa le alegraba.
Finalmente Merlin que le curaba,
Gato de cuyas canas, nombre y ciencia
Era notoria á todos la experiencia,
Mandó que se sangrase;
Y como no bastase,
Vino á verle su dama,
Aunque tenia en un desvan la cama,
A donde la carroza no podia
Subir por alta y por estrecha via.
Pero en fin apeada
Entró de su escudero acompañada.
Mirándose los dos severamente,
Despues de sosegado el accidente,
El con maullo habló, ella con mirlo,
Que fuera harto mejor pegarla un chirlo.
Pero por alegrarle la sangría,
Le trajo su criada Bufalía
Una pata de ganso y dos hostiones.
El se quejó con tímidas razones
En su lenguage mizo,
A que ella con vergüenza satisfizo.
Quejas, que traducidas de él y de ella

Así decian : « Zapaquilda bella,
¿ Porqué me dejas tan injustamente ?
¿ Es Mizifuf mas sabio, mas valiente,
Tiene mas ligereza, mejor cola ?
¿ No sabes que te quise elegir sola
Entre cuantas se precian de mirladas,
De bien vestidas y de bien tocadas ?
¿ Esto merece que un invierno helado,
De tejado en tejado
Me hallase el alba al madrugar el dia,
Con espada, broquel y bizarría,
Mas cubierto de escarcha,
Que soldado Español que en Flandes marcha
Con arcabuz y frascos ?
Si no te he dado telas y damascos,
Es porque tú no quieres vestir galas
Sobre las naturales martingalas,
Por no ofender, ingrata, á tu belleza
Las naguas que te dió naturaleza.
Pero en lo que es regalos, ¿ quien ha sido
Mas cuidadoso, como tú lo sabes ?
¿ En cuanto en las cocinas atrevido
Pude garrafiñar de peces y aves ?
¿ Qué pastel no te truje, qué salchicha ?

¡O terrible desdicha!
Pues no soy yo tan feó,
Que ayer me ví, mas no como me veo,
En un caldero de agua, que de un pozo
Sacó para regar mi casa un mozo,
Y dije: ¿Esto desprecia Zapaquilda?
¡O zelos, o impiedad, o amor, reñilda!»
No suele desmayarse al sol ardiente
La flor del mismo nombre, la arrogante
Cerviz bajar humilde, que la gente
Por la loca altitud llamó gigante;
Ni queda el tierno infante
Mas cansado despues de haber llorado
De su madre en el pecho regalado,
Que el amante quedó sin alma. ¡O cielos,
Qué dulce cosa amor, qué amarga zelos!
Ella como le vió que ya exhalaba
Blandamente el espíritu en suspiros,
Y que piramisaba
Entre dulces de amor fingidos tiros,
Para que no se rompa vena ó fibra,
El mosqueador de las ausencias vibra,
Pasándole dos veces por su cara.
Volvióle en sí, que aquel favor bastara

Para libralle de la muerte dura,
Y luego con melífera blandura
Le dijo en lengua culta:
« Si tu amor dificulta
El que me debes, en tu agravio piensas
Tan injustas ofensas,
Que aunque es verdad que Mizifuf me quiere,
Y dice á todos que por mí se muere,
Yo te guardo la fe como tu esposa. »
Cesó con esto Zapaquilda hermosa,
Sellando honesta las dos rosas bellas,
Que siempre habláron poco las doncellas,
Que como las viudas y casadas
No están en el amor ejercitadas.
Bajaba ya la noche
Y las ruedas del coche,
Tachonadas de estrellas,
Brilladores díamantes y centellas
Detras de las montañas resonaban:
Los pájaros callaban,
Dejando el campo yermo,
Cuando los pages del galan enfermo
En el alto desvan hachas metian,
Que á alumbrar la carroza prevenian.

Entónces los amantes,
(Que son los cumplimientos importantes)
Ella por irse, y él quedarse á solas,
Se hiciéron reverencia con las colas.

SILVA II.

Convaleciente ya de las heridas
De los crueles zelos
De Mizifuf, Marramaquiz valiente,
Aquellos que han cortado tantas vidas,
Y que en los mismos cielos
A Júpiter, señor del rayo ardiente,
Con disfraz indecente,
Fugitivo de Juno,
Su rigor importuno
Tantas veces mostráron,
Que en fuego, en cisne, en buey le transformáron
Por Europa, por Leda y por Egina;
Con pálida color y banda verde,
Para que la sangría se le acuerde,
Que amor enfermo á condoler se inclina,
Paseaba el tejado y la buharda
Dé aquella ingrata cuanto hermosa fiera.
¿Quien ama fieras qué firmeza espera,

Qué fin, qué premio aguarda?
   Zapaquilda gallarda
Estaba en su balcon, que no atendia
Mas de á saber si Mizifuf venia,
Cuando Garraf su page,
Si bien de su linage,
Llegó con un papel y una bandeja,
Ella la cola y el confin despeja,
Y la bandeja toma
Sobre negro color labrada de oro
Por el Indio Oriental, y con decoro
Mira si hay alguno que primero coma:
Ofensa del cristal de la belleza,
Propia naturaleza
De gatas ser golosas,
Aunque al tomar se finjan melindrosas.
Y ántes de oir el page
Ve las alhajas que el galan envia,
Que joya, que invencion, que nuevo trage:
En fin vió que traia
Un pedazo de queso
De razonable peso,
Y un relleno de huevos y tocino,
Atis en fruta que produce el pino

Entre menuda rama
En la falda del alto Guadarrama,
Por donde van al bosque de Segovia;
Y luego en fe de que ha de ser su novia
Dos cintas que le sirvan de arracadas,
Gala que solo á gatas regaladas,
Cuando pequeñas, las mugeres ponen,
Que de rosas de nácar las componen.
Tomó luego el papel y con sereno
Rostro apartando el queso y el relleno,
Vió que el papel decia:
« Dulce Señora, dulce prenda mia,
Sabrosa, (aunque perdone Garcilaso,
Si el consonante mismo sale al paso)
Mas que la fruta del cercado ageno,
Ese queso, mi bien, ese relleno,
Y esas cintas de nácar os envio,
Señas de la verdad del amor mio. »
Aquí llegaba Zapaquilda, cuando
Marramaquiz zeloso, que mirando
Estaba desde un alto caballete
Tan gran traicion, colérico arremete,
Y echa veloz de ardiente furia lleno
Una mano al papel y otra al relleno:

Garraf se pasma y queda sin sentido,
Como el que oyó del arcabuz el trueno
Estando divertido,
A quien él ofendido
Tiró una manotada con las fieras
Uñas, de suerte que formando esferas
Por la region del aire vagaroso,
Le arrojó tan furioso,
Que en el claro cristal de sus espejos
Pudo cazar vencejos
Ménos apasionado y mas ocioso.
No de otra suerte el jugador ligero
Le vuelve la pelota al que la saca
Herida de la pala resonante,
Quéjase el aire que del golpe fiero
Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
Y chaza el que interviene el pie delante;
El gatazo arrogante,
Sin soltar el relleno, despedaza
El papel que en los dientes
Con la espuma zelosa vuelve estraza,
Y á Zapaquilda aténita amenaza.
Como se suele ver en las corrientes
De los undosos rios quien se ahoga,

Que asiéndose de rama, yerba ó soga,
La tiene firme de sentido ageno;
Así Marramaquiz tiene el relleno,
Que ahogándose en congojas y desvelos,
No soltaba la causa de los zelos.
¡O cuanto amor un alma desespera,
Pues cuando ya se ve sin esperanza,
En un relleno tomará venganza:
¿Mas quien imaginara que pudiera
Dar zelos el amor en ocasiones
Con rellenos de huevos y piñones?
¡Mas ay de quien le habia
Hecho para la cena de aquel dia!
Huyóse en fin la gata, y con el miedo
Tocó las tejas con el pie tan quedo,
Que la Amazona bella parecia,
Que por los trigos pálidos corria
Sin doblar las espigas de las cañas,
Que de tierras estrañas
Tales gazapas las historias cuentan.
Los miedos que á la gata desalientan,
La hiciéron prometer, si la libraba,
Al niño amor un arco y una aljaba,
De aquel zeloso Rodamonte fiero,

Hasta pasar las furias del Enero,
El cual juró olvidarla, y en su vida,
Desnuda, ni vestida
Volver á verla, ni tener memoria
De la pasada historia,
Y buscar algun sabio
Para satisfaccion de tanto agravio.
Pero fuéron en vano sus desvelos,
Que amor nó cumple lo que juran zelos,
Y tanto puede una muger que llora,
Que vienen á reñirla y enamora,
Creyendo el que ama, en sus zelosas iras,
Por una *lagrimilla* mil mentiras.
Y como Ovidio escribe en su *Epistolio*,
Que no me acuerdo el *folio*,
Estas heridas del amor protervas
No se curan con yerbas,
Que no hay para olvidar á amor remedio
Como otro nuevo amor, ó tierra en medio.
  Garraf en tanto que esto se trataba,
Estropeado á Mizifuf llegaba,
Maullando tristemente
En acento hipocóndrico y doliente,
Como suelen andar los galleforos

Para sacar dineros,
Manqueando de un brazo
Colgado de un retazo,
Y débiles las piernas,
Una cerrando de las dos linternas,
Por mirar á lo vizco,
Luego en el corazon le dió un pellizco
La mala nueva que adelanta el daño,
Haciendo el aposento al desengaño,
Y díjole: ¿qué tienes,
Garraf amigo, que tan triste vienes?
Entónces él moviendo tremolante
Blanda cola detras, lengua delante,
Le refirió el suceso,
Y que Marramaquiz papel y queso,
Y relleno tambien le habia tomado,
Como zeloso airado,
Como agraviado necio,
Con infame desprecio,
Con descortes porfía,
Y que de tan estraña gatería
Zapaquilda admirada
Huyó por el desvan la saya alzada:
Que lo que en las mugeres son las naguas

De raso, tela, ó chamelote de aguas,
Es en las gatas la flexible cola,
Que *ad libitum* se enrosca ó se enarbola.
Contóle que de aquella manotada,
Con su cuerpo afligido,
De miedo helado y de licor teñido
Descalabró los aires,
Y con otros agravios y desaires,
Que prometió vengarse por la espada
De haberle enamorado á Zapaquilda,
Y hablarla en el tejado de Casilda,
Una tendera que en la esquina estaba:
Y dijo que pensaba
En desprecio y afrenta de sus dones,
Hacer de los listones
Cintas á sus zapatos.
¡O zelos! si entre gatos
De burlas y de veras
Formais tales quimeras,
¿Que haréis entre los hombres
De hidalgo proceder, y honrados nombres?
No estuvo mas airado
Agamenon en Troya,
Al tiempo que metiendo la tramoya

Del gran Paladion de armas preñado,
Echáron fuego á la Ciudad de Enéas
De ardientes hachas y encendidas teas,
Causa fatal del miserable estrago
De Dido y de Cartago,
Por quien dijo Virgilio,
Que llorando decia,
Destituida de mortal auxilio:
¡Ay dulces prendas cuando Dios queria!
Ni Barbaroja en Tunez,
Ni el fuerte Pirro, ni Simon Antunez,
Este bravo Español: y Griego el otro,
Que Mizifuf como si fuera potro,
Relinchando de cólera en oyendo
El fiero y estupendo
Furor de su enemigo:
Mas prometiendo darle igual castigo,
Se fué á trazar el modo
De vengarse de todo,
Que á un pecho noble, á un inclito sugeto,
Mayor obligacion mas zelo alcanza
De poner en efeto
Desempeñar su honor con la venganza.
  Marramaquiz en tanto

Desesperado por las selvas iba,
Para buscar el sabio Garfiñanto,
Al tiempo que el aurora fugitiva
De su cansado esposo
Arrojaba la luz á los mortales,
Y el sol infante en líquidos pañales
De celages azules
Mandaba recoger en sus baules,
Para poder abrir los de oro y rosa,
El manto de la noche temerosa,
Aunque era todo el manto de diamantes,
En el zafiro nitido brillantes,
Ojos del sueño, el hurto y el espanto.
Este gatazo y sabio Garfiñanto,
Cano de barba y de mostachos yerto,
De un ojo resmeliado, y de otro tuerto,
Bien que de ilustre cola venerable,
Y que sabia con rigor notable
Natural y moral filosofía,
Por los montes vivia
En una cueva oculta,
Cuya entrada á las fieras dificulta,
Como el de Polifemo un alto risco.
No se le daba un prisco

De riquezas del mundo, que estimaba
Solo el sol que Alejandro le quitaba,
A aquel que de los hombres puesto en fuga
Metido en un tonel era tortuga.
Bien haya quien desprecia
Esta fábula necia
De honores, pretensiones y lugares,
Por estudios ó acciones militares.
Sabia Garfiñanto Astrología,
Mas no pronosticaba,
Que decia que el cielo gobernaba
Una sola virtud que le movia,
A cuya voluntad está sujeto
Cuanto crió, que todo fué perfecto:
No sacaba Almanaques,
Ni decia que en Troya y los Alfaques
Verian abundancia
De pepinos y brevas,
Muchas lentejas en Paris y en Tébas,
Y que cierta cabeza de importancia,
Sin decirnos á donde, faltaria,
Que por mugeres Vénus prometia
Pendencias y disgustos,
Como si por sus zelos ó sus gustos,

Fuese en el mundo nuevo.
Pero volviendo á nuestro sabio Febo,
Despues de consultado
Dijo á Marramaquiz, que su cuidado
En vano á Zapaquilda pretendia,
Y que solo seria
Remedio, que pusiese en otra parte,
Vengándose con arte,
Los ojos, divirtiendo el pensamiento
Que amar era cruel desabrimiento:
Mas que traér un áspid en las palmas,
En no reciprocándose las almas,
Que Amor se corresponde con Anteros,
Y mas si lo negocian los dineros.
Destituido el gato
Ya de mortal socorro,
Se fué calando el morro,
Y dióle una salchicha
Por no mostrarse á Garfiñanto ingrato,
Que no pagar la ciencia
Es cargo de conciencia,
Mas dicen que de sabios es desdicha.
Pensando en quien pusiese finalmente
De toda la gatesca bizarria

La dulce enamorada fantasía
Para verse de amor convaleciente,
Se le acordó que enfrente
De su casa vivia un boticario,
De cuyo cocinante vestuario
Una gata salia
Que la bella Micilda se decia,
Y sentada tal vez en su tejado
Miraba como dama en el estrado
Los nidos de los sabios gorriónes
Dejando pulular los embriones,
Y en viendo abiertos los maternos huevos
Comerse algunos de los ya mancebos.
Admitiendo este nuevo pensamiento,
Mas que su voluntad, su entendimiento,
Que amor en las venganzas se resfria,
Emprende mucho y ejecuta poco;
Por entónces templó la fantasía,
Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.
Estaba el sol ardiente
Una siesta de Mayo calurosa,
Aunque amorosamente,
Plegando el nácar de la fresca rosa,
Que producen los niños abrazados,

Huevos de cisne, y huevos estrellados,
Pues que los hizo estrellas;
Cuando Micilda con las manos bellas
La cara se lavaba y componia
No léjos del tejado en que vivia
Marramaquiz, que ya con mas cuidado
La miraba y servia,
En fe del Garfiñanto consultado.
Cuando al mismo tejado
Zapaquilda llegó por accidente:
El gato viendo la ocasion presente,
Para que su deseo
La diese zelos con el nuevo empleo,
Llegándose mas tierno y relamido
A Micilda, que ya de vergonzosa
Estaba mas hermosa,
Y equívoco fingiendo,
Falso desprecio, descuidado olvido,
En su venganza misma padeciendo
Amorosos deseos,
(Tales son del amor los devaneos)
Requebrando á Micilda á quien pensaba
Ofrecer los despojos
De aquella guerra paz de sus enojos.

Y á Zapaquilda á lo traidor miraba
En las intercadencias de los ojos.
Tan estraño sentido
Que es ménos entendido
Miéntras que mas parece que se entiende,
Pues siendo con engaños se defiende:
Que si las luces de los ojos miras
Basta ser niñas para ser mentiras.
Micilda, á quien tocaba en lo mas vivo
El amor primitivo,
Porque como doncella fácilmente
A lo que entónces siente
La tierna edad se rinden y avasallan,
Hablando con los ojos cuando callan,
De buena gana dió fácil oido
A los requiebros del galan fingido,
Con que ya andaban de los dos las colas
Mas turbulentas que del mar las olas.
Zapaquilda sentida,
De aquella libertad (que es propio efeto
De la que fué querida
Sentir desprecio donde vió respeto)
Murmurando entre dientes
Amenazaba casos indecentes

Entre personas tales,
En calidad y en nacimiento iguales.
Come se ve gruñir perro de casa
Mirando al que se entró de fuera enfrente,
Estando enmedio de los dos el hueso,
Que ninguno por él de miedo pasa,
Parando finalmente
Las iras del caniculo suceso
En que ninguno de los dos lo come,
Obligando á que tome
Un palo algun criado
Que los desparte airado,
Y deja divididos
Quedando el hueso en paz y ellos mordidos:
Así feroz gruñia
Zapaquilda envidiosa,
Efectos de zelosa,
Aunque al gallardo Mizifuf queria:
Que hay mugeres de modo
Que aunque no han de querer lo quieren todo,
Porque otras no lo quieran;
Y luego que rindiéron lo que esperan
Vuelven á estar mas tibias y olvidadas.
Finalmente las gatas encontradas,

Siendo Marramaquiz el hueso enmedio,
(Tal suele ser de zelos el remedio)
A pocos lances de mirarse airadas
Viniéron á las manos dando al viento
Los cabellos y faldas,
Y en tanto arañamiento,
Turbadas de color las esmeraldas,
Maullando en tiple y el gatazo en bajo
Cayéron juntas del tejado abajo
Con ligereza tanta,
Aunque decirlo espanta,
Por ser como era el salto
Cinco suelos en alto,
Hasta el alero, del tejado fines,
Que no perdió ninguna los chapines:
Quedando el negro amante
Despues de tan extraños desconsuelos
Muerto de risa en acto semejante:
Tan dulce es la venganza de los zelos.

SILVA III.

Distaba de los polos igualmente
La máscara del Sol y Cinosura,
Primera cuadrilátera figura,

Con la estrella luciente
Que mira el navegante,
Bordada la celeste arquitectura :
Velaba todo amante
Por el silencio de la noche obscura,
Y en el Indiano clima el sol ardia,
En dos mitades dividido el dia,
Cuando gallardo Mizifuf valiente
Paseaba el tejado de su dama,
Que sangrada en la cama
La tuvo el accidente
Dos dias, que faltó sol al tejado
Y estuvo la cocina sin cuidado,
No por la altura de los siete suelos,
Mas por el sobresalto de los zelos.
Iba galan y bravo,
Un cucharon sin cabo
Destos de hierro de sacar buñuelos
Por casco en la cabeza,
Que en ella tienen la mayor flaqueza :
Pues no suelen morir de siete heridas
Por quien dicen que tienen siete vidas,
Y un golpe en la cabeza los atonta,
Así la tienen á desmayos pronta.

Broquel de cobertera,
Espada de acaballo, que ántes era
Cuchillo viejo de limpiar zapatos,
Que él solia llamar *timebunt* gatos :
Y por las manchas de los pies y el anca
Natural media blanca,
Y capa de un bonete colorado,
Abierto por un lado,
Plumas de un pardo gorrion cogido
Por ligereza, pero no por arte.
Así rondaba el nuevo Durandarte,
Galan favorecido,
Porque son los favores de la dama
Guarnicion de las galas de quien ama.
Dos músicos traian instrumentos,
A cuyo son y acentos
Cantaban dulcemente,
Y así llegando del balcon enfrente
De Zapaquilda bella,
Cantáron un romance que por ella
Compuso Mizifuf, poeta al uso,
Que él tampoco entendió lo que compuso.
Mas puesta á la ventana
Con serenero de su propia lana,

Hasta que Bufalía
Le trajo un rocadero,
Que por mas gravedad y fantasía
Sirvió de capirote y serenero,
Y en medio de lo grave
Del romance suave
Les dijo con despejo,
Pareciéndole versos á lo viejo,
Que jácara cantasen picaresca:
Y así cantáron la mas nueva y fresca,
Que para que lo heróico y grave olviden,
Hasta las gatas jácaras les piden;
¡Tanto el mundo decrépito delira!
Aquí se resolvió la dulce Lira,
En dos lascivos ayes,
Andolas, guirigayes,
Y otras tantas bajezas.
Cantáron pues las bárbaras proezas
Y hazañas de rufianes,
Que estos son los valientes capitanes
Que celebran poetas,
De aquellos que en extremas
Necesidades viven, arrojados
Al vulgo como perros á leones,

Que la virtud y estudios mal premiados
Mueren por hospitales y mesones,
Verdes laureles de Virgilios y Ennios
Perecen la virtud y los ingenios.
Mas ¿ quien le mete á un hombre Licenciado
Mas que en hablar de solo su tejado ?
Que no le dió la escuela mas licencia,
Y es todo lo demas impertinencia.
Cuando aquesto pasaba
Marramaquiz estaba
Inquieto y acostado,
Treguas pidiendo á su mortal cuidado;
Pero como el amor le desvelaba
Dió, de sentido falto,
Desde la cama un salto,
Compuesta de pellejos,
Otro tiempo conejos
Que en el Pardo vivian,
Y en la cola sus cédulas traian
Para seguridad de sus personas :
Mas ¡ ay! muerte cruel á quien perdonas !
Saltó en efecto como el Conde Claros,
Y armándose de defensas y reparos,
Vino de ronda al puesto por la posta

Por ver si habia Moros en la costa,
Y no siendo ilusion el pensamiento,
Que del alma el primero movimiento
Pocas veces engaña.
No suele débil caña
En las espadas verdes esparcida
Del aire sacudida
Hacer manso ruido
Con mas veloz sonido,
Como rugió los dientes:
Ni entre los accidentes
Del erizado frio
Al enfermo sucede
Aquel ardor contrario;
Como de ver tan *loco desvarío*,
Que apénas le concede
Entre uno y otro pensamiento vario
Respiracion y aliento,
De la vida instrumento:
Helado y abrasado
Entre ardores y hielos,
Que al frio de los zelos
Frígido fuego sucedió mezclado,
Que con distinto efeto

En un mismo sugeto
Viven, siendo contrarios :
La causa es una, y los efectos varios.
Miraba á Zapaquilda en la ventana
Hablando con su amante
Sin miedo de la luz de la mañana,
Que coronaba el último diamante
Del manto de la noche que iba huyendo,
Y cantando y tañendo,
Los músicos con tanto desenfado
Como si fuera su tejado el prado :
Que nunca los amantes
Previniéron peligros semejantes.
Así los embeleca
Amor de ceca en meca,
Como olvidado Antonio con Cleopatra,
La Gitana de Memfis que idolatra,
Que ciego de su gusto no temia
Al César que siguiéndole venia :
Porque si fué Romano Octaviano,
Tambien Marramaquiz era Romano ;
Y si valiente César y prudente
No ménos fué él prudente que valiente,
Que en su tanto, los méritos mirados,

César pudiera ser de los tejados.
Como detras del árbol escondido
Mira y advierte con atento oido
El cazador de pájaros el ramo
Donde tiene la liga y el reclamo,
Para en viendo caer el inocente
Jilguero, que los dulces silbos siente
Del amigo traidor que le convida
A dura cárcel con la voz fingida,
Y apénas ve las plumas revolando
Entre la liga, cuando
Arremete y le quita, no piadoso,
Sino fiero y cruel; así el celoso
Marramaquiz atento
Esperaba el primero movimiento
Del venturoso amante, que decia
Con dulce mirlamiento:
« Dulce señora mia,
¿ Cuando será de nuestra boda el dia?
¿ Cuando querrá mi suerte que yo pueda
Llamaros dulce esposa,
Que entónces para mí será dichosa?
¡ Ay, tanto bien el cielo me conceda!
Mas fué nuestra fortuna

Que Júpiter jamas por Ninfa alguna,
Aunque se transformaba
En buey que el mar pasaba,
En sátiro, y en águila, y en pato,
Nunca le viéron transformarse en gato,
Porque si alguna vez gatiquisiera
De los amantes gatos se doliera.»
Con voz enamorada
Doliente y desmayada
La gata respondía:
« Mañana fuera el dia
De nuestra alegre boda,
Pero todo, mi bien, desacomoda
Aquel infame gato fementido,
Marramaquiz zeloso de mi olvido,
Que en llegando á saber mi casamiento,
Hubiera temerario arañamiento,
Y estimar vuestra vida
Me tiene temerosa y encogida,
Que es robusto y valiente,
Y en materia de zelos impaciente:
Mejor será matalle con veneno.»
Aquí de furia lleno
Respondió Mizifuf; «¿Por un villano

Pierdo el favor de vuestra hermosa mano?
¿El, señora, lo estorba?
¿Es por ventura mas que yo valiente?
¿Tiene la uña corva
Mas dura que la mia,
O mas agudo ó penetrante el diente
Entre la mostachosa artillería?
¿Qué hueso de la pierna ó espinazo,
Se me resiste á mi, qué fuerte brazo?
¿Yo no soy Mizifuf, yo no desciendo
Por línea recta, que probar pretendo,
De Zapiron el gato blanco y rubio
Que despues de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato?
¿Pues como ahora con desden ingrato
Teneis temor de un maullador gallina,
Valiente en la cocina,
Cobarde en la campaña:
Y referir por invencible hazaña,
Dar á Garraf, un gato mi escudero,
Que fuera de ser gato forastero
Es ahora tan mozo
Que apénas tiene bozo,
Una guantada con las uñas cinco,

Si de repente dió sobre él un brinco?
¿Qué Cipion del Africano estrago?
¿Qué Anibal de Cartago?
¿Qué fuerte Pero Vasquez Escamilla,
El bravo de Sevilla?
Por esos ojos, que á la verde falda
De las selvas hurtáron la esmeralda;
Que si entónces me hallara en el tejado,
Que no llevara como se ha llevado
El queso y el relleno,
¿Y quereis que le mate con veneno?
Esa es muerte de Príncipes y Reyes,
Con quien no valen las humanas leyes,
No para un gato bárbaro cobarde,
Cuyas orejas os traeré esta tarde,
Y de cuyo pellejo,
Si no me huye con mejor consejo,
Haré para comer con mas gobierno
Una ropa de martas este invierno.»

Aquí Marramaquiz desatinado,
Cual suele arremeter el jarameño
Toro feroz de media luna armado
Al caballero con airado ceño,
Andaluz, ó estremeño,

Que la patria jamas pregunta el toro,
Y por la franja del bordado de oro
Caparazon meterle en la barriga
Dos palmos de madera de tinteros,
Acudiendo al socorro caballeros,
A quien la sangre, ó la razon obliga,
Al caballo inocente que pensaba
Cuando le vió venir que se burlaba:
« Gallina Mizifuf, dijo furioso,
El hocico limpiándose espumoso,
Blasonar en ausencia
No tiene de mugeres diferencia.
Yo soy Marramaquiz, yo noble al doble
De todo gato de ascendiente noble:
Si tú de Zapiron, yo de Malandro,
Gato del Macedon Magno Alejandro,
Desciendo, como tengo en pergamino
Pintado de colores y oro fino,
Por armas un morcon y un pie de puerco
De Zamora ganados en el cerco,
Todo en campo de golas
Sangriento mas que rojas amapolas,
Con un cuartel de quesos asaderos,
Roeles en Castilla los primeros.

No fuéron en cocinas mis hazañas,
Sino en galeras, naves y campañas;
No con Garraf tu page,
Con gatos moros, las mejores lanzas.
Que yo maté en Granada á Tragapanzas
Gatazo Abencerraje,
Y cuerpo á cuerpo en Córdoba á Murcifo,
Gato que fué del Regidor Rengifo,
Y de dos uñaradas
Deshice á Golosillo las quijadas
Por gusto de una Miza, mi respeto,
Y le quité una oreja á Boquifleto,
Gato de un albañil de Salobreña:
La cola en Fuentidueña
Quité de un estiron á Lameplatos
Mesonero de Gatos,
Sin otras cuchilladas que he tenido,
Y la que dí á Garrido,
Que del corral de los naranjos era
Por la espada primera
Unico gaticida.
Pero es hablar en cosa tan sabida
Decir que el tiempo vuela y no se para,
Que no hay cara mas fea que la cara

De la necesidad; y la mas bella
Aquella del nacer con buena estrella,
Que alumbra el sol, y que la nieve enfria,
Que es escura la noche y claro el dia.
Esa gata cruel, que me ha dejado
Por tu poco valor, verá muy presto,
Siendo aqueste tejado
El teatro funesto,
Como te doy la muerte que mereces,
Porque mi vida á Zapaquilda ofreces,
Llevando tu cabeza presentada
A Micilda, que es ya mi prenda amada:
Micilda que es mas bella
Que al vespertino sol cándida estrella
Vénus, que rutilante
Es de su anillo espléndido diamante.
Esta sí que merece la fe mia,
Mi constancia, mi amor, mi bizarría,
Que no gatas mudables,
Que si por su hermosura son amables,
Son por su condicion aborrecibles,
Amigas de mudanzas y imposibles.»
Aquí sacó la espada ruginosa
De la vaina mohosa,

Y á los golpes primeros
Se llamáron fulleros,
Si bien no hay deshonor desenvainada,
Y Zapaquilda huyendo,
De súbito temor la sangre helada
Dejóse el serenero en el tejado.
Los músicos en viendo
El belicoso duelo comenzado,
Huyéron como suelen,
Que no hay garzas que vuelen
Tan altas por los vientos:
Dicen que por guardar los instrumentos,
Y mil razones tienen,
Pues que solo á cantar con ellos vienen.
Que mal cantára un hombre si supiera
Que habia luego de sacar la espada
Que tanto el pecho altera;
Ni pudiera formar la voz turbada:
Que hay mucha diferencia, si se mira,
De dar en los broqueles ó en las cuerdas,
Pasar la espada el pecho, ó por la Lira,
El arco hiriendo las pegadas cerdas.
Andaba entónces Guruguz de ronda
Con una escuadra vil de sus esbirros,

Cuyo abuelo nacido en Trapisonda
Curaba hipocondríacos y cirros,
Y viéndolos andar á la redonda,
Como si fuesen Césares ó Pirros,
Los dos valientes gatos,
Con fuerte anhelo descansando á ratos,
Llegáron á ponerse de por medio,
Que fué difícil, pero fué remedio.
Mas como respetar á la justicia
De gente principal respeto sea,
Y lo contrario bárbara malicia,
Luego Marramaquiz rindió la espada;
¿Quien habrá que lo crea?
Mas viendo Gurugus que no queria
Que el amistad quedase confirmada,
Sino permanecer en su porfía,
Llevólos á la cárcel enojado,
Cuando Febo dorado
Asomaba la frente
Por las ventanas del rosado oriente
Como si azúcar fuera, y de colores
En campo verde iluminó las flores.

SILVA IV.

Quien dice que el amor no puede tanto,
Que nuestro entendimiento
No puede sujetarle, es imposible
Que sepa que es amor, que reina en cuanto
Compone alguna parte de elemento
En el mundo visible.
¡O fuerza natural incomprehensible,
Que en todo cuanto tiene,
Una de las tres almas
A ser el alma de sus almas viene!
¿Quien no se admira de mirar las palmas
En la region del Africa desnuda,
Cuando su fruto en oro el color muda
Con solo aquel ardor vegetativo,
Amarse dulcemente?
Que en lo demas que siente
No es mucho que de amor el fuego vivo
Imprima sentimiento,
Y natural deseo
Con lazos de pacífico himeneo.
La fiera, el ave, el pez en su elemento,
Todos aman y quieren

Por la razon de bien lo que es amable:
Pues ama lo que solo es vegetable,
Si de ningun sentido el bien infieren.
Entre las cosas que por él adquieren
Algun conocimiento,
Perdonen cuantas aves y animales
De su distinto gozan elemento,
Ningunas son iguales
En amor á los gatos,
Exceptuando las monas,
Que hasta en esto se precian de personas,
Y ya que no en esencia, en ser retratos.
Porque acontece con el hijo al pecho
Abrazalle con lazo tan estrecho,
Que le hacen exhalar la sensitiva
Alma vital; así el amor les priva
Que fué en la estimativa conocido
Del natural sentido;
Y si por opinion crítico alguno
Tiene que amor tan loco
No puede haber en animal ninguno,
Váyase poco á poco
Al Africano Tetuan á donde
Verá como los árboles trepando

Esta dèl hombre semejanza propia,
De que hay allí gran copia,
Ya sale con el hijo, ya se esconde,
Y á los que van ó vienen caminando
Con risa de monesco regocijo
Muestra el peloso hijo.
Mas fuera disparate,
Si no es que de ellas trate,
Ir por ver una mona
Hasta el Africa un hombre:
Que si de Tito Livio llevó el nombre
Muchos hombres á Roma, fué corona
De los historiadores,
Que solo aquellas cosas superiores
Dignas por fama de admirable espanto
Es bien que cuesten tanto,
Como ver á Venecia,
Perchè chi non la vede non la prezia,
Que al cielo desde el agua se avecina,
Y en gondolas por coches se camina.
Los gatos en efeto
Son del amor un índice perfeto,
Que á lo demas prefiere,
Y quien no lo creyere

Asómese á un tejado
En frias noches de un invierno helado,
Cuando miren las Hélices nocturnas
Las estrelladas urnas
Del frígido Acuario,
Verá de gatos el concurso vario
Por los melindres de la amada gata,
Que sobre tejas de escarchada plata
Su estrado tiene puesto,
Y con mirlado gesto
Responde á los maullos amorosos
De los competidores,
No de otra suerte oyendo sus amores,
Que Angélica la bella
De Ferragut y Orlando,
Amantes belicosos,
Cuando andaban por ella
Sin comer, ni dormir, acuchillando
Franceses y Españoles,
De que no se le dió dos caracoles.
¿Qué cosa puede haber con que se iguale
La paciencia de un gato enamorado,
En la canal metido de un tejado
Hasta que el alba sale,

Que en vez de rayos coronó al oriente
De carámbanos frígidos la frente?
Pues sin gaban, abrigo, ni sombrero
Febo oriental le mirará primero,
Que él deje de obligar con tristes quejas
Las de su gata rígidas orejas,
Por mas que el cielo llueva
Mariposas de plata cuando nieva.
Mas dejando cansadas digresiones,
Que el Retórico tiene por viciosas,
Aunque en breves paréntesis gustosas,
Presos los dos gatíferos campeones
Por no querer hacer las amistades,
Y responder soberbias libertades;
Dicen que Zapaquilda
Y la bella Micilda
Tapadas de medio ojo,
Con sus mantos de humo;
Que es llegar á lo sumo
De un amoroso antojo,
Fuéron á ver sus presos,
Que en tanta autoridad tales excesos
Parecen desatino.
En fin Micilda enamorada vino,

Con que á toda objecion amor responde,
Así la Infanta Doña Sancha al Conde
Garci-Fernandez preso visitaba
En la escura prision del Rey su padre,
Dicen que con deseos de ser madre,
Que habia dias que sin él estaba:
Cada cual de las dos imaginaba
Que la otra venia
Por el que ella queria,
Y con este engañado pensamiento,
Que nunca tienen mucho fundamento
Los zelos, comenzáron á mirarse,
En manifestacion de sus enojos,
Tirándose relámpagos los ojos.
¡O quien las viera entónces levantarse
Sobre los pies derechas
A ver si eran verdades las sospechas,
Y de ser descubiertas recatarse:
Condicion de los zelos esconderse,
Quererse declarar y no atreverse!
Que como son desprecio del paciente
Huyen de que se entienda lo que siente,
Que amor siempre se tuvo por nobleza,
Y los zelos por acto de bajeza.

Como si amor pudiese estar sin zelos,
Que mas pueden estar sin sol los cielos,
Testigos Juno y Pocris á quien llora
Céfalo por los zelos de la Aurora.
En fin despues de sufrimiento tanto
Quitó Micilda de la cara el manto
A la siempre zelosa Zapaquilda,
Y ella echando las uñas á Micilda
Con el rebozo el moño.

No suele por los fines del otoño
Quedar la vid ñudosa en los sarmientos
De los marchitos pámpanos robada,
Sin resistencia á los primeros vientos;
Que con nevado soplo y boca helada
Cierzo dejó cadaver con la fiera
Mano que floreció la primavera;
Como las dos quedáron en la riña;
Ni Fatima y Jarifa
Por el Abencerraje Abindarraez:
Ni por Martin Pelaez
Que del Cid heredó la valentía,
Doña Urraca y María de Menéses,
Aquella á quien pedia
Con palabras corteses

Las nueces su galan, si no bailaba;
Así zeloso amor las provocaba.
En fin á puros tajos y reveses
De las rapantes uñas aguileñas,
Desmoñadas las greñas
Y el soliman raido,
Quedáron desmayadas sin sentido
Haciendo cada cual la gata-morta.
No fué con esto la prision mas corta.
Pero saliéron de ella finalmente,
Que el tiempo con los bienes ó los males,
Dejando siempre atras todo accidente,
Que fué final accion de los mortales,
Vuela sin detenerse
Dejándose llevar para perderse:
Así pasó la gloria de Numancia
Y la brava arrogancia
De la fuerte Sagunto,
Porque la tierra toda es solo un punto
De la circunferencia de los cielos.
¿Pero qué desatino de las Musas
Me lleva á tan extrañas garatusas?
Las iras del amor y de los zelos
Pasáron adelante

En uno y otro amante.
Pero Marramaquiz aconsejado
De sus amigos, remitió el cuidado
Al amor de Micilda:
Mas como el que tenia á Zapaquilda
Era del alma verdadero afeto,
Aunque disimulaba á lo discreto,
Andaba triste y de congojas lleno.
¡Misero del que vive en cuerpo ageno,
Y por un amoroso desvarío
Pierde la libertad del albedrío,
Que no la compra el oro,
Porque es de todos el mayor tesoro!
Tenia las mandíbulas de suerte
Que era un retrato de la muerte fiera,
Aunque es yerro pintarla calavera,
Porque aquella es el muerto, no la muerte.
La muerte ha de pintarse una figura
Robusta, de cruel semblante airado,
Los fuertes pies en una piedra dura,
Fino sepulcro en pórfido labrado,
Con Reyes y Monarcas
Hasta el que calza rústicas abarcas,
Damas que sujetáron Capitanes,

Y en ásperas naciones
Por bárbaras regiones
De fieros Mamelucos y Soldanes,
Y pintadas al uno y otro lado
La Enfermedad, la Guerra y la Desgracia,
Parcas que tantas muertes han causado
Por tantos desconciertos;
Que huesos ya no es muerte, sino muertos.
No aprovechaba la hermosura y gracia
De Micilda á quitar al pobre amante
La memoria tenaz, que amor escribe
Con la flecha cruel en el diamante
Del alma donde vive,
Y compitiendo con el tiempo quiere
Que viva en ella cuando el cuerpo muere.
En estos medios Mizifuf intenta,
A su competidor viendo remoto,
Por medio de Garrullo su compadre,
Que habia sido gato en una venta,
Pedirla por muger á Ferramoto
De Zapaquilda padre.
Propúsole Garrullo
Con prudente maullo
Las partes de su amigo,

Como de ellas testigo,
Sin otras consecuencias
Que atajaban zelozas diferencias.
Ferramoto era un gato
De buen entendimiento y de buen trato,
Cano de barba y negro de pellejo,
Persona que en la verde primavera
De sus años jamas en la ribera
De Manzanáres se le fué conejo;
Porque sirvió de galgo
A cierto pobre y miserable hidalgo
Que con él se alumbraba:
Y de suerte de noche relumbraba,
Que pensando una moza que eran lumbre
Las niñas de los ojos que brillantes
En la ceniza estaban relumbrantes
Yendo al hogar, como era su costumbre,
Sin pensar darle enojos,
Le metió la pajuela por los ojos.
Nunca sin esto gato marquesote
Oposicion le hizo:
Oyó de buena gana lo propuesto,
Y del novio galan se satisfizo,
Aunque llegando á concertar el dote,

De seca mimbre un cesto
Dijo que le daria,
Que de cama de campo le servia,
Seis sábanas de lienzo de narices,
Con algunos fragmentos por tapices
De viejos reposteros,
Cuatro quesos añejos casi enteros,
Y una mona cautiva que tenia,
Que hablaba en lengua culta y la entendia,
Sin otras menudencias.
Con estas conveniencias
Las capitulaciones se firmáron,
Y el dia de la boda concertáron.
Marramaquiz estaba
En ocasion tan triste,
Como por burla y chiste,
Jugando á la pelota
Con un raton á quien pescó de paso,
Que de un baul de versos del Parnaso
A una maleta rota,
Aunque llena de pleitos y escrituras,
Pasaba haciendo gestos y figuras.
Tal suele acontecer un triste caso
En medio de la vida,

Que no hay seguridad en cosa humana.
Ya con veloz corrida
Daba esperanza vana
Al mísero animal, ya le volvia,
Ya le arrojaba en alto
Mojado de temer, de aliento falto,
Y en medio del camino le cogia
Como quien tira al vuelo,
Diciendo : tente como al agua el hielo;
Ya con las manos mizas
Le daba por los lados
Algunos bofetones regalados,
Cuando llegó Tomizas;
Tomizas su escudero, y sin aliento
Le dijo el casamiento concertado
De Mizifuf y Zapaquilda ingrata.
Y sintiendo perder su dulce gata,
Dejó al pobre animal que desmayado
Apénas acertaba con la vida;
Mas puesto en fuga la libró perdida;
Que quien no ha de morir, si la fortuna
Revoca la sentencia
Nunca le falta diversion alguna
En aquella dichosa intercadencia.

A Tomizas en fin la diligencia
Valió una manotada con la zurda,
Que cuando no le aturda
No es poco para zurda manotada
Que le dejó la cara desgatada :
Esto gana traer del mal albricias.
¡O cuanto, Amor, de la razon desquicias
Un noble caballero!
Por eso ningun page, ni escudero
Se fie en la privanza
Que es fácil en señores la mudanza,
Y el Sol es gran señor y nunca para
En rueda mas mudable; á la fortuna
Se parece la dama Doña Luna,
Que nunca vemos de una misma cara.
Dejando la pelota el triste amante,
De zelos y de amor perdido y loco,
Que la vida y la honra tiene en poco,
Vino á su casa con tristeza tanta
Que se metió debajo de una manta,
Y luego provocado á mayor furia
De una carrera se subió al tejado.
Así desnudo Orlando provocado
De no menor injuria

Cuando leyó los rótulos del Moro
Que decian : « Amor, que sin decoro
En la buena fortuna te gobiernas,
Aquí gozó de Angélica Medoro. »
En el papel de las cortezas tiernas
De aquellos olmos de su bien testigos,
Para el Frances Orlando cabra-higos.
Bajó Marramaquiz desesperado,
Y entrando en la cocina,
Sin respeto de Paula y de Marina
Esclavas del ausente Licenciado,
Como laureles y álamos los mira
Donde Climene por Faeton suspira.
Los pucheros y cántaros quebraba,
Vertió la olla en la sazon que hervia;
Y llamando á Borbon borbor decia.
Y á tanto mal llegó su desatino
Que sacó media libra de tocino
Que andaba como nave en las espumas,
Y si no se lo quitan se lo mama,
Tanto pueden los zelos de quien ama.
Una perdiz con plumas
Quiso tragarse, y no dejaba cosa
Que no la deshiciese

Por alta que estuviese :
Trepaba la lustrosa
Reluciente espetera,
Derribando sartenes y asadores :
Y con estas demencias y furores
En una de fregar cayó caldera,
(Trasposicion se llama esta figura)
De agua acabada de quitar del fuego,
De que salió pelado.
Pero viniendo luego
El señor Licenciado,
Dijo : que era veneno que tendria
Alguno vecino que matar queria
Ratones de su casa,
Hecha de rejalgar traidora masa,
Y á su servicio ingrato
Por matar los ratones mató el gato.
Y dijo bien segun los aforismos
De Nicandro, que son los zelos mismos
Un veneno tan súbito, que apénas
Toca las lenguas, cuando ya las venas
Y el corazon abrasan :
Tan presto al centro de la vida pasan,
Que no hay frias cicutas, ni anapelos

Como solo un escrúpulo de zelos.
En fin de ver el gato lastimado,
Que le habia criado,
Envió por triaca,
Que todo venenoso ardor aplaca,
De la magna que hacen en Valencia,
De que tenia una redoma sola
Cierto Farmacopola:
El gato con paciencia,
Respecto de su dueño,
Tomó dos onzas y rindióse al sueño.

SILVA V.

O tú, *Don Lope*, si por dicha ahora
Por los mares antárticos navegas,
O surto en tierra cuando al puerto llegas,
Preguntas á la aurora
Que nuevas trae de la bella España
Donde tus prendas amorosas dejas,
Y por regiones bárbaras te alejas;
O miras en los golfos
De la naval campaña
Por donde vino Júpiter á Europa
Encima de la popa

Sin velas de Mauricios, ni Rodolfos,
Mas traidores que fué Vellido de Olfos,
Sereno el rostro en la dormida Tétis
De la airada Amfitrite,
Mas que en Sevilla corre humilde el Bétis,
Cuando á la mar permite
La luna Barquerola,
No por las nubes de color de Angola,
Una punta á la tierra y la otra al cielo,
De pocas luces salpicando el velo;
Escucha en voz mas clara que confusa
Mi gatifera Musa,
Y no permitas, *Lope*, que te espante
Que tal sujeto un Licenciado cante
De mi opinion y nombre,
Pudiendo celebrar mi Lira un hombre
De los que honráron el valor hispano,
Para que al resonar la trompa asombre
Arma virumque cano.
Que como no se usa
El premio, se acobarda toda Musa;
Porque si premio hubiera,
Del Tajo la ribera
Oyera en trompa bélica sonora

15*

Divinos versos hijos del aurora.
Por esto quiere mas que ver ingratos
Cantar batallas de amorosos gatos,
Fuera de que escribiéron muchos sabios,
De los que dice Persio que los labios
Pusiéron en la fuente cabalina,
En materias humildes grandes versos.
Mira si de Virgilio fuéron tersos,
Cuya princesa pluma fué divina,
Cuando escribió el *Moreto* que en la lengua
De Castilla decimos *Almodrote*,
Sin que por él le resultase mengua,
Ni por pintar el picador *Mosquito*.
¿ Y quien habrá que note,
Aunque fuese satírico Aristarco,
De Ulíses el Diálogo á Plutarco?
La calva en versos alabó Sinesio,
Gran defecto Tartesio,
Quiere decir que hay calvos en España
En grande cantidad, que es cosa estraña,
O porque nacen de celebro ardiente.
Y tambien escribió del transparente
Camaleon Demócrito,
Y las cabañas rústicas Teócrito,

Y tanta filosófica fatiga
Diocles puso en alabar el *Navo*,
Materia apénas para un vil esclavo,
El *Rábano* Marcion, Fanias la *Ortiga*,
Y la *Pulga* Don Diego de Mendoza,
Que tanta fama justamente goza.
Y si el divino Homero
Cantó con plectro á nadie lisonjero
La *Batracomiomaquia*,
¿Por qué no cantaré la Gatomaquia?
Fuera de que Virgilio conocia
Que á cada cual su genio le movia.

Ya todo prevenido
Para el tálamo estaba,
Y el dia estatuido
La posesion llamaba
A la esperanza de los dos amantes:
Mas muchas veces con peligro toca
El vidrio lleno de licor la boca.
Alegres los vecinos circunstantes,
Convidados los deudos y parientes,
Y escrito á los ausentes,
Que en tales ocasiones mas atentos
Están á la verdad los cumplimientos.

Solo Marramaquiz, gato furioso,
Lamentaba zeloso
Sus penas y cuidados
Por altos caballetes de tejados
En que su voz resuena,
Cual suele por las selvas Filomena
Que ha perdido su dulce compañia,
Con triste melodía
Esparcir los acentos de su pena,
Trinando la dulcísima garganta
Que á un tiempo llora y canta;
O como perro braco
Que ha perdido su dueño,
O Flamenco, ó Polaco,
Que ni se rinde al sueño,
Ni el natural sustento solicita,
Aunque en cantar no imita
Al ruiseñor suave,
Que una cosa es el perro, y otra el ave,
Y á cada cual su propio oficio cuadra,
Porque si canta el ave, el perro ladra.
Tenia ya Ferrato
En un zaquizamí curiosamente
La sala aderezada

De uno y otro retrato
De belicosa, cuanto ilustre gente,
Que las efigies son de los mayores
El mas heróico ejemplo,
De la perpetuidad glorioso templo,
Como se ven del Taborlan y Enéas
Y en Calvo el de las fuerzas giganteas,
En Juan de Espera en Dios, y en Transilvano,
En Pirro Griego, y Scévola Romano.
Alli estaba Gafurio
Que ganó la batalla de las monas,
De grave gesto y de nacion Ligurio,
Y otros gatos con cívicas coronas,
Navales y murales,
Y al laurel de los Césares iguales.
No faltaban el Túmire y el Mocho,
Ni con el descolado Hociquimocho,
Que asistia en las salas del cabildo,
Y el armado Mufildo,
Mas de valor que acero,
Ni Garavillos gato perulero.
Estaba el rico estrado,
De dos pedazos de una vieja estera
Hecha la barandilla,

De ricas almohadas adornado
En tarimas de corcho, y por defuera
El grave adorno de una y otra silla,
Con tanta maravilla,
Que si un culto le viera
Es cierto que dijera
Por únicos retóricos pleonasmos:
Pestañeando asombros, guiñó pasmos.
Ya las sombras cayendo
De los mayores montes
A los humildes valles
Enlutaban los claros horizontes,
Y el mecánico estruendo
En las vulgares calles
Cesaba á los oficios;
Tráfagos y bullicios
Encerraba el silencio en mudos pasos;
Y á diferentes casos
La ronda y los amantes prevenian
Las armas que tenian,
Cuando á la luz huyendo la tiniebla
De alegres deudos el salon se puebla.
Vino Calvillo de fustan vestido
De patas de conejo guarnecido,

Gregüesco y saltambarca,
Mas amante de Laura que el Petrarca,
Por una gata de este nombre propio,
Aunque parezca en gatos nombre impropio:
Pero si llaman á una perra Linda,
Diana, Rosa, Fatima y Celinda,
Bien se pudo llamar Laura una gata,
De pie bruñido como tersa plata.
Maús de bocací trujo gregüesco,
Cuera de cordoban, gorron tudesco:
Y de negro con mucha bizarría,
Zurron, gato mirlado,
De medias y de estómago colchado:
Ranillos que bajó de Andalucía
De conejo en conejo
Por la Sierra Morena
A ver del Tajo la ribera amena,
Con el cano Alcubil su padre viejo:
Gruñillos y Cacharro
La nata y flor del escuadron bizarro:
Marrullos y Malvillo
Uno de rajo azul, y otro amarillo;
Garron, Cerote y Burro,
Gatos de un zapatero.

¿Mas para qué discurro
Con verso torpe y proceder grosero,
Cuando lo ménos de lo mas refiero,
Si me aguardan las damas que aquel dia
Mostráron cuidadosa bizarría?
Vino Miturria bella,
Motrilla y Palomilla,
La flor de la canela y de la villa,
Y cada cual en la opinion doncella,
Cosa dificultosa:
Por eso es bien que la muger hermosa
Cuando honesta se llama
Tenga por obras el perder la fama:
Y entre todas fué rara la hermosura
De la bella y discreta Gatifura,
Y vestida de nácar Zarandilla
La gata mas golosa de Castilla.
Ocupadas las sillas y el estrado,
Salió Trevejos gato remendado,
Y sacando á la bella Gatiparda
Comenzáron los dos una gallarda
Como en Paris pudiera Melisendra;
Y luego con dos cáscaras de almendra
Atadas en los dedos, resonando

El eco dulce y blando,
Bailáron la chacona
Trapillos y maimona
Cogiendo el delantal con las dos manos,
Si bien murmuracion de gatos canos.
Mas ya, Musas, es justo
Que me deis vuestro aliento y vuestro gusto
Canoro sí, mas claro,
Que parezca de un nuevo Sanazaro:
Denme vuestros cristales en los labios,
Que de ignorantes me los vuelvan sabios,
Que Zapaquilda de la mano sale
De Doña Golosilla su madrina.
Saya entera de tela columbina,
De perlas arracadas
En listones de nácar enlazadas,
La cabeza de rosas primavera
Mas estrellada que se ve la esfera,
El blanco pelo rubio á pura gualda,
Y un alma en cada niña de esmeralda;
De cuyos garabatos
Colgar pudieran las de muchos gatos.
Chapines de tabí con sus virillas,
Entre una y otra descubriendo espacios

De la roja color de los topacios,
De nuestra edad y siglo maravillas,
Que lo que ser solia
Un medio celemin con ataujía
Un pirámide es hoy de tela de oro,
Y cuestan sus adornos un tesoro,
Que ponen miedo de casarse á un hombre,
Subiendo el dote á un número sin nombre
Si piensa sustentar trage tan rico.
Sentóse al fin mirlándose de hocico,
Y prosiguió la fiesta de la danza
Contra la posesion de la esperanza.
¡Mas quien dijera que saliera incierta!
Marramaquiz entrando por la puerta
Vencido de un frenético erotismo,
Enfermedad de amor, ó el amor mismo,
Suspenso y como atónito el senado
De ver de acero y de furor armado
Un gato en una boda
Donde es propia la gala y no el acero;
Alborotóse todo:
Y Zapaquilda viéndole tan fiero,
Humedeció el estrado, y con mesura
Comunicó su miedo á Gatifura,

Si bien consideraba,
Que entónces Mizifuf ausente estaba,
Porque solo esperaban que viniese,
Y que la mano práctica le diese,
De que ya la teórica sabia,
Que confirmase tan alegre dia.

En esta suspension todos turbados
Marramaquiz abrió los encendidos
Ojos, vertiendo de furor centellas,
Los dejó temerosos y admirados,
Imprimiendo esta voz en sus oidos
Al aliento feroz de sus querellas:
« Villanos descorteses,
Mas falsos y traidores
Que Moros y Holandeses,
Porque siendo fautores
No sois en las maldades inferiore
Escuadron de gallinas,
Junta de gatos viles,
Que no de bien nacidos,
Bajos habitadores de cocinas
Entre asadores, ollas y candiles,
Donde como á cobardes y abatidos
La mas humilde esclava os apalea;

No trocando jamas la chimenea
Por la guerra marcial y sus rebatos,
Lamiendo lo que sobra de los platos,
Y durmiendo el invierno cuando eriza
Los cabellos el hielo
Revueltos en la cálida ceniza,
Hasta que ardiente el sol corona el cielo:
Yo soy Marramaquis, yo soy, villanos,
El asombro del orbe,
Que come vidas y amenazas sorbe;
Aquel de cuyos garfios inhumanos
Leon en el valor, tigre en las manos
Hoy tiemblan justamente
Las repúblicas todas,
Que desde el Norte al Sur por varios mares
Miran de Febo la dorada frente,
Y el que ha de hacer que tan infames bodas
Y con tantos azares
Sean las de Hipodamia,
Esta en vosotros resultando infamia.»
O Musas! este gato habia leido
A Ovidio, y por ventura
De la fábula de Hércules queria
El ejemplo tomar, pues atrevido

Hércules se figura,
Y los gatos Centauros que aquel dia
Muriéron á sus manos,
Porque no fuéron pensamientos vanos
Los de sus zelos locos,
Pues de sus manos se escapáron pocos,
Llamándolos traidores Mauregatos :
Y levantando una cuchar de hierro
A eterno condenándoles destierro,
Fué Tamborlan de gatos,
Haciendo mas estrago su arrogancia,
Que en Cartago y Numancia
El Romano famoso.
A un gato que llamaban el Rapeso,
Mas que por el color, por el oficio,
La cara que no tuvo reparada
Quitó de una valiente cuchillada,
Imposible quedando al beneficio :
Y de un reves que sacudió á Garrullo
Dió el último maullo,
Cortó una pierna al mísero Trevejos,
Gran cazador de gansos y conejos.
Desbarató el estrado
Que pensáron guardar gatos bisoños

Con cuchares de palo por espadas,
Que de galas quedó todo sembrado,
Naguas, jaulillas, guantes, ligas y moños,
Rosetas, gargantillas y arracadas,
Chapines, orejeras y zarcillos;
Y porque defendió llegar Malsillos
A robar á la novia, dió dos cabes,
Como Hércules á Licas,
Y quebrando con él á dos boticas
Desde una claraboya
Cuanto componen purgas y jarabes.
Ni á vista de sus naves
Fué mas furioso Aquiles cuando en Troya
Le dijéron la muerte de Patrocio;
Ni con mazo ni escoplo
Tantas astillas quita el carpintero,
Como vidas quitó zeloso y fiero;
Ni mas sangriento Nero
La misera plebeya
Gente miró quemar desde Tarpeya.
En fin llegando donde ya tenia
Zapaquilda la vida por segura
Le dijo: «tente, ¿donde vas, perjura»?
Ella temblando respondió turbada:

« Huyendo el filo de tu injusta espada
Que se quiere vengar de mi inocencia
Con tan fiera insolencia,
Quitándome mi esposo:
Pero yo me sabré quitar la vida,
Polifemo de gatos. »
« Ojos hermosos siempre, y siempre ingratos,
(Le respondió furioso)
¿De esa manera hablais en mi presencia?
¡O gata la mas loca y atrevida!
Yo soy solo tu esposo, fementida.
Y al villano que piensa así sacarte
Con este casamiento, será parte
De estas enamoradas uñas mias,
Que vencen las Harpías;
Verás, si no me huye,
Y el bien que me quitó me restituye,
Como le mato, y desollando el cuero
Le vendo para gato de dinero. »
« Si tú (le respondió) mi dulce esposo
Me matares, tirano,
Yo con mi propia mano
Me quitaré la vida. »
Furioso entónces sobre estar zeloso

De donde estaba ¡ay mísera! escondida,
Trasladóla á sus brazos inhumano,
Cual suele yedra á los del olmo asida
Trepar lasciva á la pomposa copa
Vistiendo el tronco de su verde ropa
De tiernos lazos y corimbos llena.
Así Páris robó la bella Helena,
Las naves aguardando en la marina;
Y así fiero Pluton á Proserpina.
Ella entónces llamaba
A Mizifuf á voces,
Que no la oia porque ausente estaba.
Al fin tirando coces
Se le cayó un zapato,
Mas ni por eso se dolió el ingrato,
Viendo correr las lágrimas por ella;
Y él corriendo con ella
Que ni deudo ni amigo la socorre,
La puso de su casa en una torre,
Como tuvo Galvan á Moriana:
Tal es del mundo la esperanza vana,
Porque quien mas en los principios fia,
No sabe á donde ha de acabar el dia.

SILVA VI.

Cuando el soberbio bárbaro gallardo
Llamado Rodamonte,
Porque rodó de un monte,
Supo que le llevaba Mandricardo
La bella Doralice,
Como Ariosto dice,
A diez y seis de Agosto,
Que fué muy puntual el Ariosto,
Cuenta que dijo cosas tan extrañas
Que movieran de un bronce las entrañas,
Prometiendo arrogante
No ver toros jamas, ni jugar cañas,
Aunque se lo mandasen Agramante,
Rugero y Sacripante,
Ni comer á manteles,
Ni correr sin pretal de cascabeles,
Ni pagar, ni escuchar á quien debiese,
Porque mas el enojo encareciese,
Ni dar á censo, ni tomar mohatra,
Ni pintar con el áspid á Cleopatra.
Y lo mismo decia cuando el rapto
De Helena fementida

El Griego Rey Atrida
Contra el pastor para traiciones apto,
Que dió en el monte Ida
En favor de Acidalia la sentencia;
Que hay muchas en la Vera de Plasencia
Que vienen mas tempranas,
Si las hacen los ojos
De juveniles bárbaros antojos,
Que aun no repara en canas
Esto que todos llaman apetito,
Y mas donde no tienen por delito,
Que la santa verdad corrompa el premio.
Mas todo este proemio
Quiere decir en suma,
Aunque era campo de extender la pluma,
Lo que el valiente Mizifuf, oyendo
El suceso estupendo
Del robo de su esposa,
Helena de las gatas,
Dijo con voz furiosa,
Cuando galan venia á desposarse,
Tan imposible ya de remediarse:
De las tremantes ratas
Fugitivo escuadron con pies ligeros,

Temeroso ocupó los agujeros,
Y arrojando la gorra,
Que fué de un Ministril de Calahorra,
Hizo temblar la tierra,
A fuego y sangre prometiendo guerra.
Ferrato, ya perdida la esperanza,
Mesándose las barbas y cabellos
Blancos, que nunca blancos fueron bellos,
Culpaba su tardanza,
Porque las dilaciones
Pierden las ocasiones,
Porque en la calva tienen un copete,
Que solo se le coge el que acomete;
Porque aguardar á que la espalda vuelva
Es seguir un venado por la selva,
Que alcanzarle no fuera maravilla
Quien le fuera siguiendo por la villa.
Mizifuf la tardanza disculpaba
Con que léjos vivia
El zapatero que esperando estaba
¡O cuantos males causa un zapatero!
Y que despues calzarle no podia,
Aunque los dientes remitiese al cuero,
Las botas justas que con calza larga

Era la gala entónces, que por fresco
Dicen autores que mató el gregüesco,
Por quitar la opresion de tanta carga.
¡O quien para olvidar melancolías,
De las que no se acaban con los dias,
Un gato entónces viera
Con bota y calza entera!
¿Pero donde me llevan niñerías
Que en Italia se llaman bagatelas,
Ingiriendo novelas
En tan funestos casos,
Mas dignos de Marinos y de Tasos,
Que de Helicona son soles y soles,
Que de mis versos rudos españoles?
Lloraba Micifuf, lloraba fuego,
Que fuego lloran siempre los amantes,
Arrojando los guantes,
A quien los cultos llaman Quirotecas,
(¡O bien hayan Illescas y Ballesas!)
Sin admitir un punto de sosiego,
Como en Paris el Moro, en Troya el Griego.
No suele de otra suerte pasearse
Quien tiene algun extraño desconcierto,
Sin que pueda apartarse

Del negocio que trata,
Pálido el rostro, de sudor cubierto,
Como ya por su honor, ya por su gata
Inquieto Mizifuf se condolia
Por dilatar de su venganza el dia.
En tantos pues que amigos y parientes
Consultaban el modo,
Como acabar del todo
Agravios tan infames é insolentes;
Marramaquiz estaba
Solicitando el pecho
De Zapaquilda de diamantes hecho,
Que en la dura prision perlas lloraba
A guisa de la Aurora
Que parece mas bella cuando llora;
Que la muger hermosa
Cuando baña la rosa
De las mejillas con el tierno llanto,
Aumenta la hermosura,
Si no da voces y en el llanto dura.
Marramaquiz en tanto
Produciendo concetos
De su locura efetos,
Ya en prosa ya en poesía,

Desvelado la noche, y triste el dia,
Se alambicaba el mísero celebro.
No dejaba requiebro
Que no imitase tierno á los orates,
Que el mundo amantes llama,
Y de la tierna dama
Amores y cariños,
Hasta los disparates
Que les dicen las amas á los niños
Cuando les dan el pecho las mañanas
Con intrinseco amor, diciendo ufanas:
Mi Rey, mi amor, mi Duque, mi regalo,
Mi Gonzalo; mas esto solamente
Si se llama Gonzalo,
Porque fuera requiebro impertinente
Si se llamara Pedro, Juan ó Hernando,
Que convienen las flores con los frutos,
Y á las cosas tambien sus atributos.
Estaba el sol apénas matizando
Las plumas de las alas de los vientos,
Dando á los dos primeros elementos
Esmeraldas al uno, al otro plata;
Cuando salia por su amada gata
Al soto de Luzon el triste amante.

Sin respetar el arcabuz tronante
A buscar el gazapo entre las venas
De la tierra, que apénas
Salir al campo osaba,
Y de una manotada le pescaba.
No habia pez, ni pieza
De vaca en la cocina.
Que en volviendo Marina
A buscar otra cosa la cabeza,
No caminase ya por los tejados
Para el dueño cruel de sus cuidados,
Tan ligero, veloz, tan atrevido,
Que no paraba sin hacer ruido
Hasta sacar la carne de la olla,
Del asador la polla,
Aunque sacase por estar ardiendo,
O pelada la mano ó con ampolla,
Fufú, fufú diciendo.
¡O amor! y cuantas veces
De la misma sarten sacó los peces
Sin cuchares de hierro, ni de plata;
Y la cruel á mas amor, mas gata!
« ¿Es posible (decia
Con lastimosas quejas)

O mas dura que mármol á mis quejas,
(Porque el gato las Églogas sabia)
Y al amoroso fuego que me enciende
Mas helada que nieve, Galatea,
Que de mi fuego el hielo te defiende
De ese pecho cruel, que me desea
La muerte, que ántes sea
La de tu Adónis Mizifuf cobarde,
Que gozarás, cruel, ó nunca, ó tarde,
Que no te duelen tantas penas mias,
Ni el verte tantos dias
Cautiva en esta torre,
Que ni te viene á ver, ni te socorre,
Que para aborrecerle te bastaba?
Micilda me buscaba,
Micilda me queria,
Por tí la aborrecia
Siendo gata de bien, siendo estimada
Por honesta doncella, y retirada
De amigas, de papeles y paseos,
Que clandestinos trazan himeneos.
¿Qué no dejé por ti, que te has casado
Con un gato afrentado, que si fuera
Afrenta entre los hombres el ser gato,

Que la costumbre toda ley altera,
Solo este fuera gato por ingrato? »
« No te canses, (la gata respondia
Con ojos zurdos de Neron Romano)
Marramaquiz tirano,
Que siendo como es justa mi porfía,
Ni he de temer tus daños,
Ni me podrás vencer con tus engaños »
« ¿ Qué obstinacion, qué furia,
Te obliga, Zapaquilda, á tanta injuria?
Mira que la nobleza
De tu zeloso amante,
Siendo tan arrogante
A su misma cruel naturaleza
Se rebela teniéndote respeto,
Añadiendo al ser noble el ser discreto.»
Este apóstrofe ha sido
Justamente advertido
A la gata cruel desamorada,
Por lo que á los retóricos agrada
Que adornan la narracion con voces puras,
Y sacan un retablo de figuras,
Que cuanto á mí, jamas me atravesara
Con gente de uñas y de mala cara.

Ya Mizifuf en casa de Fenato.
Juntaba deudos, procuraba amigos,
De su dolor testigos,
Acusando el cruel bárbaro trato
Del comun enemigo, que este nombre
Como al Turco le daba :
Y porque mas de su maldad se asombre
El robo de su esposa exageraba,
Que cada cual en su dolor y pena
Hasta una gata puede hacer Helena.
Estando pues sentados en secreto
En el zaquizamí de su posada,
Dijo á la noble junta lastimada
Con triste voz de su desdicha efeto :
« Aquel justo conceto
Que de vuestro valor tengo formado,
Me excusa de retóricos ambages,
Amigos y parientes,
Si estuvísteis presentes
A la dura ocasion de mi cuidado,
De que tan tarde me avisáron pages,
Que siempre llegan tarde los avisos
A los que son para su bien remisos.
¿ Con qué podré moveros ?

¿ Con qué podré obligaros ?
¿ O qué podré deciros
Que pueda enterneceros,
Que pueda provocaros,
Si no son los suspiros
Medias voces del alma,
Cuando con el dolor la lengua calma ?
Este, que aquí no explico,
Está diciendo el pálido semblante
Lo que con muda lengua significo,
Pues cuando mas la encumbre y adelante
Mas corto he de quedar : que los enojos
Remiten la retórica á los ojos,
Que la muda tristeza muchas veces
El Demóstenes fué de la elocuencia,
Y mas donde son sabios los jueces,
Que excusan de captar benevolencia,
Pues no pudiera Grecia en su Liceo
Ver mas doctrina que en vosotros veo.
Todos Platones sois, todos Catones;
Mas podrá la razon que las razones.
Yo vine provocado de la fama
A ver de Zapaquilda la hermosura
Por alta mar del hado conducido,

Donde mis ojos encendió mi llama,
Fuego de Fénix que á los siglos dura
Opuestos á la muerte y al olvido.
Si fuí favorecido,
Si agradeció mi amor y pensamiento,
Bien lo dice el tratado casamiento,
Pues que nos veis con la ocasion perdida,
Ella sin libertad, y yo sin vida:
Cortes la quise sin violéncia alguna,
Que nunca fué violenta la fortuna.
Cuando pagó mi amor, yo no sabia,
Como quien era gato forastero,
Que este tirano á Zapaquilda amaba.
Con esto la primera luz del dia,
Y con ella su cándido lucero
En mis ojos brillaba
Primero que en las flores,
Á su ventana repitiendo amores.
Allí tambien en su primera estrella
La noche me buscaba divertido
Adorando las tejas,
De sus balcones rejas,
Y dulce elevacion de mi sentido,
Hasta que hablar con ella

Envidioso traidor y fementido
Me vió en su celosía,
Donde probó mi amor su valentía.
Resultó la prision, y es tan villano,
Que ha engañado á Micilda,
Y dándola su fe, palabra y mano
De que será su esposo,
Siendo cumplirla el acto mas honroso.
Cuando me vió casar con Zapaquilda,
En afrenta de todos sus parientes
Y amigos que presentes
Estuviéron atónitos al caso,
Echando los mas graves por la tierra
Como estaban de boda y no de guerra,
Padeciendo mi sol tan triste ocaso,
Se la llevó con atrevido paso;
Zeloso el corazon, la vista airada,
Hiriendo á quien delante se le puso,
Tanto que con Garraf de una guantada
Los botes y redomas descompuso
De un boticario que vivia enfrente;
Y como de repente
En un perol cayese desde un banco,
Todo lo revistió de unguento blanco;

Vertió una melecina,
Y paró medio muerto en la cocina,
En ocasion tan dura,
En ocasion tan triste,
Que es mármol quien las lágrimas resiste.
Mas quiero epitomar mi desventura:
Mi esposa me han robado,
Sin honra estoy:» Aquí si no fué mengua
Fué el silencio la voz, los ojos lengua,
Porque la grave pena
Cortando la razon dejóle mudo.
Enternecióse el ínclito senado
Haciendo propia la desdicha agena,
Luego que vió que proseguir no pudo.
Y respondió Pansado,
Un gato venerable de persona,
Aunque pelado de cabeza estaba,
Cosa que á muchos buenos acontece:
Si bien esto no fué lo que parece,
Cuando á un amante viene la pelona;
Mas golpe que le dió cierta fregona
Que de un menudo que lavar pensaba
Cuando ménos atenta la miraba
Asido del principio de una tripa,

Que á la vista las manos anticipa,
Le fué desenvolviendo hasta el tejado
Como cordel de un cabo y otro atado,
Del ovillo de sebo el laberinto,
Y cada cual de todos participa
De este dolor como si propio fuera,
Dijo con el semblante mesurado
En prudentes palabras desatado:
« Con justa causa Mizifuf espera
Verse favorecido,
Y vengado tambien del atrevido
Que le robó su esposa,
Fatal desdicha de muger hermosa. »
Y respondió Tomillo
Propia razon de gato mozalvillo:
« Por mi ya lo estuviera,
Porque con estas uñas se la diera. »
Pero Zurron que le miraba enfrente,
Le dijo : « Con un gato el mas valiente
Que han visto los tejados de esta villa
Mejor es á la usanza de Castilla
Escribirle un papel de desafío. »
« No es ese el voto mio,
(Garrullo replicó) ni que se intente

Venganza de victoria contingente,
Que siempre ha estado en varias opiniones
Si ha de haber desafío en las traiciones.
Soy de voto que tome el agraviado
Un arcabuz, y aguarde
Al gato mas valiente, ó mas cobarde,
Castigo del que vive descuidado
Sin miedo del que agravia,
Y propio efecto de la noche oscura. »
« Si se pudiera ejecutar segura,
Fuera venganza sabia,
(Dijo Chapuz valiente
Gato de buenas partes)
Mas son tantas las artes
De ese Marramaquiz, gato insolente,
Que no dará ocasion que se efecute
Por mucho que la noche el rostro enlute;
Y de mi parecer mejor seria
Querellarse del robo y castigalle
Por términos jurídicos, y dalle
Muerte que corresponda á la osadía. »
« Dirán que es cobardía
(Trevejos replicó) ni esa querella
Está bien al honor de una doncella,

Que es poner su defensa en opiniones,
Que se averigua mal con las razones
Aquello que la causa pone en duda:
Y no hay para mugeres lengua muda,
Que ha dado el mundo en bárbaras querellas
No pudiendo excusar el nacer de ellas.
Pleitos aun no son buenos para gatos,
Porque es gastar la vida y la paciencia:
No hay que tratar de tratos ni contratos,
Ni andar en pruebas, ni esperar sentencia;
Si aquesta injuria ha de quedar vengada
Remítase á la pólvora ó la espada.»
«Bien dice (respondió Raposo, haciendo
Debido acatamiento al gran Senado)
Trevejos, y no es justo,
Aunque se apruebe lo que estais diciendo,
Y quede á vuestro gusto sentenciado,
Que deis al pueblo gusto
Al teatro sacando neciamente
Un gato con capuz y caperuza:
Y no menor locura que se intente,
No siendo Mizifuf el Moro Muza,
Tratar de desafios
Con quien sabeis que tiene tantos brios.

Perdóneme Zurron, Chapuz perdone,
Y aunque la edad le abone
Me perdone Pansudo
Si de su parecer mi intento mudo:
Que el mio es juntar gente
Para tan grave empresa conveniente,
Y formando escuadrones
De caballos, y armada infantería
De toda la parienta gatería
Hacer guerra al traidor, cercar la tierra
Y asestándole tiros y cañones
Batirle la muralla noche y dia;
Hasta saber que gente le socorre:
Porque si el campo Mizifuf le corre
Y el sustento le quita,
El que deje la plaza necesita;
O en forma de batalla
Asalta la muralla,
El se dará á partido,
O le castigaréis siendo vencido.
Sacad banderas, pues, tóquense cajas,
Haciendo las baquetas
Los pergaminos rajas,
Terciad las picas, disparad cometas,

Que así cobró su esposa en Troya el Griego
Publicando la guerra á sangre y fuego.»
Calló Raposo y luego del senado
El voto conferido,
En la guerra quedó determinado
Por ser de todos el mejor partido,
Mas justo y mas honroso.
Y dando Mizifuf, como era justo,
Los brazos y las gracias á Raposo,
Brotando humor adusto
A hacer la leva de la gente parte.
Perdona, amor, que aquí comienza Marte,
Y sale Tesifonte
A salpicar de fuego el horizonte,
Suspende entre las armas los concetos,
Pues das la causa, escucha los efetos.

SILVA VII.

Al arma toca el campo Mizigriego,
Contra Marramaquiz gato troyano,
Violento sube, aunque oprimido en vano,
A la region elementar el fuego:
Inquietan de los aires el sosiego,
Con firme agarro de la uñosa mano,

Banderas que con una y otra lista,
Trémulas se defienden á la vista,
No permitiendo, pues no dejan verse,
Que las colores puedan conocerse;
Respondiéndose á coros
Las cajas y los pífanos sonoros,
Y al paso que se alternan,
Siguiendo el son marcial los que gobiernan.
Y luego los soldados
De acero, y de ante, y de valor armados,
Agujas del cabello por espadas,
Y solo descubriendo las celadas,
Por delante mostachos,
Y por detras plumíferos penachos,
Marchando con tal órden que la planta
Donde el que va delante la levanta
Estampa el que le sigue,
Sin que el baston del Capitan le obligue.
Y al son de las trompetas resonantes
Las picas á los hombros los Infantes,
En quien la variedad y los colores
Formaban un jardin de varias flores;
A la manera que el Abril le pinta
En cultivada quinta.

Las picas de los bravos marquesotes
De varas de medir y de virotes,
Y ya de los plebeyos
Baquetas de Babiecas y Apuleyos,
Sin escuadras gallardas
Que llevaban en forma de alabardas
Aquellos cucharones
Con que suelen sacar alcaparrones,
Y con las palas como medias lunas
Las sabrosas de Córdoba aceitunas:
Córdoba donde nacen Andaluces
Góngoras y Lucanos;
Y encendidas las cuerdas en las manos,
No de Milan dorados arcabuces
Llevaba la lúcida infantería,
Mas de huesos de piernas de carnero,
Que gatos de uno y otro pastelero
Trujéron á porfía,
Que no fuéron de gato de ventero
Sospechosos en tales ocasiones,
Y de huesos de vaca los cañones
Para batir la torre.
Con esto Mizifuf el campo corre,
Y pone cerco al muro

Armado de un arnes cóncavo y duro
De un galápago fuerte,
Que sin salir de sí le halló la muerte.
La cabeza adornada
De un sombrero de falda levantada,
De un trencellin ceñido,
El pasador y hebilla guarnecido
Con pluma verde oscura,
Señales de esperanza con tristeza,
Aunque la justa causa la asegura.
Con tanta gentileza
Al caballo arrimaba
La estrella de la espuela,
Y con la negra rienda le animaba
A la obediencia del dorado freno
De espuma y sangre lleno,
Que sin tocar los céspedes volaba.
No es nuevo el ver que vuela,
Pues que pintan con alas al Pegaso
Volando por las cumbres del Parnaso,
Y vemos en Orlando el Hipogrifo
Monstruo compuesto de caballo y grifo.
  Mas si dudare alguno de que hubiese
Caballos tan pequeños,

Pareciéndole sueños,
Y á la naturaleza le quisiese
Quitar de milagrosa el atributo,
Aunque sea sin fruto,
La tácita objecion quedará llana
Con irse de aquí á Tracia una mañana,
Que esté desocupado
De los negocios de mayor cuidado.
Y verá los Pigmeos
Que en la Region de Trogloditas feos
Tambien los pone Plinio,
Que hizo de estos montes escrutinio,
Y en las lagunas del egipcio Nilo
Otros autores por el mismo estilo,
Que escriben que traiendo de Etiopia,
Donde hay bastante copia,
Dos Pigmeos á Roma (gente grave)
Se muriéron de cólera en la nave.
Homero les da patria al mediodía,
Con su intérprete Eustacio;
Mela de Arabia en el ardiente espacio
Que el Sol Fénix mayores monstruos cria,
Puesto que aunque confiesa tales nombres,
Aristóteles niega que son hombres.

Ni en su Ciudad de Dios pasó en olvido
El divino Africano los Pigmeos,
Y Juvenal *Umbripides* los llama,
Sin otros que han negado y defendido
Esta opinion que divulgó la fama.
Pero pues pintan monstruos Semideos,
Que por los montes van de rama en rama,
Las Poéticas Trufas,
Diciendo que batallan con las grullas,
No será mucho que haya semihombres.
Estos con cierta patria y ciertos nombres
En la misma region caballos tienen
De donde nuestros gatos se previenen:
Que á hacer de solo un codo
Hombres naturaleza,
Como pintor que muestra la destreza
A un naipe todo un cuerpo reducido,
Y los caballos no del propio modo,
Mayor monstruosidad hubiera sido
De su instrumento ilustre y poderoso,
Que mal pudiera andar hombre muñeca
En el lomo espacioso
De un gigante babieca;
Así que la objecion no es de provecho

Pues queda el argumento satisfecho.
Demas que el lector puede si quisiere
Creer lo que mejor le pareciere;
Porque si se perdiese la mentira
Se hallaria en poéticos papeles,
Como se vé en Homero describiendo
A la casta Penélope, que admira,
Por los amantes necios y crueles
Tejiendo y destejiendo,
Sin dejarla dormir de puro casta:
Y lo contrario para ejemplo basta,
Haciendo deshonesta
Virgilio á Dido Elisa por Enéas,
Como le riñe Ausonio;
Aunque logró tan falso testimonio,
Ménos las aguas que pasó Leteas,
Donde escribió Merlin con cuales iras
Castigan al poeta sus mentiras.
Mas vuelve, ó Musa tú, para que pueda
Ayudarme el favor de tu Gimnasio,
Que para lo que queda,
Aunque parece poco,
Al Señor Anastasio
Pantaleon de la Parrilla invoco,

Porque de su tabaco
Me dé siquiera cuanto cubra un taco.
Marramaquiz aunque lo supo tarde
Habia hecho alarde
De sus gatos amigos,
Y halló que para tantos enemigos
Era su gente poca;
Mas como la defensa le provoca,
Las armas al asalto prevenia,
Supuesto que tenia
Poco sustento para cerco largo.
Y cuidadoso de su nuevo cargo,
Mas triste y desabrido
Que poeta afligido,
Que ha parecido mal comedia suya,
O bien la de su cómico enemigo,
Andaba por la torre,
Y viendo que su esposo la socorre,
Zapaquilda mas llena de aleluya,
Mas alegre, contenta y mas quieta
Que aquel mismo poeta,
Si ha parecido mal siendo él testigo
La del mayor amigo.
Prevenido en efeto

De toda defension y parapeto
Sacó sus gatos animoso al muro,
Por todas las almenas y troneras
Vestido de banderas,
Que en alto de diversos tornasoles
Eran entre las nubes arreboles;
Y coronado de diversos tiros,
Soldados de valor y arquimargiros,
Opuestos á la furia del contrario.
Como se mira altivo campanario
De aldea donde hay viñas,
Para bajar despues á las campiñas,
Cubierto por el tiempo de las uvas
Del escuadron de tordos,
Que en aquella sazon están mas gordos
Cuando los labradores
Limpian lagares y aperciben cubas:
Así la negra cúpula tenia
De soldados de tiros y atambores
No ménos valerosa gatería.
Quien viera el pie que el escuadron cubria
De Mizifuf, y el chapitel armado
De uno y otro gatífero soldado,
Dijera, que tal vista no fué vista

De Dario ni de Jérjes,
Ni tanto perdigon haciendo asperges
En ninguna conquista,
Ni la vió Cipion, ni el Rey Ordoño,
Como en Cartago aquel, este en Logroño;
Y aunque entre la de Ostende,
Pero sin *nobis domine* se entiende.
Ver tanto gato negro, blanco y pardo
En concurso gallardo
De dos colores y de mil remiendos
Dando juntos maullos estupendos,
¿A quien no diera gusto,
Por triste que estuviera,
Aunque perdido injustamente hubiera
Un pleito, que es disgusto
Despues de muchos pasos y dineros
Para leones fieros?
Prevenidos en fin para el asalto,
Mueven á sobresalto
Los ánimos valientes
Las retumbantes cajas,
Previenen uñas y acicalan dientes,
Calando juntas las celadas bajas,
Que en las frentes bisoñas

Mas eran de sarten que de Borgoñas.
Pero en silencio los clarines roncos,
Que sonaban á modo de zampoñas,
Puesto á la márgen de unos verdes troncos,
Que no importa saber de lo que fuéron,
De pies en uno Mizifuf bizarro,
Cuando del sol el carro,
Que Etontes y Flégon amaneciéron,
Atras iba dejando el medio dia,
Dijo á su belicosa infantería,
Que atenta le escuchaba,
Que aunque era gato Ciceron hablaba:
« Generosos amigos
De mis afrentas y dolor testigos,
La honra que los ánimos produce
A tan ilustre empresa me conduce,
Esta sola me anima:
Quien no sabe que es honra no la estima.
Miente el que dijo y miente el que lo estampa,
Que *un bel fuggir tutta la vita scampa*;
Pues mejor viene ahora
Que *un bel morir tutta la vita honora.*
Es la virtud del hombre
La que inclina á los ilustres hechos,

Digna es la fama de valientes pechos,
Hoy habeis de ganar glorioso nombre,
Ninguna fuerza, ni amenaza asombre
El que teneis de gatos bien nacidos,
Que estos viles alardes,
(Porque en siendo traidores son cobardes)
Ya están medio vencidos
Con solo haber llegado á sus oidos
Que yo soy quien os guia.
A Anibal preguntó Cipion un dia,
Que cual era del mundo el mas valiente;
Y el respondió feroz con torva frente:
Alejandro el primero,
El segundo fué Pirro, y yo el tercero:
Si entónces yo viviera
Cuarto lugar me diera.
Al arma, acometed, yo voy delante,
Y el no tener escalas no os espante,
Que no son necesarias las escalas,
Si en vuestra ligereza teneis alas.»

Dijo: y vibrando un fresno en la ñudosa
Mano, al muro arremete,
Y con él Matasiete,
Maús, Zurron, Maufrido, Garrafosa,

Hociquimocho, Zambo y Colituerto,
Gatazo que de roja piel cubierto,
Crió la mondonguífera Garrida,
Aunque toda su vida
Mas enseñado á manos y cuajares
Que á nobles ejercicios militares.
Mas son tan eficaces las razones
Formadas de los inclitos varones,
Como Alciato escribe, cuando asidos
Llevaba de una cuerda de los labios
El Anfitrioniades Alcides,
Cuantos hombres prestaban los oidos
A la elocuencia de los hombres sabios.
Pero ya los agravios
De Mizifuf la guerra comenzaban,
Ya los gatos trepaban
La torre por escalas de sus uñas,
Mas fuertes garabatos,
Que los de tundidores y garduñas.
Ya por la piedra entre la cál metidas,
Sin estimar las vidas,
Subian gatos y bajaban gatos,
Los unos como bueyes agarrados,
Que clavan en las cuestas las pezuñas,

Los otros como bajan despeñados
Fragmentos de edificio que derriban,
Que de su mismo asiento se derrumba.
A cual sirven de tumba,
Despues que del vital aliento privan,
Las losas que le arrojan;
A cual de vida y alma le despojan
En medio del camino.
No despide en oscuro remolino
Mas balas tempestad de puro hielo,
Que bajan plomos de la torre al suelo.
Allí murió Galvan, allí Trevéjos,
Que le acertó la muerte desde léjos,
Dándole con un cántaro en los cascos,
Y otros con ollas, búcaros y frascos.
Asi suelen correr por varias partes
En casa que se quema los vecinos
Confusos sin saber á donde acudan:
No valen los remedios ni las artes:
Arden las tablas, y los fuertes pinos
De la tea interior el humor sudan:
Los bienes muebles mudan
En medio de las llamas:
Estos llevan las arcas y las camas,

Y aquellos con el agua los encuentran,
Estos salen del fuego, aquellos entran:
Crece la confusion y mas si el viento
Favorece al flamígero elemento.
Mas como el alto Júpiter mirase
Desde su Olimpo y estrellado asiento
La batalla cruel de sangre llena,
Temiendo que quedase
En competencia tan feroz y airada
La máquina terrestre desgatada,
Justo remedio á tanto mal ordena:
« Dioses, nó es justo (dijo) que la espada
Sangrienta de la guerra
Se muestre aquí tan fiera y rigurosa,
Aunque es la misma de la Griega hermosa,
Y que muertos los gatos, esta tierra
Se coma de ratones.
Porque se volverán tan arrogantes,
Que ya considerándose gigantes,
No teniendo enemigos de quien huyan,
Y el número infinito disminuyan,
Serán nuevos Titanes,
Y querrán habitar nuestros desvanes. »
Con este luego envia

De oscuras nieblas una selva espesa,
Y la batalla cesa
Revuelto en sombras de la noche el dia.
Y desde aquel con inmortal porfía
Los unos y los otros prosiguiéron,
Aquellos en la ofensa
Y estos en la defensa:
Pero durando el cerco no tuviéron
Remedio, ni sustento los cercados,
Tanto que á Zapaquilda desfigura
La hambre la hermosura.
Vueltas las rosas nieve,
Por onzas come, por adarmes bebe:
Marramaquiz, que ya morir la via,
Con amante osadía,
Pero sin que le viesen los soldados,
Salió por un resquicio á los tejados
De una tronera que en la torre habia,
Para coger algunos pajarillos.
Iba con él Malvillos,
Que á este solo fió su atrevimiento,
Y por partir la caza y el sustento:
Y estando ¡o dura suerte!
Acechando á la punta de un alero

.ı tordo que cantaba,
La inexorable muerte
Flechando el arco fiero
Traidora le acechaba.
¿Qué prevenciones, qué armas, qué soldados
Resistirán la fuerza de los hados?
Un príncipe que andaba
Tirando á *los vencejos*,
¡Nunca hubieran nacido,
Ni el aire tales aves sostenido!
Le dió un arcabuzazo desde léjos:
Cayó para las guerras y consejos,
Cayó subitamente
El gato mas discreto y mas valiente,
Quedando aquel feroz aspecto y bulto
Entre las duras tejas insepulto,
Pero muerto tambien como era justo
A las manos de un César siempre augusto.
Llevó Malvillos pálido la nueva,
Que de su fe y amor lloraba en prueba
Se mesaban las barbas á porfía,
Como tudescos muerto, el que los guia;
Mas deseando verse satisfechos
Del sustento forzoso,

Rindiéron las almenas y los pechos
Al héroe sin victoria victorioso:
Y Mizifuf con todos moroso,
Porque le prometiéron vasallage,
Hizo luego traer de su bagage
Con mano liberal peces y queso.
Alegre Zapaquilda del suceso,
Mudó el pálido luto en rico trage,
Dióle sus brazos y á su padre amado,
Y el viejo á ella en lágrimas bañado,
Y para celebrar el casamiento
Llamáron un autor de los famosos,
Que estando todos en debido asiento,
En versos numerosos
Con esta accion dispuso el argumento,
Dejando alegre en el postrero acento
Los ministriles, y de cuatro en cuatro,
Adornado de luces el teatro.



POESIAS ESCOGIDAS

DE

D. JUAN DE JAUREGUI.

Y al hombre vitupero,
Que destruyó su paz, buscando el oro,
Para servirle esclavo,
Y en oculto minero
Rompió anhelando su taladro y poro,
Donde el fiero metal se engendra y cria,
Y se derrama en escondidas venas,
Sin conocer al dia;
Que en ciega noche envuelto y soterrado
A un tiempo nace, y yace sepultado,
Y de la tierra se distingue apénas,
Hasta salir á luz el metal fiero,
Aun mas novicio, que el sangriento acero.
Deja su centro ocioso
Cuando sobre la tierra
Descubre el rostro pálido y flamante,
Anuncio temeroso
De la discordia y guerra
Amenazada en su vivaz semblante:
Ya su valor ostenta y su arrogancia
En cetros y diademas engreido;
Y el que en humilde estancia
De riscos y terrones se escondia,
Ni al sol, siendo su padre, conocia;

Vedle con alto imperio introducido
Por excelso Monarca soberano,
Que apénas cabe en el distrito humano.
  Oro, tirano altivo,
A quien los vicios viles
Honran, cual Dios, y su malicia ampara;
Por tí el amor lascivo
Mil pechos femeniles
Vence, que ya se postran á tus aras
En torpe ofensa del honesto zelo:
A tí procuran la traicion y engaño,
Y su comun desvelo;
Y por tí se dedican tantas vidas
Al rencor de las armas homicidas,
Tantas á estraño mundo, al clima estraño,
Al sulco incierto de nadantes proras,
Y al furor de las ondas bramadoras.
  Tú ya de los metales
Fuiste el primer caudillo,
Sus filos provocando á la matanza:
Diéron los minerales
Aceros al cuchillo,
A la tajante cimitarra y lanza,
Y aguda punta al dardo y la saeta:

Láminas diéron de laton canoro
A la marcial trompeta:
Diéron el bronce al bélico instrumento,
Del rayo y trueno imitador sangriento;
Y todos atendiendo á tu decoro,
Por tí militan, y tu gloria vana
Escriben (¡o furor!) con sangre humana.
¿Quien tus hazañas fieras,
Funestas y llorosas
En reino alguno de la tierra ignora?
Diránlo las riberas
Del Xanto y las tres Diosas,
En beldad cada cual competidora;
Do pudo el premio de tu vil manzana
Encender tales iras, que abrasáron
La gran ciudad Troyana.
Tus pomos lo dirán, que de Atalanta
Ya suspendiéron la volatil planta,
Y al lustroso metal la encamináron,
Donde con muestras de aparente dicha
Tuvo principio su fatal desdicha.
Por tí de las infieles
Ondas, y su camino,
Sacar pudo escarmiento el mas osado,

Cuando á la antigua Heles
Prestaste el vellocino
Del animal, que al pielago salado
Ya la condujó, y la anegó en su abismo.
Mas hubo quien tentó, sin escarmiento,
Y por el precio mismo,
Dar á los vientos de su vida el cargo
En la primera de las naves Argo.
¡ O cuantas vidas ha llevado el viento
Tras un peligro tan horrible y triste,
Que á los humanos riesgos añadiste!
Ya con la Argiva dama
Servida del Tonante,
Fuéron de Acrisio los recatos vanos:
Cuando apagó la llama
Del cauteloso amante
Tu espesa lluvia de lucientes granos,
Tú encendiste el indómito deseo
Al que trazó (por tu avricia instado)
La muerte de Siqueo.
De tí vimos á Midas tan sediento,
Que no le consentiste otro alimento.
Tú, como precursor del fiero hado,
Ocasionaste el misero suceso

Contra el Romano Craso, y Lidio Creso.
  De toda dicha y gusto
Eres ageno y falto
Contra el avaro, que tu nombre adora;
Pues pagas en disgusto,
Rezelo y sobresalto,
La eterna adoracion con que te honora.
¡O insano el que te busca y te procura,
Siempre sujeto á ser el ofendido
De tu malicia impura!
Si mil afanes cuestas procurado,
Temores tantas causas conservado,
Y no menor tristeza das perdido,
Sin que pueda gozar de algun contento,
Sino el que está de tu codicia esento.

CANCION II.

  Deja tu albergue oculto,
Mudo silencio, que en el márgen frio
Deste sagrado rio,
Y en este valle solitario inculto
Te aguarda el pecho mio:
Entra en mi pecho, y te diré medroso
Lo que á ninguno digo,

De que es Amor testigo,
Y aun á ti revelarlo apénas oso:
Ven ¡o silencio fiel! y escucha atento
Tú solo, y mi callado pensamiento.
  Sabrás; mas no querria
Me oyese el blando Céfiro, y al Eco
En algun tronco hueco
Comunicase la palabra mia;
O que en el agua fria
El Bétis escondido me escuchase.
Sabrás, que el cielo ordena,
Que con alegre pena
En dulces llamas el Amor me abrase,
Y que su fuego el corazon deshecho,
De sus tormentos viva satisfecho.
  Al incendio suave
De un soberano ardor estoy rendido,
Que ni remedio pido,
Ni quien me le ha de dar mis penas sabe,
Porque á su casto oido
No se atreve mi lengua: en fin no aguardo
Otro mayor consuelo,
Sino saber, que un cielo
Es el incendio, en que padezco y ardo,

Y que el honor de tan ilustre empleo
Es premio suficiente á mi deseo.
Si estremos semejantes
Te maravillan ¡o silencio amigo!
No entiendas, no, que sigo
El vano razonar de los amantes:
No estraño que te espantes;
Pretendo sí, que mis verdades creas:
Mi gozo es el tormento,
El fuego mi sustento,
Y deste se alimentan mis ideas:
Con tal regalo el corazon me inflama
La causa bella de mi pena y llama.
Silencio, no te niego,
Que osado alguna vez tentar quisiera,
Que ya Lisarda oyera
Cuanto me abrasa de su vista el fuego,
Y mi verdad creyera:
Ardo en la pura luz del claro dia,
Veme la noche ardiendo,
En nuevo ardor me enciendo,
Cuando su oscura sombra el sol desvia,
Y todos los objetos igualmente
Son á mis ojos una llama ardiente.

Mas huyo que lo entienda,
(¡Justo recato!) si ha de ser preciso
Le dé mi lengua aviso,
Y mi atrevida voz al fin la ofenda.
¡O alegre paraiso!
No quiera el cielo, que á la dulce calma
De tu beldad serena
Turbe una breve pena,
Aunque mil siglos la padezca el alma:
Dile, Silencio tú, con señas mudas,
Lo que ha ignorado siempre, y tú no dudas.
Mas ¡ay! no se lo digas,
Que es forzoso decirlo en mi presencia;
Y bien que la decencia
De tu recato advierto, al fin me obligas,
Que espere su sentencia;
Y el temor ya me dice en voz espresa:
No has sido poco osado
Solo en haberla amado,
No te abalances á mayor empresa,
Basta que sepan tu amorosa historia
El secreto silencio y tu memoria.

ELEGÍA.

Engáñaste, Licino, vulgarmente,
Si por dichosa juzgas esa vida,
Que estima la comun plebeya gente.
Ver una y otra mano enriquecida
De Arábigos diamantes relevados,
Y en ámbar preciosísimo escondida:
Revolver á los hombros delicados
Las blandas pieles, que alimenta y cria
El Moscovita en sus amenos prados:
Y del puro metal, que el Indio envia,
Gravar los crespos recamados lechos,
Ménos comodidad, que bizarría:
Apesentarse entre dorados techos,
Y paredes forradas en brocados,
Que tanto aprecian los humanos pechos:
Y en graneros ocultos y cerrados
Atesorar las mieses, cuantas siega
En sus cerros el Africa tostados:
Y en pos de la codicia torpe y ciega,
Amontonar riquezas excesivas,
Que la fortuna varia á tantos niega:
Y en mesas abundantes y lascivas

Trinchar el ave noble, el pece raro,
Y las fieras del bosque fugitivas:
  Ganar lustrosa fama, y nombre claro
Con la superflua copia de sirvientes,
Que admire el ignorante y el avaro.
  ¡O cuan agenas son, cuan diferentes
De la vida feliz y descansada,
Estas vulgares honras aparentes!
  Oye, Licino, pues; y la engañada
Multitud á mi voz contigo atienda,
Si el bien humano conocer le agrada.
  Esta será la moderada hacienda,
Habida por herencia, y sin que el dueño
Con perpetuos afanes la pretenda.
  Florido y fértil campo, aunque pequeño,
Cuya cosecha al que lo siembra ufano
Ni le desvele, ni perturbe el sueño.
  Cómoda habitacion, que en el verano
El fresco admita, y en invierno el fuego,
Atizado tal vez con propia mano.
  Tranquilidad del ánimo y sosiego,
De litigios esento y pretensiones,
Nunca pendiente del favor, ni el ruego.
  Bien compuesta salud, sin presunciones

De aliento y fuerzas, que á seguir te obliguen
Las tropas de guerreros escuadrones.
  Prudente sencillez, do se mitiguen
Los vuelos del ingenio remontados,
Ni en desvelos ocultos se fatiguen.
  Iguales los amigos, no encumbrados,
Donde obliguen á ser destituidos,
O con violenta maña conservados.
  Fácil, templada mesa, do servidos
Serán manjares limpios, naturales,
No los adulterados, ó fingidos.
  Y pues nacidos somos y mortales,
Ni tiembles de la muerte aborrecida,
Ni la procures; que en templanzas tales
Hallarás el descanso de la vida.

AVENTURA AMOROSA.

En la espesura de un alegre soto
Que el Bétis baña, y de su fértil curso
Cobran verdor los sauces ocupados;
Donde el ocioso juvenil concurso,
La soledad siguiendo y lo remoto,
Logra de amor los hurtos recatados:
Aquí prestar alivio á mis cuidados

Pensé yo triste un dia,
Porque la Ninfa mia
Ví que emboscaba, y de rezelo agena
Ya el cinto desceñido
Sus miembros despojaba del vestido:
Dejóle al fin compuesto en el arena,
Manifestando al cielo
De su desnuda forma la belleza.
Luego á las puras ondas con presteza
La vi correr, do el cuerpo delicado
Sintió del agua de repente el yelo
Y suspendió su brio,
Viéndose en la carrera salteado
Con líquidos aljófares del rio.
Mas reclinóse al fin sabrosamente,
Cubriendo de los húmedos cristales
Toda su forma de la planta al cuello.
Tal vez la hermosa frente
Solo mostraba de su rostro bello,
Tal con ligeros saltos paseaba
La orilla, y en sus frescos arenales
Sus tiernos miembros liberal mostraba.
Yo en tal alegre vista embebecido,
Y en los tejidos ramos escondido,

Al cielo con el alma agradecia
Mi desigual ventura,
Y el recatado labio no movia:
¡Ay si mis ojos con igual cordura
Celar pudieran sus ocultas llamas!
Y no que ansiosos de mirar cercano
Aquel hermoso bulto soberano,
Se divirtiéron á mover las ramas;
Y apénas el ruido
Hirió á la bella Ninfa el pronto oido,
Cuando su aguda vista y rostro honesto
Le descubrió mi hurto manifiesto:
Y como la corcilla descuidada
Miéntras las hojas tiernas y menudas
Despunta de la yerba rociada,
Que al mas leve rumor el cuello enhiesta,
Y vuelve las agudas
Orejas, y la frente pavorosa
A la vecina selva, ó la floresta,
Do con alada planta voladora
Se embosca, y deja al cazador burlado;
Tal su ligero curso amedrentado
Siguió mi amada Ninfa al mismo instante
Que me miró delante.

¡O bella ingrata, á quien el alma adora!
Entónces dije, y me arrojé tras ella,
Detente, aguarda agora;
Del enemigo es justo que se huya,
No del amante, que la gloria suya
Ha puesto en adorar tu imágen bella:
Tras tí me llevas del amor vencido
Y no de tus agravios persuadido:
Ya que matarme tu soberbia quiera,
Permite solo que á tus ojos muera.
Mas ¡ay! que en vano pido
Te duelas de mi daño, pues tampoco
Sientes el tuyo, Ninfa, en la carrera:
Mira que ofende el áspero camino
Tus blandos pies, reporta la huida,
Que yo te seguiré mas poco á poco.
En cuanto así la voz enternecida
Convierto á moderar su desatino;
Ella esforzando el corazon medroso,
Penetra el bosque, y á lo mas fragoso
Y oculto el curso aplica;
Los árboles al verla enamorados,
O ya de mi dolor compadecidos,
Parecen que se oponen á encontrarla,

O bien á contemplarla.
Eco mis voces con afan replica,
Las broncas peñas mi dolor sentian.
Lleva mi Ninfa al viento derramados
De modo sus cabellos y tendidos,
Que en torno al bello rostro parecian
Los rayos puros de Titan dorados.
He aquí miéntras sin órden se esparcian
Las hebras de oro por el aura helada,
De un sauce humilde en los hojosos brazos
Se marañáron los hermosos lazos,
Y de mi Ninfa amada
Embarazáron algo la carrera;
Ella, al sentir su estorbo, de manera
Alzó la voz con alarido al cielo,
Que porque ménos el dolor sintiera,
Sin la seguir me derribé en el suelo;
Diciéndole: ya, Ninfa, no te sigo
Sino con sola el alma enamorada;
El alma llevas, y no mas contigo,
Modera tu violencia acelerada:
O ya si el peso rehusar pretendes,
Déjame el alma, y huye descansada:
Mas no porque mi voz lo asegurase,

Y léjos bien distante me quedase,
Un punto quiso detener sus plantas,
Ni perdonar la ofensa á su cabello;
Antes cargando la cabeza y cuello
Hácia adelante con ahinco y fuerza,
Deja perdidas de sus hebras, cuantas
Le pudo arrebatar la rica rama;
Y mas furiosa su carrera esfuerza
Abriendo el paso entre la yerba y grama.
De mi burlada vista al fin se aleja,
Los árboles la esconden, y me deja,
Cual queda el can liviano, que seguia
A la veloce liebre en la fragosa
Sierra, donde ella pudo cautelosa
Torcerse entre las matas y quebrarse;
El ya que de cobralla desconfia,
Descuida el pie ligero, y sin cansarse
Contempla solo la difícil via
Y el rastro que dejó por los breñales
De su velluda piel, cuando huia
La astuta liebre á saltos desiguales.
Así cuando perdí la Ninfa mia
Me fuí yo triste al ramo venturoso,
Do estaban sus cabellos enlazados,

Y dije lamentándome quejoso
¡O lazos! dulce anuncio á mi severa
Muerte, y á ejecutalla conjurados,
Despojos de la prenda á quien adoro!
Bien pudo suspenderse mi carrera
Por vuestro honor, cual su volátil planta
Detuvo, atenta al oro
La codiciosa virgen Atalanta,
No es oro el vuestro de menor tesoro:
¡O dulces lazos, muestra conocida
De la aspereza de mi bella ingrata!
¡O falso bien, que regalando mata,
Y aparente lisonja de la vida!
Do contra mí dejó el rigor ageno
En vaso de oro su mortal veneno:
Prenda seréis para mi mal guardada
En el estrecho seno;
Pues aunque en vos me quede la memoria
Desta crueldad de mi enemiga airada
Y en vos mi ofensa arguya,
Al fin sois prenda suya,
Y en eso fundaré mi débil gloria.
Y tú, frondosa rama,
Que te compadeciste

De verme ardiendo en amorosa llama,
Y el fugitivo curso entretuviste
De aquella mi bellisima contraria;
Perdona, si en tan breve te despojas
Del oro puro, que te adorna y viste,
Baste á calificar tus ricas hojas
Solo haber sido dél depositaria;
Y en cambio al recibido
Beneficio presente, al cielo pido,
Que iguale con su altura
La fértil copa, que tus hojas brota,
Y estienda tus raices
En el terreno centro á la remota
Y la mayor hondura,
Y que las arboledas autorizes
Por luengos siglos con igual verdura.
Dije, y las hebras rubias marañadas
Desenlacé cobarde y temeroso,
Y al pecho venturoso
Las ofrecí por prendas regaladas:
Y viendo oscurecerse el occidente
Ya cuando al mar de Iberia presuroso
Trastorna el sol la fatigada frente,
Desamparé yo triste el bosque umbroso.

SONETOS.

I.

¡Ay de cuan poco sirve al arrogante
El edificio, que soberbio empina
Sobre pilastras de Tenaro, y fina
De mármol piedra, y de color cambiante!
Pues cuanto mas del suelo se levánte
Máquina excelsa, al cielo convecina,
Tanto mas cerca atiende á su ruina,
Tanto mas cerca al rayo del Tonante.
Consumirá en los jaspes su tesoro
Y consumidos de la propia suerte
Ellos serán en término ligero.
Y por ventura entre alabastros y oro
Del alto capitel, verá su muerte.
Pobre y desnudo el sucesor primero.

II.

Este bajel inútil, seco, y roto,
Tan despreciado ya del agua y viento,
Vió con desprecio el vasto movimiento
Del proceloso mar, del Euro y Noto.
Soberbio al golfo, humilde á su piloto,

Y del rico metal siempre sediento,
Trajo sus minas al Ibero asiento,
Habidas en el Indico remoto.
Ausente yace de la selva cara,
Do el verde ornato conservar pudiera,
Mejor que pudo cargas de tesoro.
Así quien sigue la codicia avara,
Tal vez mezquino muere en estrangera
Provincia, falto de consuelo y oro.

III.

Jamas por larga ausencia, amada Flora,
Sentir podrá mi fe mudanza alguna,
Bien que me engolfe, y lleve la fortuna
Por la remota mar Hircana, ó Mora:
Si en cada espuma, que levanta agora
Brillando el agua al rayo de la luna,
Naciesen Vénus ciento, y cada una
Fuese de un nuevo amor engendradora;
Y estos y aquellas con igual denuedo
Cuidasen aumentar el fuego mio;
Ni se aumentara, ni mi fe creciera;
Y aunque de acrecentalla desconfio,

Vivo en eterno afan, porque no puedo
Quereros tanto, como yo quisiera.

ESTANCIAS.

Veni Sancte Spiritus, etc.

Ven, Deidad suprema,
Espíritu Santo,
Y á la tierra envia
De tu luz los rayos.
Padre de los pobres,
De riquezas franco,
Cuya lumbre ilustra
Corazones mansos.
Singular consuelo,
Refrigerio grato,
Y huésped del alma
Dulce y regalado.
Ven, descanso alegre
Para los trabajos,
Del calor refresco,
Y solaz del llanto.
Ven, lumbre divina,
Penetra abrasando

Nuestros corazones,
Intimo regalo.
Sin tu luz el hombre
Pierde el ser humano,
Pues su vida es muerte,
De continuos daños.
Riega tú lo estéril,
Lava lo manchado,
Y nuestras heridas
Sana con tus manos.
La aspereza ablanda,
Calienta lo helado,
Y los pasos rige
Del descaminado.
Concede á tus fieles,
Que en tí confiamos,
De tus siete Dones
El tesoro sacro.
Danos tus virtudes
Con mérito, y danos
Saludable muerte,
Y eterno descanso.

Jam lucis orto sidere, etc.

Pues ya la luz alegre
Del claro sol nos mira,
Y de sus rayos huye
La oscura sombra y fria;
Al cielo supliquemos,
Que en este nuevo dia
De todo mal nos libre,
Y á todo bien nos rija.
Que enfrene nuestra lengua,
Y sus turbadas iras,
Y de arrogancias vanas
Retire nuestra vista.
Que el corazòn sea puro,
Y el alma corregida,
Cuyas templanzas huellen
La ciega carne altiva.
Porque cuandò la noche
La luz del sol despida,
Cante á los cielos gloria
Nuestra pureza limpia.
Sea la gloria al Padre,
Sea la gloria misma

Al Hijo, y al que entrambos
Con un amor espiran.

PARAFRASI DEL SALMO VIII.

Domine Dominus noster, etc.

¡O cuanto el nombre vuestro,
Supremo Emperador y Señor nuestro,
Al mundo admira! ¡y cuanto su memoria
Es ensalzada con ilustre gloria
En la estendida redondez del suelo!
Por vuestra liberal, perfecta esencia,
Que excede en eminencia,
Y en sus grandezas y valor al cielo.
Vos del sencillo y mudo
Infante, y del grosero labio y rudo
Recibis alabanza, y con sus voces
Seguis contra los ímpios y feroces
Pechos blasfemos la vitoria honrosa.
Vemos por vuestra mano fabricados
Los orbes, y esmaltados
Con las estrellas y la luna hermosa.
Pues en tan grande alteza
Pregunto: ¿qué es el hombre y su bajeza?

¿Quien es de Adan el ínfimo linage;
Para que dél se acuerde, y lo agasaje
Vuestra inmensa bondad, vuestra memoria,
Haciéndole á vos mesmo semejante,
Noble, y participante
En vuestro Reino de perpetua gloria?
Hicisteis tan cercano
Su ser al ser del Angel soberano,
Que el velo corporal solo divide
Su igual honor, y un breve tiempo impide
Que obtenga el alma angélica potencia.
Sobre las obras vuestras mejorastes
Su forma, y le entregastes
De todas el imperio y preeminencia.
A su dominio honroso
Rendistes, y á su yugo el tigre y oso,
Las ovejuelas en distintas greyes,
El caballo veloz, los tardos bueyes,
Las simples aves, el halcon liviano,
La del sonoro canto Filomena,
El delfin, la ballena,
Que en sus senos engendra el Océano.
Y cuantos animales
Marítimos, volátiles, campales,

En gruta, en nido, en hueco monte encierra
El piélago profundo, el aire y tierra;
¡O Señor nuestro, y como vuestro nombre
Es por sus maravillas admirable,
Ilustre y memorable
En la estendida habitacion del hombre!

PARAFRASI DEL SALMO CXXXVI.

Super flumina Babilonis, etc.

En la ribera undosa
Del Babilonio rio
Los fatigados miembros reclinámos,
Y allí con faz llorosa
Junto á su márgen frio
Con lágrimas sus ondas aumentámos;
Entónces de los ramos
De los silvestres sauces suspendimos
Las citaras y harpas, do solia
Alentar sus enojos algun dia
Alegre el corazon, cuando vivimos
En tí, Jerusalen; mas la memoria
De tu asolado Imperio
Y el duro cautiverio,

En que trocamos hoy la antigua gloria,
Nos despojó del regocijo y canto,
Para entregarnos al afan y al llanto.
  Allí por mas tristeza
La escuadra victoriosa
Que nos condujo en míseras prisiones,
Templada su fiereza,
Nos preguntó piadosa
Por nuestras dulces rimas y canciones,
Y con blandas razones
Nos animaba á repetir alguna:
Mas respondimos con ageno intento:
¿Como dará señal de algun contento
Quien se vé reducido á tal fortuna?
¿Como cantar podrémos himnos santos
En region estrangera,
Do la Deidad primera
Es ofendida? ¿Entre enemigos tantos
De aquel Señor, á cuya gloria aspira
Nuestro piadoso canto y nuestra lira?
  Sacra Ciudad, que adoro,
Si acaso yo olvidare
Este dolor, que tu memoria pide,
Si al cántico sonoro,

Y al plectro me aplicare,
Antes mi diestra el movimiento olvide.
La lengua, que divide
De la voz el acento y la cadencia,
Se pasme y hiele, á mi garganta asida,
Si á todo canto alegre preferida
No fuere mi tristeza, por tu ausencia;
Solo fijando en la memoria mia
Tus muros encumbrados,
Que yacen hoy postrados,
Y las felices horas de alegría,
Que en tí perdí, que en ti gocé primero,
Y alguna vez recuperar espero.
Pues fuiste el ofendido,
Acuérdate indignado,
Señor, del ímpio y bárbaro Idumeo,
Cuando cayó rendido
Tu pueblo, y el osado
Contrario obtuvo su marcial trofeo:
Que en ódio del Hebreo
Instigaba sus huestes, y decia:
Asolad, asolad desde el cimento
Sus homenages: ¡o rencor sangriento!
Dichoso el que á tus ojos algun dia,

Fiera Babel, con semejante estrago,
Y merecida pena
Ha de vengar la agena,
El que ha de dar á tu soberbia pago,
Y quebrantar con furias semejantes
En las peñas tus míseros infantes.



AMINTA,

FABULA PASTORAL,

DE TORCUATO TASSO,

TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR D. JUAN DE JAUREGUI.

PERSONAS.

AMOR, *en hábito pastoril.*
DAFNE, *compañera de Silvia.*
SILVIA, *amada de Aminta.*
AMINTA, *enamorado de Silvia.*
TIRSI, *compañero de Aminta.*
SATIRO *enamorado de Silvia.*
NERINA, *mensagera.*
ERGASTO, *mensagero.*
ELPINO, *pastor.*
CORO *de pastores.*

PROLOGO.

AMOR.

¿Quien creyera, que en esta humana forma,
Y así en estos despojos pastoriles
Estaba oculto un Dios? no un Dios agora
Selvage, ó de la plebe de los Dioses;
Mas entre los celestes y los grandes
El de mayor poder; que muchas veces
Derriba á Marte la sangrienta espada
De la robusta mano; y á Neptuno,
Que las tierras combate, el gran tridente;
Y los rayos á Júpiter supremo.
En este aspecto, y en aquestos paños
No reconocerá tan fácilmente
Mi madre Vénus al Amor su hijo.
Esme forzoso andar huyendo della,
Y disfrazarme así, porque ella quiere
Disponer á su gusto de mis flechas,
Y de mí mesmo; y de ambicion movida,
Cual liviana muger, me insiste y lleva
A las ilustres cortes y los cetros,
Y allí procura, que mi fuerza emplee:
Y solo al vulgo de ministros mios

(Mis menores hermanos) da licencia,
Que puedan alojarse entre las selvas;
Y usar las armas en silvestres pechos.
Yo que no soy criatura, aunque mi rostro
Lo representa y mi ademan travieso;
Quiero usar de mis armas á mi gusto,
Y disponer de mí segun mi antojo;
Que á mí fué concedido, y no á mi madre
El fuego omnipotente y arco de oro.
Por esto difrazándome, y huyendo
No su imperio, que en mí no tiene alguno,
Mas los ruegos, que al fin siendo de madre,
Tienen fuerza; me escondo entre las selvas,
Y en las cabañas de la gente humilde.
Ella me sigue y busca, prometiendo
A quien me manifieste, un dulce abrazo,
O algun premio mayor; cual si no fuese
Yo poderoso para dar en cambio
Regalos semejantes ó mayores,
A quien me encubra della; esto á lo ménos
De cierto sé, que los halagos mios
A las doncellas les serán mas gratos
(Si yo, que soy Amor, de amor entiendo):
Así me busca de ordinario en vano,

Que nadie quiere revelarme, y callan.
Pues por estar aun mas oculto, y que ella
No pueda descubrirme por las señas,
Dejé las alas, el aljaba y arco:
Mas no por eso vengo desarmado,
Que aquesta que parece simple vara,
Es mi encendida hacha transformada,
Y toda espira llamas invisibles:
Tambien aqueste dardo, aunque no tiene
La punta de oro, es de divino temple,
Y do quiera que pica, amor imprime.
Hoy he de hacer una profunda herida
No ménos incurable, al duro pecho
De la mas cruda Ninfa, que en los campos
Siguió jamas el coro de Diana.
Será tan grande llaga la de Silvia
(Que este es el nombre de la Ninfa fiera),
Como una que yo hice, habrá algun tiempo,
Al tierno pecho del zagal Aminta,
Cuando los dos de un modo pequeñuelos,
El por el campo á caza la seguia.
Y porque el golpe en ella mas encarne,
Esperaré que la piedad primero
Ablande el duro yelo, que apretado

Al rededor del corazon le ha puesto
La honestidad y virginal decoro;
Y en el instante mismo que lo sienta
Algo mas tierno, lanzaréle el dardo.
Pues para ejecutar comodamente
Mi empresa noble, ir quiero á entremeterme
Envuelto con la turba de pastores,
Que todos festejantes, coronados
Aquí se juntan ya, donde los dias
Solenes gastan en solaz y fiesta,
Y fingiré ser uno de su escuadra.
En este puesto, en este haré mi golpe,
Que no le puedan ver mortales ojos.
Hoy estas selvas en manera nueva
Se oirán hablar de amor: hoy ha de verse,
Que aquí presente mi Deidad asista,
Ella en sí misma, y no en ministros suyos.
Inspiraré sentido noble y puro
A los rústicos pechos, y en sus lenguas
Pondré un estilo dulce y delicado,
Pues en cualquiera parte que yo asista
Soy Amor en efeto; en los pastores
No ménos que en los héroes poderoso,
Y la desigualdad de los sujetos

Como me place igualo: esta es la suma
Gloria que alcanzo, el gran milagro mio,
Que suelo hacer las rústicas zampoñas
A la lira mas docta semejantes.
Y si mi madre, que desdeña el verme
Andar errando por agrestes bosques,
Esta verdad no reconoce acaso,
Ella es ciega, no yo, que falsamente
Usa llamarme ciego el ciego vulgo.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

DAFNE Y SILVIA.

DAFNE.

¿Querrás, Silvia, en efeto
Sin los placeres de la hermosa Vénus
Pasar tus verdes y floridos años?
¿No oirás el dulce nombre
De madre, ni verás los tiernos hijos

Con apacible juego rodearte?
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

SILVIA.

Siga otra los contentos amorosos,
Si es que hay en el amor algun contento:
Yo desta vida gusto, y mi deleite
Es atender al arco y la saeta,
Seguir la fiera fugitiva, y luego
Aterrar combatiendo la mas brava:
Y miéntras no faltaren
Al bosque fieras, y á la aljaba flechas,
A mí no temo que placeres falten.

DAFNE.

Desabridos placeres
Por cierto, y vida en todo desabrida,
Que si agora te agrada,
Es por no haber probado otra ninguna.
Así la gente, que habitó primero
En el mundo, que aun era simple infante,
Tuvo por dulce, y buen mantenimiento
Agua y bellotas : ya bellotas y agua
Es manjar y bebida de animales,

Por ser puestas en uso uvas y trigo.
Tú por ventura si una vez gustases
Cualquier mínima parte del contento,
Que goza un corazon amante amado,
Dijeras suspirando arrepentida:
Todo el tiempo se pierde,
Que en amar no se gasta:
¡O mis pasados años!
¡Cuantas prolijas noches,
Cuantos silvestres solitarios dias
He consumido en vano,
Que pudiera ocuparlos
En estos amorosos pasatiempos!
Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

SILVIA.

Cuando yo arrepentida suspirando
Esas palabras diga,
Que tú finges, y adornas á tu gusto,
Hácia sus fuentes volverán los rios,
Huirá el hambriento lobo del cordero,
El galgo de la liebre: amará el oso
El mar profundo, y el delfin los Alpes.

DAFNE.

Conozco ya la juventud esquiva:
Así cual eres tú, tambien yo he sido,
Así tambien gocé de gentileza,
De rostro hermoso, y de cabello rubio:
Así tuve cual tú los labios rojos,
Y en mis llenas mejillas delicadas
Mezclada así con el jasmin la rosa.
Acuérdome, que solo era mi gusto
(¡Qué simple gusto!) componer las redes,
Armar con liga la una y otra mata,
Dar nuevos filos en la piedra al dardo,
Y acechar de las fieras en el bosque
La cueva y huellas: y si vez alguna
Era mirada de lascivo amante,
Volvia la vista rústica y salvage
Al suelo con vergüenza desdeñosa,
Desplaciéndome entónces la hermosura
Tanto como á los otros agradaba;
Cual si fuera mi culpa ó mi deshonra
El ser vista, querida y deseada.
¿Mas qué no puede el tiempo? ¿Y qué no puede
Sirviendo, mereciendo y suplicando,

Hacer un importuno y fiel amante?
Vencida fuí, yo lo confieso, y fuéron
Del vencedor las armas,
Humildad, y contínuo sufrimiento,
Llanto, suspiros, y piadosos ruegos.
Mostróme en fin entónces
La oscura sombra de una breve noche
Lo que la luz de mil enteros dias
En largo tiempo no me habia mostrado.
Reprehendíme entónces de mi engaño,
Y simple ceguedad, y suspirando
Con voz alegre dije:
Toma allá, Cintia, tu bocina y arco,
Que desde aquí renuncio
Tu aljaba, flechas, ejercicio y vida.
Así tambien espero, que tu Aminta
Llegue á domesticar en algun dia
Esa tu condicion rústica y dura,
Y ablande en ese pecho
El intratable corazon de acero.
¿No es un gentil mancebo? ¿no te quiere?
¿Acaso no es querido de otras Ninfas?
¿Te dejó á ti por el amor de alguna,
O por el odio tuyo?

¿Pues en nobleza acaso le aventajas?
Si tú eres hija de Cidipe, y esta
Nació del Dios de nuestro noble rio;
El de Silvano es hijo, cuyo padre
Fué Pan, aquel gran Dios de los pastores.
No es ménos que tú (si te miras
Al espejo tal vez de alguna fuente)
La cándida Amarílis, y él desprecia
Sus afables caricias,
Y sigue tus desprecios desdeñosos.
Haz cuenta (y quiera el cielo que sea vana)
Que él, de tí desdeñado, al fin procura
Agradarse de aquella, que le adora:
¿Qué sentirás, me di? ¿con cuales ojos
Verás tu amante con ageno dueño,
Y ya en agenos brazos
Feliz y alegre estar de tí burlando?

SILVIA.

Haga Aminta de sí lo que gustare,
Y de su amor, que á mí me importa poco;
Y como no sea mio,
De quien quisiere sea,
Mas no será, no le queriendo, mio,
Y aunque él lo fuese, yo no seria suya.

DAFNE.

¿De donde nace tu aborrecimiento?

SILVIA.

De su amor solamente.

DAFNE.

Padre apacible de hijo riguroso:
¿Cuando se vió del corderillo manso
Nacer el tigre, ni del cisne el cuervo?
O á mi, Silvia, me engañas, ó á tí mesma.

SILVIA.

Aborrezco su amor, porque aborrece
Su amor mi honestidad: y amélo en tanto,
Que de mi quiso lo que yo queria.

DAFNE.

Tú quieres lo peor; y él te desea
Lo que á si mismo.

SILVIA.

Tú, mi Dafne, calla,
O habla de otra cosa, si pretendes
Que te responda.

DAFNE.

¡Qué desapacible,

Qué soberbia rapaza! dime al ménos,
¿Si otro alguno te amara,
Admitieras su amor desa manera?

SILVIA.

De aquesta misma admitiré á cualquiera
Insidiador de mi virgíneo pecho,
Que tú llamas amante, y yo enemigo.

DAFNE.

¿Juzgas por enemigo
Por ventura el carnero de la oveja?
¿El toro de la vaca?
¿Juzgas por enemigo
Al caro esposo de su tortolilla?
¿Juzgas por tiempo acaso
De enemistad y enojo
La dulce primavera,
Que agora alegre y verde
Enseña á amar el mundo, y animales,
Los hombres y mugeres? ¿Y no adviertes,
Como todas las cosas
En este tiempo estan enamoradas
De un amor apacible y provechoso?
Mira allí aquel palomo

Con que dulces arrullos y caricias
Besa á su compañera.
Oye aquel ruiseñor de ramo en ramo
Como salta cantando, yo amo, yo amo.
Púes la culebra (si es que no lo sabes)
Deja el venenó, y corre
Fervorosa al amante.
Siente de amor el tigre;
Ama el bravo leon: tú sola fiera
Mas que las fieras todas,
Le niegas en tu pecho acogimiento.
¿Mas qué digó leon, serpiente y tigre,
Que tienen sentimiento?
Tambien aman los árboles y plantas.
Mirar puedes la vid con cuanto afecto,
Y con cuantos abrazos repetidos
A su marido enlaza.
Ama un abeto al otro, el pino al pino,
El fresno al fresno; el sauce por el sauce,
Y una por otra haya arde y suspira;
Y si tuvieras tú de amor sentido,
Bien sus mudos suspiros entendieras.
¿Qué has de ser en efeto para ménos
Que las plantas, huyendo ser amante?

Muda, muda de intento,
Simplecilla de tí, que no te entiendes.

SILVIA.

Pues bien, cuando á las plantas
Oyere los suspiros,
Digo que entónces quiero ser amante.

DAFNE.

Tú recibes á burla mis consejos
Fieles, y así con mis palabras juegas.
¡O en amor sorda cuanto boba y necia!
Mas anda, vendrá tiempo en que de veras
De no haberlos seguido te arrepientas.
Y no te digo cuando irás huyendo
Las fuentes, donde agora te deleitas,
Cuando huirás las fuentes por el miedo
De verte ya tan arrugada y fea:
Bien que esto te avendrá, mas no te anuncio
Esto solo, que aunque es tan grave daño,
Es daño al fin comun: ¿no se te acuerda
Lo que Elpino cantaba el otro dia,
El sabio Elpino á su Licori hermosa?
¿La que en Elpino puede con los ojos

Lo que él debiera en ella con el canto,
¿Cuando el deber en el amor se hallara?
Pues lo contaba oyendo Bato y Tirsi,
De amor grandes maestros, en la cueva
De la Aurora, do encima de la puerta
Escrito está : Léjos de aquí profanos.
El dijo (y dijo, que se lo habia dicho
Aquel de ingenio grande,
Que cantó los amores y las armas,
Cuya zampoña le dejó muriendo)
Que hay una oscura cueva en el infierno
Allá donde los hornos de Aqueronte
Exhalan negro humo abominable,
Y que en aquesta con tormento eterno
De llanto y de *tinieblas* espantosas
Son castigadas merecidamente
Las mugeres ingratas y rebeldes.
Aguarda pues, que allí se te apareje
Albergue á tu fiereza, y será justo,
Que saque el humo llanto de unos ojos
Do la piedad jamas pudo sacarlo:
Sigue, sigue tu estilo,
Desconocida Ninfa y obstinada.

SILVIA.

¿Y qué le respondió Licori entónces
A tales cosas?

DAFNE.

Tú del propio hecho
Nada cuidas, é inquieres los agenos.
Con los ojos le dió respuesta.

SILVIA.

¿Como
Responder pudo con los ojos solos?

DAFNE.

Ellos á Elpino vueltos respondiéron
Con una dulce risa: tuyos *somos*,
Y el mismo corazon de la que miras,
Ni mas debes pedirle,
Ni mas te puede dar: y esto bastara
Por muy cumplido premio al casto amante,
Cuando él aquellos ojos
Juzgara verdaderos como bellos,
Y entera fe les diera.

SILVIA.

¿Y porqué no los cree?

DAFNE.

¿Luego no sabes
Lo que Tirsi escribió, cuando perdido
Sin seso, ardiendo anduvo por los campos
De tal manera, que á la par movia
Piedad y risa en Ninfas y pastores?
No fué lo que escribió digno de risa,
Si bien sus hechos, como ves, lo fuéron:
El escribió mil troncos, y con ellos
Creció la létra juntamente y versos,
Donde me acuerdo haber así leido:
Falsas lumbres, espejos engañosos
Del triste corazon, bien os conozco,
Y los engaños vuestros; ¿mas qué importa,
Si amor impide, que de vos me aparte?

SILVIA.

Yo estoy perdiendo el tiempo aquí en palabras,
Sin acordarme, que es el dia prescrito,
Que habemos de ir á la ordenada caza
Del encinal. Si te parece, Dafne,
Me espera en tanto que en la fuente lavo
El polvo, de que estoy toda cubierta

Desde ayer, por seguir un presto gamo,
Que al fin pude matar.

DAFNE.

Esperaréte,
Y aun yo quizá me bañaré contigo:
Mas quiero ir ántes á mi casería,
Pues hasta agora no parece tarde:
Espérame en la tuya, iré á buscarte,
Y en tanto piensa tú lo que te importa
Mas que la fuente y caza; y si no sabes,
Cree que no sabes, y á los sabios cree.

SCENA II.

AMINTA Y TIRSI.

AMINTA.

He visto al llanto mio
El mar, las piedras responder piadosas,
Y suspirar las hojas
He visto al llanto mio:
Mas no he visto jamas, ni ver espero
Compadecerse mi enemiga bella;
(Que no sé si muger la nombre, ó fiera)

Pero ya niega ser muger humana
La que piedad me niega,
No habiéndola negado
Hasta la dura inanimada piedra.

TIRSI.

Pace el cordero la menuda yerba,
Y el lobo se alimenta del cordero;
Más el amor de lágrimas se ceba,
Y sin jamas mostrarse satisfecho.

AMINTA.

Ay triste, que el amor bien satisfecho
Está ya de mi llanto; solo tiene
Sed de mi sangre, y quiero que mi sangre
El y mi ingrata con los ojos beban.

TIRSI.

Ay Aminta infeliz, ¿qué devaneas?
¿Que estás diciendo! Esfuérzate y conforta,
Que otra Ninfa hallarás, si te desprecia
Esta cruel.

AMINTA.

¿Como podré hallar otra?
Si hallarme á mí no puedo, y si yo mismo

Me perdí, qué ganancia
Adquiriré jamas que me contente?

TIRSI.

O misero zagal, no desesperes,
Que adquirirás la misma que deseas.
Sabe, que el tiempo largo enseña al hombre
Poner freno al leon y tigre hircana.

AMINTA.

Sí, pero el desdichado
No puede largo tiempo
Sostener la tardanza de su muerte.

TIRSI.

Será breve tardanza, porque en breve
Se enojan las mugeres, y se aplacan,
A quien naturaleza hizo mudables
Mas que la hoja al viento, y que la punta
De blanda espiga. Pero yo te ruego,
Que de lo oculto de tu triste estado
Me des noticia; que si bien me has dicho
Diversas veces, que de veras amas;
La causa de tu amor siempre callaste:
Y mi fiel amistad pienso merece,

Con el comun estudio de las Musas,
Que me descubras lo que á todos celas.

AMINTA.

Tirsi, yo soy contento de decirte
Lo que las selvas, montes, y los rios
Ya saben, y los hombres no lo saben,
Porque ya estoy tan cerca de mi muerte,
Que me importa dejar quien manifieste
De mi morir la causa, y que la imprima
En la corteza de una haya infausta,
Junto al lugar do yacerá mi cuerpo:
Donde tal vez pasando aquella ingrata,
Huelgue pisar los infelices huesos
Con el soberbio pie, y entre sí diga:
Este es mi triunfo: y de mirar se alegre,
Que ya es patente su victoria á todos
Los pastores vecinos y estrangeros,
Que allí traiga la suerte; y ser podria
(Mas mucho espero) se llegase un dia,
Que ella, aunque tarde, de piedad movida,
Llorase muerto al que quitó la vida.
Mas oye agora.

TIRSI.

Di, que bien te escucho,
Quizá con mejor fin, que tú no piensas.

AMINTA.

Siendo yo zagalejo,
Tanto que apénas con la tierna mano
Podia alcanzar de las primeras ramas
En los pequeños árboles el fruto,
Tuve pura amistad con una Ninfa
La mas amable y bella,
Que al viento dió jamas sus hebras de oro:
Bien conoces la hija de Cidipe,
Y del rico Montano, Silvia cara,
Honor de nuestras selvas,
Y ardor de nuestras almas, desta digo:
Viví con esta un tiempo tan unido,
Que entre dos tortolillas mas conforme
Fidelidad ni se verá, ni ha visto:
Eran nuestros albergues
Bien juntos, pero mas los corazones:
Conformes las edades,
Pero los pensamientos mas conformes:
Con ella muchas veces

Tendí la red á pájaros y á peces,
Seguí con ella el ciervo, el veloz gamo,
Y era comun la caza y el contento.
Mas miéntras de animales hacia presa,
Sin saber como, fuí yo mismo preso:
Poco á poco nació en el pecho mio
No sé de que raiz (como la yerba,
Que suele por sí misma ella nacerse)
Un incógnito afecto,
Que mi deseo movia
A ver siempre delante
Mi compañera Silvia,
Y de sus bellos ojos
Solia gustar una dulzura estraña,
Que al fin dejaba un no sé que de amargo,
Mil veces suspiraba, y no sabia
Cual fuese la ocasion de mis suspiros,
De manera, que fuí primero amante,
Que al Amor conociese: vine al cabo
Bien á entenderlo; mas el modo escucha
Y nota como fué.

TIRSI.

Debe notarse.

AMINTA.

De un álamo á la sombra Silvia y Filis,
Y yo junto con ellas,
Huyendo el sol estábamos un dia,
Cuando una abeja, que ligera andaba
Su miel cogiendo en los floridos prados,
A Filis fué volando,
Y en la mejilla hermosa,
Mas fresca, y mas rosada que la rosa,
A nuestros ojos le picó atrevida:
(Quizá engañada con la semejanza
Creyó que fuese flor) entónces Filis
Como impaciente comenzó á quejarse
De la aguda picada;
Pero mi bella Silvia dijo, calla,
Calla, no te lamentes, Filis mia,
Que con palabras, que yo sé de encanto,
Te quitaré el dolor: este secreto
Supe de Aresia Maga, y le dí en trueco
Mi cuerno de marfil y engasta de oro.
Esto diciendo, avecinó los labios
De aquella dulce boca á la mejilla
Herida, y blandamente murmurando

Dijo no sé que versos, y al momento
(Maravilloso efecto) sintió Filis
Quitársele el dolor; ó fué la fuerza,
Y virtud de las mágicas palabras,
O como yo presumo,
La virtud de la boca,
Que sana lo que toca.
Pues yo que hasta entónces
Otra ninguna cosa deseaba
Que la agradable lumbre de sus ojos,
Y sus palabras dulces, mas suaves
Que el lento murmurar de un arroyuelo,
Que rompe el curso entre menudas guijas,
Y el resonar de Céfiro en las hojas;
Entónces me encendió nuevo deseo
De juntar á los suyos estos labios:
Y con mayor astucia, y mas aviso,
Que nunca habia tenido (mira cuanto
El amor sutiliza nuestro ingenio)
Se me ofreció un engaño, con que en breve
Llegar pudiese á conseguir mi intento.
Y fué de esta manera, que fingiendo
Me habia picado otra molesta abeja
El labio bajo, comenzé á quejarme,

De suerte, que el remedio que la lengua
No demandaba, el rostro le pedia.
La simplecilla Silvia
Piadosa de mi mal, se ofreció luego
Con el remedio á la engañosa herida,
Y hizo (¡ay triste!) mucho mas crecida,
Y mas mortal mi herida verdadera,
Cuando llegó sus labios á los mios.
No suelen las abejas
Coger tan dulce miel de flor alguna,
Como yo entónces de sus frescas rosas,
Aunque el vivo deseo,
Que ardiente me incitaba á humedecerlas,
Se abstuvo de temor y de vergüenza,
Siendo mas lento, y ménos atrevido.
Mas miéntras descendia
Al corazon la gran dulzura, mista
De un secreto veneno;
Tanto regalo deste bien sentia,
Que fingiendo no habérseme del todo
Pasado aquel dolor, hice de suerte,
Que ella mas veces repitió el encanto.
De allí adelante de manera anduvo
Creciendo mi impaciencia y mi deseo,

Que como ya en el pecho no cupiesen,
Por fuerza hubiéron de salir: y un dia,
Que en cerco se sentaban muchas Ninfas;
Y Pastores, haciendo un juego nuestro,
Que cada uno por órden le decia,
En la oreja un secreto al mas vecino;
Le dije á Silvia: yo por tí me abraso,
Y moriré, si tú no me remedias.
A estas palabras inclinó su rostro,
Y de improviso le tiñó de rojo,
Dando señales de vergüenza y rabia.
No tuve otra respuesta, que un silencio
Mudo, turbado, y lleno de amenazas:
Quitóse de allí luego, y nunca quiso
Mas hablarme, ni verme. Y ya tres veces
Ha el segador cortado las espigas,
Y tantas el invierno ha despojado
Los verdes bosques de sus frescas hojas,
Y todos los caminos he tentado
Por aplacarla, fuera de la muerte.
Morir me falta en fin por aplacarla,
Y moriré en buen hora, como entienda,
Que he de causarle sentimiento ó gozo:
Ni sé cual quiera mas destas dos cosas,

Bien fuera la piedad mas rico premio
De mi fe verdadera,
Y mayor recompensa de mi muerte;
Mas no debo querer cosa que turbe
La luz serena de sus ojos bellos,
Ni que moleste aquel hermoso pecho.

TIRSI.

¿Es posible que Silvia, si te oyese
Palabras semejantes, no te amase?

AMINTA.

No lo sé, no lo creo;
Mas huye mis palabras,
Cual áspid el encanto.

TIRSI.

Pues confia,
Que el corazon me dice,
Que he de ser poderoso á que te escuche.

AMINTA.

O nada alcanzarás, ó cuando alcances
Al fin, que yo le hable,
Yo sé que nada he de alcanzar hablando.

TIRSI.

¿Porqué así desesperas?

AMINTA.

Desespero
Con justa causa, porque el sabio Mopso
Ya me pronosticó mi dura suerte,
Mopso, que entiende el canto de las aves,
La virtud de las yerbas, y las fuentes.

TIRSI.

¿De cual Mopso me dices, del que tiene
En la lengua melosas las palabras,
Un amigable término en los labios,
Y engaños y traiciones en el pecho?
Ora está de buen ánimo, que todos
Los pronósticos suyos infelices,
Que entre ignorantes vende con su falsa
Severidad, jamas tienen efecto;
Y de experiencia sé lo que te digo:
Antes por eso solo, que él te anuncia,
Me atrevo á segurarte un fin dichoso
En tus amores.

AMINTA.

Pues si sabes cosa
Que aliente mi esperanza, no la calles.

TIRSI.

Dirételo en buen hora : á los principios,
Que me trajo la suerte en estos bosques,
Ese hombre conocí, del cual juzgaba
Lo que tú juzgas : una vez, en tanto,
Me vino gusto de ir donde su asiento
Tiene la gran Ciudad cerca del rio;
Y primero, tratándolo con este,
Me dijo así : tú irás á la gran tierra,
Donde el astuto vulgo, y cortesanos
Soberbios é insolentes, muchas veces
Hacen pesadas burlas de nosotros,
Como de gente rústica y salvage;
Así, vé sobre aviso, no te acerques
Mucho á las sedas de color, ni al oro,
Nuevos trages, divisas, ni penachos
Y sobre todo guárdate no veas,
Por mala suerte, ó juvenil descuido,
La casa de los chismes y las charlas :
Huye aquel encantado alojamiento.
¿ Qué puesto es ese? pregunté; y él dijo :
Aquí habitan las magas, que encantando
Hacen que se trasoiga, y se trasvea :

Lo que parece de diamante y oro,
Es vidrio y cobre : aquellas ricas arcas,
Que juzgarás muy llenas de tesoro,
Espuertas son de viles trastos llenas :
Aquí están las paredes con grande arte,
Que hablan y responden al que habla,
Y no responden la palabra escasa,
Cual eco suele por las selvas nuestras ;
Mas la replican toda entera, entera
Y aun aumentada de lo que otro dice :
Hasta las sillas, mesas, y las bancas,
Los escaños, las camas, las cortinas,
Y el mas adorno de la casa, todos
Tienen su lengua y voz, y siempre gritan :
Las charlas, en figura de rapazas,
Andan triscando, que si entrase un mudo,
Un mudo á su despecho charlaria.
Mas este es, hijo, el mas ligero daño
Que te avendrá, tu puedes trasformado
Quedar en sauce, en fiera, en agua, ó fuego,
Agua de llanto, y fuego de suspiros.
Así me dijo, y yo me fuí con este
Pronóstico infeliz á mi Ferrara;
Y como quiso Dios benigno, acaso

Un dia, pasé por el feliz albergue,
De donde dulces y canoras voces
Salian de Cisnes, Ninfas y Sirenas:
De Sirenas celestes, y salia
Un blando, y claro son, con tal dulzura,
Que atónito, gozando y admirando,
Embebecido me paré un gran rato.
Estaba encima de la puerta un hombre
De semblante magnánimo y robusto,
Como por guarda de tan gran belleza,
Del cual, segun pude entender, se duda
Si es mejor Capitan que Caballero:
El, con afable y grave cortesía,
Siendo un ilustre Príncipe, yo humilde
Bajo Pastor, me convidó á que entrase.
¡O lo que vi! ¡lo que sentí yo entónces!
Yo vi celestes Dioses, Ninfas bellas,
Nuevas lumbres purísimas, y Orfeos,
Y otros hallé tambien sin velo, ó nube:
La Aurora vi, cual suele aparecerse
Ante los inmortales, esparciendo
Sus rayos de oro, y su rocío de plata:
Vi fecundando relucir en torno
A Febo, y á las Musas, y acogido

Elpino entre estas; y en aquel instante
Sentí mas grande hacerme de mí mismo,
Lleno de gran virtud, lleno de nueva
Deidad: luego cantando héroes, y guerras,
Desdeñé el pastoril rústico verso.
Y aunque despues por gusto ageno vine
Otra vez á las selvas, no por eso
Dejé de sostener alguna parte
De aquel altivo espíritu: no suena
Ya mi zampoña humilde cual solia,
Sino con voz mas alta y mas sonora,
Emula de la trompa, hinche las selvas.
Despues oyóme Mopso, y con malvada
Vista mirando, me aojó, que ronco
Vine á quedar, de que callé gran tiempo:
Pensaban los Pastores, que me hubiese
El lobo visto, y era Mopso el lobo.
Esto te he dicho, porque entiendas cuanto
Crédito debe darse á lo que dice:
Tú, Aminta, puedes esperar sin duda,
Por solo que este quiere, que no esperes.

AMINTA.

Mucho me alegra todo lo que cuentas:

A tí el cuidado, Tirsi, te remito
Desta mi vida.

TIRSI.

Yo tendré el cuidado,
Y tú me espera aquí dentro de una hora.

CORO DE PASTORES.

¡O bella edad del oro venturosa!
No porque miel el bosque destilaba,
Y de las fuentes leche se vertia;
No porque dió sus frutos abundosa
La tierra, que el arado no tocaba,
Ni venenosa sierpe consentia;
Ni porque relucia
Sin tristes nubes el sereno cielo,
Y siempre era templada primavera,
Que ya no persevera;
Mas la destemplan el calor y el yelo,
Ni llevó nave á la estrangera tierra,
La vil codicia, ó la sangrienta guerra.
Mas solo porque entónces este vano,
Vano y fingido nombre sin sugeto,
Este ídolo de errores engañoso,
A quien la urbanidad y el vulgo insano

Llamó despues honor, y es en efeto
De la naturaleza opuesto odioso,
No mezcló malicioso
Su afan en los dulcísimos amores,
Ni de su dura ley tan importuna
Tuvo noticia alguna
Aquella libre escuadra de amadores,
Mas de una natural, que consentia,
Fuese lícito aquello que placia.
Entónces por el agua y por las flores
Iban con dulces bailes retozando
Los Cupidillos sin aljaba ó lazo:
Sentábanse las Ninfas y Pastores:
Caricias mil al razonar mezclando,
Y á las caricias uno y otro abrazo:
De velo, ni embarazo
Jamas cubrió sus rosas encarnadas
La pastorcilla, ni la pura frente,
Desnudó juntamente
Su blanco pecho y pomas delicadas:
Y á menudo en el agua detenida
Triscar se vió el amante y su querida.
Tú, honor, fuiste el primero que negaste
La fuente de deleites tan copiosa,

Y á la sed amorosa la escondiste :
Tú á los hermosos ojos enseñaste
A encubrir en sí mismos temerosa
La viva luz, que en su belleza asiste :
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro, que trataba el viento;
Y tú pusiste el ademan esquivo
Al proceder lascivo,
Freno á la lengua, y arte al movimiento :
Efecto (o vil honor) es solo tuyo,
Que el don de amor se llame hurto suyo.

Y suelen ser tus célebres hazañas
Las penas del que oprimes á tus leyes.
Mas tú, señor de la naturaleza,
Y del amor, tú que sujetas Reyes,
¿ Que pretendes oculto entre cabañas,
Donde caber no puede tu grandeza ?
Allá con la nobleza
Vete á turbar el sueño al preeminente,
Deja sin tí nuestros humildes pechos
En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos, que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.

Amemos, que el sol muere, y luego nace:
A nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del dia,
Y el sueño eterna noche nos envia.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

SATIRO.

Es pequeña la abeja por extremo,
Y con sus breves armas, cuando pica,
Hace molesta y grave la herida:
¿ Mas qué cosa tan breve y tan pequeña
Como el amor? que en todo breve espacio
Entra y se esconde, ya en la sombra escasa
De unas pestañas; ya entre las primeras
Sutiles hebras de un cabello rubio;
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñez tan mínima le vemos
Hacer mortales incurables llagas.

¡Triste de mi¡ que es todo llaga y sangre
Mi corazon y entrañas; mil dardos
Puso el Amor en los airados ojos
De Silvia. Crudo Amor, ingrata Silvia,
Mas cruda y mas ingrata, que las selvas,
¡O como te compete el nombre, y como
Quien tal nombre te puso, lo entendia!
La selva encubre al oso, tigre, y *sierpe*
En su arboleda verde; y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y odio,
Fieras mayores, que oso, tigre y sierpe;
Que aquellas suelen aplacarse, y estas
No se aplacan por dádivas, ni ruegos.
Tú, cuando te presento flores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro mas hermosas flores:
Pues si te traigo las manzanas frescas,
Tú las desdeñas, arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás mas bellas:
Cuando te ofrezco los panales dulces,
Altiva los ultrajas, por ventura
Por ser mas dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa, que no haya en tí mas dulce y bella,

Á mí mesmo te doy : ¿porqué desprecias
Y aborreces el don? que nó merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré, cuando callado el viento
Sus claras ondas serenaba un día.
Este mi rostro de color sanguino,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho,
Y vedijudos muslos, son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo.
¿Qué piensas tú hacer destos donceles,
Apénas florecido el blando bozo
En sus mejillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mugeres son aquestos en semblante,
Y en obras : dile á alguno, que te siga
Por selva y monte, y que por tí combata
Contra el valiente jabalí y el oso.
No soy pues malo yo, ni tú me dejas
Por la forma que tengo, sino solo
Por mi pobreza : en fin las caserías
Siguen de las ciudades el ejemplo:
Sin duda alguna el siglo de oro es este,
Pues solo vence el oro, y reina el oro.

¡O tú quien fuiste el inventor primero
De vender el amor! maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos frios,
Y no alcancen jamas Pastor ó Ninfa,
Que pasando les diga, hayais descanso;
Mas los bañe la lluvia, y mueva el viento,
Y con inmundo pie todo ganado
Los huelle, tú primero envileciste
La nobleza de amor, y su dulzura
Alegre convertiste en armargura.
Amor vendible, amor siervo del oro
Es el monstruo mas vil y abominable,
Que el mar y tierra engendran y producen.
¿Mas para qué me quejo al aire en vano?
Usa las armas cada cual, que expuestas
Le dió naturaleza á su defensa:
Usa los pies el ciervo, el leon las garras,
El jabalí el colmillo; así son armas
De la muger, beldad y gentileza.
¿Pues como yo al presente no me valgo
De mi ferocidad para defensa
De mi salud, pues la naturaleza
Apto me hizo á la violencia y robo?
Yo me quiero robar lo que me niega

Esta enemiga, y al amor ingrata.
Pues como agora me contó un cabrero,
Que sabe sus costumbres, ella suele
Refrescarse á menudo en una fuente,
Y me enseñó el lugar: pienso esconderme
En él entre los céspedes y ramas,
Aguardando á que venga: y como vea
Buena ocasion, me arrojaré tras ella.
¿Qué puede contrastar una mozuela
Con la débil carrera, ó con los brazos
Contra mí, tan ligero y poderoso?
Llore, suspire, oponga toda fuerza
De piedad ó hermosura; que si puedo
Revolver esta mano á su cabello,
De allí no irá, sin que primero tiña
Por venganza mis armas de su sangre.

SCENA II.

DAFNE Y TIRSI.

DAFNE.

Como te dije, Tirsi, ya yo vía,
Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
Como le he hecho siempre buen oficio,

Y agora con mas gusto he de hacerle,
Porque los ruegos túyos intervienen.
Mas ántes me atreviera, te prometo,
A domar un novillo, un tigre, un oso,
Que una rapaza destas simple y boba,
Tan boba, como bella; que no advierta
Cuan ardientes y agudas son las armas
De su belleza, y con el llanto y risa
A muchos mate, y del herir no entienda.

TIRSI.

¿Qué muger hay tan simple, que en saliendo
De las mantillas, ya no aprenda el arte
De contentar, y parecer hermosa,
De matar agradando, y saber cuales
Armas pueden herir, y cuales matan,
Y cuales dan salud y resucitan?

DAFNE.

¿Quien es maestro de tan grandes artes?

TIRSI.

Tú finges, y me tientas : el que enseña
El canto y vuelo á las ligeras aves,
El nadar á los peces, el encuentro
A los carneros, á los bravos toros

Usar del cuerno, y al pabon soberbio
Tender la pompa de bizarras plumas.

DAFNE.

¿ Cual es el nombre suyo?

TIRSI.

El nombre es Dafne.

DAFNE.

¡O falsa lengua!

TIRSI.

¿ Luego tú no bastas
A dar á mil discípulas escuela?
Aunque á decir la verdad, bien poca falta
Les hace otro maestro: su maestra
Es la naturaleza, y á las veces
Tambien la madre y ama alcanzan parte.

DAFNE.

Tú eres en suma malicioso, Tirsi:
Pues yo te sé decir, que no resuelvo,
Si es ya tan boba Silvia, y tan sencilla,
Como en sus hechos y palabras muestra,
Ví ayer cierta señal, y esta me puso
En mucha duda: yo la hallé cercana

A la ciudad, donde sus anchos prados
Tienen entre lagunas una isleta
Con un estanque transparente y limpio;
Allí la ví, toda pendiente el cuerpo,
De suerte, que mostraba deleitarse
De mirar á sí mesma, y le pedia
Consejo al agua, como dispondria
Por cima de la frente su cabello,
Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
Diversas flores, que tenia en la falda.
De allí sacaba la azucena y rosa,
Y la llegaba á su purpúreo rostro,
Y á su cándido cuello, cotejando
Las colores, y luego muy ufana
De la vitoria, un tanto se reia,
Como diciendo: yo en efeto os venzo,
No os traigo aquí por ornamento mio,
Mas solo os traigo por vergüenza vuestra,
Y por mostrar, que os llevo gran ventaja.
Mas miéntras se adornaba y componia,
Volvió los ojos bien acaso, y viendo
Como yo la miraba, de vergüenza
Se alzó del suelo, y derramó las flores.
Cuanto mas yo de verla me reia,

Mas ella de mi risa se encendia:
Y porque estaba descompuesto en parte
Su cabello y en parte recogido;
Dos ó tres veces revolvió los ojos
Hácia la fuente consejera á hurto,
Como temiendo ser de mi entendida:
Miróse descompuesta, mas con todo
Se satisfizo, que se vió muy bella,
Si descompuesta: yo entendílo todo,
Pero callé.

TIRSI.

Tú me refieres, Dafne,
Lo que he pensado siempre: ¿no lo dije?

DAFNE.

Bien lo dijiste; mas á todos oigo,
Que no fuéron las Ninfas y Pastoras
Tan entendidas ántes, ni yo tuve
Tal juventud: el mundo se envejece,
Y en la vejez se aumenta su malicia.

TIRSI.

Quizá entónces no usaban tantas veces
Los ciudadanos ver el campo y selvas,
Ni tantas veces nuestras zagalejas

Entrar en la ciudad : ya están mezclados
Linages y costumbres. Mas dejando
Agora estos discursos; ¿ nó harias
Por conformar á Silvia en que le hablase
Aminta solo, ó tú delante, un dia?

DAFNE.

No sé : Silvia es esquiva por extremo.

TIRSI.

Y Aminta por extremo comedido.

DAFNE.

Pues no hará nada comedido amante :
Tú le aconseja, que á otra cosa atienda,
Si es de ese humor. El que saber quisiere
De amar, deje respetos, ose y pida,
Solicite, importune; y si no basta
Tome lo que pudiere : ¿ tú no sabes
De la muger la condicion precisa?
Huye, y huyendo, quiere que la alcancen;
Niega, y negando, quiere que la apremien:
Lucha, y luchando, quiere que la venzan.
Ya sabes, Tirsi, que de tí me fio,
Porque en silencio guardes lo que digo.

TIRSI.

No hay ocasion por que de mí sospeches,
Que jamas diga cosa, que te ofenda:
Mas ruégote, mi Dafne, por la dulce
Memoria de tus años juveniles,
Me favorezcas, ayudando á Aminta
Mísero, que perece.

DAFNE.

¡Qué conjuro
Tan gentil ha buscado este inocente!
La juventud me trae á la memoria:
El bien pasado es el presente enojo.
¿Pues qué dices que haga?

TIRSI.

No te falta
Ingenio, ni consejo; basta solo,
Que á querer te dispongas.

DAFNE.

Ora sabe,
Que vamos Silvia y yo, dentro de un rato,
A la fuente, que llaman de Diana,
Allá donde aquel plátano da sombra

Al agua dulce, y al lugar convida
Las Ninfas cazadoras; en aqueste
Es cierto ha de lavar sus miembros bellos.

TIRSI.

Pues bien.

DAFNE.

¿Como pues bien? ¡qué mal entiendes!
Si en tí cabe discurso, eso te basta.

TIRSI.

Ya entiendo; mas no sé si ha de atreverse
El á tanto.

DAFNE.

Pues si él no ha de atreverse,
Estése así, y aguarde á que lo busquen.

TIRSI.

El es por cierto tal, que lo merece.

DAFNE.

¿Pero nosotros no hablarémos algo
De tí mismo? ¿Di, Tirsi, tú no quieres
Enamorarte? pues aun eres mozo,
Que no serán tus años veinte y nueve,
Y ayer te conocimos bien criatura:

Has de vivir ocioso y sin contento?
Que solo sabe de placer el que ama.

TIRSI.

No desecha de Vénus los placeres
Quien se retira del Amor; mas goza
El dulce del Amor sin el amargo.

DAFNE.

Es desabrido dulce al que le falta
Mezcla de algun amargo, y luego cansa.

TIRSI.

Mas vale pues hartarse,
Que estar siempre hambriento.

DAFNE.

No ya con el manjar que se posee;
Y cuanto mas se gusta, mas agrada.

TIRSI.

¿Quien es tan poseedor de lo que gusta,
Que á todas horas pueda
Hallarlo expuesto á su apetito y hambre?

DAFNE.

¿Mas quien halló jamas lo que no busca?

TIRSI.

Es peligro buscar lo que adquirido,
Causa breve contento,
Y no adquirido, mucho mas tormento.
Hasta que llantos y suspiros falten
En el amor y su tirano reino,
Tirsi no ha de volver á ser amante:
Ya basta lo que tengo padecido,
Otro fiel amador hará su parte.

DAFNE.

Mas no tienes gozado lo que basta.

TIRSI.

Ni gozarlo deseo,
Si tan caro se compra.

DAFNE.

Amar te será fuerza, si no gusto.

TIRSI.

No me pueden forzar, estando léjos.

DAFNE.

¿Quien está léjos del Amor?

TIRSI.

Quien huye.

DAFNE.

¿Y qué importa que huyas de sus alas?

TIRSI.

Tiene al nacer Amor las alas cortas,
Que apénas le sustentan,
Y así no las estiende á todo vuelo.

DAFNE.

Pues no conoce el hombre cuando nace;
Y cuando lo conoce, es grande y vuela.

TIRSI.

No, si otra vez no ha visto como nace.

DAFNE.

Ora verémos si tus ojos huyen,
Como dices: y luego te protesto
(Ya que presumes tanto de ligero),
Que cuando te veré pedirme ayuda,
No moveré por ayudarte un paso,
Un solo dedo, una pestaña sola.

TIRSI.

Bravo rigor, ¿qué me podrás ver muerto?
Pues, Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiéreme tú, y estamos concertados.

DAFNE.

Tú me burlas en fin, y por ventura
No me mereces por amante : ¡ay cuantos
Engaña un rostro colorado y liso!

TIRSI.

No burlo á fe; mas ántes me parece,
Que con esa protesta me desechas,
Cual hacen todas; ¿pero qué remedio?
Viviré sin amor, si no me quieres.

DAFNE.

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive,
Que en ocio tal siempre el amor se engendra.

TIRSI.

O Dafne, en esta ociosidad me ha puesto
El que en las selvas como á *Dios* honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno al otro mar, por las campañas
Estendidas, alegres y fecundas,
Y las alpestres cumbres del Apenino:
El dijo así, cuando me hizo suyo:
Tirsi, ahuyenten otros los ladrones,
Y los lobos, guardando mis rebaños:

Reparta otro los premios y las penas
A mis ministros: otros apacienten
Mis ganados: en fin otro conserve
La lana y leche, y otro la despenda;
Agora canta tú, que estás ocioso.
Así será razon, que no le burle
Con mundanos amores, sino cante
Los abuelos de aqueste verdadero
(No sé si Apolo ó Júpiter lo llame,
Que á ámbos parece en el aspecto y obras),
Abuelos de mayor merecimiento,
Que el gran Saturno y Celo. Agreste Musa
A mérito real; mas no por eso
Que suene clara ó ronca, la desprecia.
De su mismo sugeto nada canto,
Porque no puedo dignamente honrarlo,
Sino con el silencio y reverencia:
Mas no faltan jamas en sus altares
Las flores de mi mano: ni los fuegos
De inciensos olorosos y suaves,
Ni faltará en mi pecho esta devota,
Y pura religion, hasta que vea
Pacer el aire por el aire el ciervo,

Y que mudado el curso de los rios,
Beba la Sona el Persa, el Franco el Tigris.

DAFNE.

Tú vas muy alto; ora desciende un poco
Al propósito nuestro.

TIRSI.

El punto es este,
Que en estando en la fuente tú con *Silvia*,
Procures ablandarla, y yo entretanto
Procuraré que Aminta vaya; y pienso,
Que no es ménos difícil que la tuya
Mi diligencia. Ve en buen hora.

DAFNE.

Voyme,
Pero nuestro propósito no era ese.

TIRSI.

Si bien diviso desde aquí su rostro,
Allí parece Aminta, él es sin duda.

SCENA III.

AMINTA y TIRSI.

AMINTA.

Veré si ha hecho Tirsi alguna cosa;
Porque si nada ha hecho,
Antes de consumirme he de matarme
Ante los ojos mismos de la ingrata;
Que pues le agrada tanto
Deste mi corazon la viva llaga,
Agudo golpe de sus ojos bellos;
Tambien debe agradarle
La llaga de mi pecho,
Golpe furioso de mis propias manos.

TIRSI.

Nuevas te traigo, Aminta, de consuelo;
Bien puedes ya dejar tanto lamento.

AMINTA.

Ay Tirsi, ¿qué me dices?
¿Traes la vida ó la muerte?

TIRSI.

Traigo salud y vida, si te atreves

A acometerlas; pero ve dispuesto
A ser un hombre, Aminta,
A ser un hombre de ánimo resuelto.

AMINTA.

¿Como, y con quien el ánimo me importa?

TIRSI.

Si estuviese tu Ninfa en una selva,
Que cercada de altísimos peñascos,
Diese albergue á los tigres y leones,
¿Fueras allá?

AMINTA.

Fuera seguro y pronto,
Mas que en la fiesta zagaleja al baile.

TIRSI.

Y si estuviese entre ladrones y armas,
¿Fueras allá?

AMINTA.

Fuera resuelto y presto,
Mas que á la fuente el ciervo caluroso.

TIRSI.

Mayor empresa importa que acometas.

AMINTA.

Iré por medio el rápido torrente,
Cuando la nieve desatada en agua
Al mar se precipita : iré por medio
Del vivo fuego, y al infierno mismo,
Cuando en él estuviese : si ser puede
Infierno donde está cosa tan bella.
Descubre, acaba, lo que pasa.

TIRSI.

Escucha :
Silvia te espera agora en una fuente,
Desnuda y sola : irás allá ?

AMINTA.

¿ Qué dices ?
¿ Silvia me espera á mí, desnuda y sola ?

TIRSI.

Sola con Dafne, que es de nuestra parte.

AMINTA.

¿ Y desnuda me espera ?

TIRSI.

Desnuda digo : mas...

AMINTA.

¡Ay triste! acaba:
¿Qué mas, Tirsi? tú callas, tú me matas.

TIRSI.

Mas no sabe que has de ir allá.

AMINTA.

Terrible,
Y fiera conclusion, que ya en veneno
La dulzura pasada me convierte.
Cruel, ¿con cual estudio me atormentas?
¿Tan poco desdichado te parezco,
Que aumentar quieres la miseria mia?

TIRSI.

Has tú mi parecer, serás dichoso.

AMINTA.

¿Qué me aconsejas?

TIRSI.

Que pasar no dejes
La dicha que te ofrece la fortuna.

AMINTA.

Dios no permite que jamas yo intente
Cosa que la disguste; ni yo supe

Hacer cosa jamas contra su gusto,
Sino es amarla : y el amarla es fuerza,
Fuerza de su hermosura, y no mi culpa.
Así no se verá, que en cuanto pueda
No procure agradarla.

TIRSI.

Ora responde :
¿ Si potestad tuvieras
Para dejar de amarla,
Dejárasla de amar, por agradarla?

AMINTA.

Ni tal cosa consiente Amor que diga,
Ni que imagine ver en tiempo alguno
El dejarla de amar, aunque pudiese.

TIRSI.

Desa manera á su pesar la amaras,
Pudiendo no quererla.

AMINTA.

No fuera á su pesar, mas la amaria.

TIRSI.

Sin su gusto en efeto.

AMINTA.

Si por cierto.

TIRSI.

¿Pues como sin su gusto no te atreves
A aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin, que le será agradable.

AMINTA.

Ay, Tirsi amigo! Amor por mí responda,
Que á referir no acierto
Lo que me dice el corazon: tú agora
Estás muy diestro, por el uso grande,
En razonar de amor, á mí me liga
La lengua aquello mismo,
Que el corazon me liga.

TIRSI.

¿No irémos en efecto?

AMINTA.

Iré sin duda,
Más no donde tú piensas.

TIRSI.

¿Pues á donde?

AMINTA.

Iré á morir, si no has hecho
Mas de lo que me dices.

TIRSI.

¿Y esto es poco?
¿Crees tú, que Dafne nos aconsejara
Ir á la fuente, cuando no entendiera
De Silvia el pecho? por ventura Silvia
Sabe el concierto, y no querrá se entienda,
Que sabiéndolo calla. Si tú buscas
Hasta el consentimiento suyo expreso,
Buscas derechamente disgustarla:
Y siendo asi, ¿qué es este tu deseo,
Que tienes de servirla y complacerla?
Y si ella aguarda, que tu dicha alegre
Se adquiera solo por tu industria á hurto,
Sin que ella de su mano te la ofresca;
Por tu vida me di, ¿qué mas te importa
Este modo, que aquel?

AMINTA.

¿Quien me asegura
Ser esa su intencion y su deseo?

TIRSI.

O simple, ves aquí que al fin procuras
La certeza, que á Silvia le desplace,
Y desplacerle justamente debe,

Cual tú debieras no buscarla : ¿y donde
Tienes quien te asegure lo contrario?
Si ella así lo pensase, y tú no fueses
(Pues que la duda y riesgo son iguales),
¿Será mejor morir como animoso,
Que como vil? tú callas, tú conoces,
Que estás vencido; agora me concede
Esta pérdida tuya, que yo pienso
Ha de ser causa de mayor victoria.
Vamos, Aminta, vámonos.

AMINTA.

Espera.

TIRSI.

¿Como espera? ¿No ves que el tiempo huye?

AMINTA.

Miremos ántes si esto debe hacerse,
Y en que manera.

TIRSI.

Todo lo que falta
Podemos ver por el camino mesmo;
Mas nada hará quien muchas cosas mira.

CORO.

Amor, ¿de qué maestro,
En cual oculta escuela
Se aprende esa tu larga
Arte de amar incierta?
¿Quien del entendimiento
Declara las ideas,
Cuando con alas tuyas
Al mismo cielo vuela?
No lo explicó el Liceo;
No la famosa Aténas,
Y en Elicona docta
Ni Febo lo demuestra,
Que si de amor discurre,
Parece que le enseñan;
Corto razona y frio
Con perezosa lengua.
No tiene voz de fuego,
Que á tu primor competa,
Ni á sus misterios altos
Sus pensamientos llegan.
Tú, Amor, eres el digno
Maestro de tu ciencia;

Y tú solo á tí mismo
Te explicas é interpretas.
Tú enseñas al mas rudo,
Que en unos ojos lea
Lo que tu mano escribe
Con amorosas letras.
A los amantes fieles
Desatas tú la lengua
En delicado estilo
Con elegancia extrema.
Y á mucho mas se estiende,
Amor, tu sutileza:
¡Raro saber, y estraña
Manera de elocuencia!
Que á veces con palabras
Confusas y imperfectas,
Un corazon amante
Sus sentimientos muestra,
Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y aun el silencio mismo
A veces habla y ruega.
   Amor, lea quien quisiere
Socráticas sentencias,

Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia.
  Y humillará sus versos
El mas alto poeta,
Con pluma sabia escritos
En doctas Academias,
  Junto á los que imprimiere
Mi pastoril rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

TIRSI Y CORO.

TIRSI.

¡ O extremo de crueldad ! ¡ o ingrato pecho !
¡ O ingrata Ninfa ! ¡ o tres y cuatro veces
Muger ingrata ! Y tú naturaleza,
Negligente maestra, ¿ porqué solo
En el rostro pusiste á las mugeres,

Y en lo aparente, cuanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesía,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay jóven triste y mísero! sin duda
Se habrá dado la muerte: él no parece.
Bien ha tres horas que le busco, y busco
En donde le dejé, y en los contornos,
Sin hallarle, ni rastro de sus pasos:
¡Ay que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante estan unos pastores,
Ir quiero á ver si sabe de él alguno.
Decid, amigos, ¿quien ha visto á Aminta
Acaso, ó sabe de él alguna nueva?

CORO.

Tirsi, paréceme que estás turbado;
¿Qué causa te molesta y te fatiga?
¿De qué son estas ansias y sudores?
¿Hay algun mal? por Dios que lo sepamos.

TIRSI.

Temo del mal de Aminta: ¿habeisle visto?

CORO.

No le hemos visto desde que contigo
Ha buen rato partió; ¿pero qué temes?

TIRSI.

No se haya muerto él mismo de su mano.

CORO.

¿El muerto de su mano? ¿por qué causa?
¿Qué ocasion hallas?

TIRSI.

El amor y el odio.

CORO.

Dos poderosos enemigos juntos,
¿Qué no pueden hacer? habla mas claro.

TIRSI.

El amar una Ninfa por extremo,
Y el ser de ella en extremo aborrecido.

CORO.

Cuenta el caso te ruego, y entretanto
(Este es lugar de paso) por ventura
Vendrá alguno, que de él nos dé noticia,
Y aun puede ser que él mismo llegue.

TIRSI.

Pláceme de decirlo, que no es justo,
Que ingratitud tan grande y tan estraña

Se quede sin la infamia que merece.
Tuvo noticia Aminta (y yo fui triste
Quien noticia le dí, ya me arrepiento)
Que Silvia y Dafne en una fuente habian
De ir á bañarse; y hácia allá en efeto
Se encaminó, movido solamente,
No de su voluntad, mas de mi pura
Persuasion importuna; pues mil veces
Quiso volverse atras, y á pura fuerza
Yo lo detuve, y lo llevé adelante.
Llegábamos ya cerca de la fuente,
He aquí cuando sentímos de improviso
Un femenil lamento, y juntamente
Vimos á Dafne, que batia las palmas;
La cual, como nos viese, alzando el grito,
¡Ay! dijo, socorred, que á Silvia ultrajan.
Luego que oyó su enamorado Aminta
Estas palabras, aventóse al campo
Furioso come un pardo, y yo seguílo:
Cuando vemos ligada con un árbol
La bella Ninfa, cual nació, desnuda;
Y su cabello, su cabello mismo
Servia de cuerda, y á la planta envuelto
Estaba con mil nudos; y su cinto,

Que fué del seno virginal custodia,
De aquella ofensa era ministro, y ámbas
Las manos le apretaba al duro tronco:
Hasta la misma planta ligaduras
Contra ella daba, y de un vencido ramo
Dos tiernas varas duramente ataban
Sus delicadas piernas. Allí vimos
En su presencia un sátiro villano,
Que entónces acababa de ligarla.
Fuése tras él Aminta con un dardo
(Que tuvo acaso en la derecha mano)
Como un fiero Leon, y yo entretanto
Estaba yà de piedras prevenido,
Con que el sátiro vil huyó en efeto.
Pues como diese espacio su huída
A que Aminta mirase, él codiciosos
Volvió sus ojos á los miembros bellos,
Que cual tremola entre los juncos leche,
Delicados y blancos parecian;
Y todo vi, se demudó en el rostro.
Despues llegóse blandamente á ella,
Y con modestia dijo: o bella Silvia,
Perdona aquestas manos, si llegarse
A tus miembros es mucho atrevimiento,

Pues las obliga necesaria y pura
Fuérza de desatar aquestos nudos;
No (ya que les concede la fortuna
Esta felicidad) te pese de ella.

CORO.

Palabras de ablandar los pedernales.
¿Y qué le respondió?

TIRSI.

Ninguna cosa;
Mas con vergüenza y con desden, al suelo
Bajando el rostro, el delicado seno,
Cuanto podia torciéndose, cubria.
El, echando delante su cabello
Rubio, se puso á desatar, y en tanto
Hablaba así: ¿cuando tan bellos nudos
Un tan grosero tronco ha merecido?
¿Pues qué ventaja llevan los amantes,
Que sirven al Amor, si ya comunes
Son con las plantas sus preciosos lazos?
¿Planta cruel, pudiste unos cabellos
De oro ofender, que tal honor te hacian?
Esto le dijo al desatar sus manos,
En tal modo, que junto parecia,

Que temiese tocarla, y desease.
Bajó luego á los pies por desasirlos;
Mas como Silvia ya se viese libres
Las manos, dijo esquiva y desdeñosa:
No me toques, pastor, soy de Diana,
Yo me desataré los pies, aparta.

CORO.

¿Qué tal orgullo en una Ninfa albergue?
Por cierto ingrata paga de tal obra.

TIRSI.

El apartóse con respeto á un lado,
Aun sin alzar los ojos á mirarla;
Aquel placer negándose á sí mismo,
Por no darle cuidado de negarlo.
Yo que escondido lo miraba todo,
Y lo escuchaba, cuando vi tal cosa
Mil voces quise dar, al fin me abstuve.
Mas oye que estrañeza: ella en efeto,
Despues de gran fatiga, desatóse,
Y sin decir á Dios, apénas libre,
Partió de allí como una cierva huyendo:
Y no habia causa de temer ninguna,
Que ya de Aminta conocia el respeto.

CORO.

¿Pues como así huyó?

TIRSI.

Porque no quiso
Tener obligacion á la modestia
Y amor del jóven, sino á su carrera.

CORO.

¿Qué es hasta eso ingrata? ¿Y el cuitado
Qué hizo entónces, dinos, ó qué dijo?

TIRSI.

Eso no sé, porque de furia ardiendo
Corrí por alcanzarla y detenerla,
Al fin perdíla, y fué el trabajo en vano:
Despues volví á la fuente donde habia
Quedado Aminta, y no le ví; mas siento
El corazon presago de algun daño:
Sé que éstaba dispuesto de matarse,
Aun ántes que esto sucediese.

CORO.

Es uso,
Y arte del que ama amenazarse á muerte;
Mas raras veces ha llegado á efeto.

TIRSI.

uieran los altos Dioses, que no sea
minta alguno de los raros.

CORO.

Calla,
)ue no será.

TIRSI.

Yo quiero irme á la cueva
Del sabio Elpino, donde si él es vivo,
?or dicha le hallaré; porque allí suele
Alentar sus tristezas y tormentos
Al dulce son de la zampoña clara,
Que trae las piedras á escuchar del monte,
Hace correr de pura leche el rio,
Y miel brotar de las cortezas duras.

SCENA II.

AMINTA, DAFNE Y NERINA.

AMINTA.

Rigurosa piedad por cierto usaste
Conmigo, Dafne, al detener el dardo,
Porque será mi muerte,

Cuanto mas dilatada, mas amarga:
Y dime agora, ¿para qué me engañas
Por diversos caminos, y entretienes
Con tus varias razones tan en vano?
Si temes que me mate, mi bien temes.

DAFNE.

¿Porqué te desesperas,
Aminta? que si yo bien la conozco
No fué crueldad, sino vergüenza sola
La que movió á tu Silvia que huyese.

AMINTA.

¡Ay triste yo! que mi salud seria
Desesperar, despues que la esperanza
Mi destruccion ha sido: y todavia,
Tienta reverdecer dentro del pecho,
Solo para que viva:
¿Y al que es tan desdichado,
Qué mas fiero tormento que la vida?

DAFNE.

Vive, mezquino, miserable, vive,
Solo para que goces
De la felicidad, cuando viniere:
Sea premio á tu esperanza

(Si en vivir esperando te mantienes)
Lo que miraste en la desnuda bella.

AMINTA.

No pareció al Amor, y á mi fortuna,
Que era yo enteramente desdichado,
Si no me descubrian
Enteramente aquello, que me niegan.

NERINA.

¿Qué he de ser yo en efeto la siniestra
Corneja de una nueva tan amarga?
¡O para siempre mísero Montano!
¿Qué sentirá tu pecho, cuando entiendas
El duro caso de tu Silvia cara?
¡O viejo padre y ciego!
¡Padre infeliz! mas ya no serás padre.

DAFNE.

Oigo una triste voz.

AMINTA.

Yo siento el nombre
De Silvia, que me hiere los oidos,
Y el corazon: ¿mas quien la nombra? escucha.

DAFNE.

Esta es Nerina, Ninfa á Cintia cara,

De bellos ojos, y de lindas manos,
Talle gentil, y movimiento airoso.

NERINA.

Quiero con todo, que lo sepa y trate
De buscar las reliquias miserables,
Si algunas han quedado. ! Ay Silvia, ay Silvia!
¡ Ay como fué tu suerte desdichada!

AMINTA.

¡ Ay de mi! ¿ qué será lo que esta dice?

NERINA.

Dafne.

DAFNE.

¿ Qué estás hablando entre ti mesma?
¿ O como á Silvia nombras y suspiras?

NERINA.

Con ocasion bastante
Suspiro el triste caso.

AMINTA.

Ay, ¿ De qué caso
Podrá decir aquesta ? que yo siento,
Yo siento el corazon, que se me hiela,
Y enflaquece el espíritu: ¿ está viva?

DAFNE.

Cuenta que triste caso es el que dices.

NERINA.

¡O cielos! ¿yo he de ser la mensagera?
¿Y me obligan tambien á que lo cuente?
Vino desnuda Silvia á mi morada
(Y la causa ya debes de saberla)
Despues vestida, me rogó que fuese
Con ella á cierta caza, que ordenada
Estaba al bosque dicho de la encina.
Fuimos, hallámos muchas Ninfas juntas,
Y luego á breve rato desemboca
(No sé de donde) un carnicero lobo
De terrible grandeza, cuyo labio
Manchaba el suelo de sangrienta espuma:
Silvia al momento acomodó una flecha
A un arco que le di, dispara, y dale
En la cabeza: él emboscóse, y ella
Al bosque le siguió, vibrando un dardo.

AMINTA.

¡O qué principios de dolor! ¡ay triste!
¿Qué fin me anuncian?

NERINA.

Yo con otro dardo
Seguí su rastro, pero léjos mucho,
Porque partí mas tarde : ya que estaban
Dentro del bosque, allí no pude verla;
Mas tanto fuí siguiendo sus pisadas,
Que en lo mas solo me hallé y espeso:
En esto ví de Silvia el dardo en tierra,
Y poco mas abajo un blanco velo,
Que yo misma primero á su cabeza
Le revolví. He aquí cuando miraba
A todas partes, siete lobos veo
Lamiendo de la tierra alguna sangre
Vertida en cerco de unos hueses mondos;
Y fué mi suerte, que ellos no me viéron,
(Tan atentos estaban á su pasto)
Así que de piedad y de temor llena
Volvíme atras. Aquesto es cuanto puedo
Decir de Silvia, y veis aquí su velo.

AMINTA.

¿Has dicho poco, Ninfa? o velo, o sangre,
O Silvia, tú eres muerta!

DAFNE.

Ay desdichado,
Amortecido está de pena, ó muerto.

NERINA.

Aun todavia respira : esto habrá sido
Algun breve desmayo : ya revive.

AMINTA.

¿ Porqué asi me atormentas,
Dolor, que ya no acabas de matarme?
Quizá á mis manos el oficio dejas:
Yo soy, yo soy contento
Que ellas tomen el cargo,
Ya que tú lo rehusas, ó no puedes.
¡Ay triste! si no falta
A la certeza ya ninguna cosa,
Y nada falta al colmo
De la miseria mia,
¿Qué espero mas? qué busco? ¿ah Dafne, Dafne,
Para este amargo fin me reservaste?
¿ Para este fin amargo?
Dulce morir era por cierto el mio,
Cuando matarme quise:
Tú lo estorbaste, y estorbólo el cielo,

Al cual le parecia,
Que con mi muerte se evitaba el daño,
Que ordenado me èstaba; mas agora
Que ha ejecutado su crueldad extrema,
Bien sufrirá que muera,
Y tú sufrirlo debes.

DAFNE.

Suspende pues tu muerte,
Hasta que la verdad mejor entiendas.

AMINTA.

¿Qué mas quieres que espere?
Ya sobra lo esperado y lo entendido.

NERINA.

¡O quien ántes hubiera sido muda!

AMINTA.

Ninfa, dame, te ruego,
Ese su velo, esa funesta y sola
Reliquia suya, porque me acompañe
En este breve espacio,
Que me queda de tiempo y de la vida.

NERINA.

¿Debo darlo, ó negarlo?

Pero negarlo debo,
Sabida la ocasion porque le pide.

AMINTA.

¿Cruel, así me niegas
Un tan pequeño don al punto extremo?
Hasta en esto se muestra mi enemigo
El fiero hado; pues dejarle quiero,
Contigo quede, y aun quedaos vosotras,
Que yo me voy donde volver no espero.

DAFNE.

Aminta, aguarda, escucha:
¡Ay de mí, con la furia que se parte!

NERINA.

El camina de suerte,
Que es por demas seguirlo; así yo quiero
Proseguir mi viage, y por ventura
Será mejor que calle,
Y nada cuente al misero Montano.

CORO.

No es menester la muerte;
Que si es para obligar un pecho noble,
Basta la fe con un amor conforme:
Ni la que se pretende
Es tan dificil fama,

Si persevera firme el que bien ama;
Que es premio amor, que con amar se alcanza,
Y muchas veces, si al amor inquiere,
Gloria inmortal el amador adquiere.

ACTO CUARTO.

SCENA I.

DAFNE, SILVIA Y CORO.

DAFNE.

El viento lleve con la mala nueva,
Que se esparció de tí, tus males todos,
Los por venir, o Silvia, y los presentes;
Pues te juzgué ya muerta, y gloria al cielo,
Viva y sana te miro: de tal suerte
Ha contado Nerina tu suceso,
Que ojalá fuera muda, y otro sordo.

SILVIA.

Cierto fué grande el riesgo, y ella tuvo
Causa bastante de juzgarme muerta.

DAFNE.

Mas no bastante causa de decirlo.
Ora cuéntame el riesgo, y de que modo
Tú lo escusaste.

SILVIA.

Yo siguiendo un lobo
Me embosqué en lo profundo de la selva
Tanto, que lo perdí de rastro; y miéntras
Volverme procuraba al mismo puesto,
Donde partí primero; el lobo miro,
Al cual reconocí por una flecha,
Que yo le habia clavado de mi mano
Junto á la oreja; vílo entre otros muchos
Al rededor de un animal, que habian
De fresco muerto, cuya forma entónces
No supe distinguir: el lobo herido
Pienso me conoció, porque se vino
Contra mí con la boca ensangrentada.
Yo lo esperaba audaz, y con la diestra
Vibraba un dardo: ya tú sabes, Dafne,
Si con destreza sé tirarle, y sabes
Si jamas yerra de mi mano el golpe.
Ya que lo ví tan cerca de mi puesto
Cuanto me pareció distancia justa

Para la herida, le arrojé mi dardo
En vano; porque (ó fué de la fortuna
La culpa ó mia) por herir al lobo
Clavé una planta: entónces se venia
Con mas furioso encuentro á acometerme.
Yo viéndole tan cerca, que del arco
Era imposible entónces ya valerme,
Y no siendo señora de otras armas;
Dispúseme á huir, y miéntras huyo,
El me viene siguiendo: advierte agora.
Un velo, que revuelto yo tenia
A los cabellos, desplegóse en parte,
Y andaba ventilando, tal que á un ramo
Se marañó; yo siento que me tiran,
Y me detienen, sin saber quien fuese;
Mas con el miedo de morir, redoblo
La fuerza á la carrera, y de su parte
El ramo no se vence, ni me deja:
Al fin del velo me desasgo, y pierdo
Con él algunas hebras del cabello;
Y tantas alas á los pies fugaces
Me puso el gran temor, que libre y sana
De la selva salí: despues volviendo
Hácia mi albergue, te encontré turbada,

oda turbada, y me espanté de verte,
orque de solo verme te espantabas.

DAFNE.

ú estás viva, y alguno ya no vive.

SILVIA.

Qué me dices? ¿ te pesa por ventura
ue viva esté? ¿qué tanto me aborreces?

DAFNE.

láceme de tu vida, mas me duele
e agena muerte.

SILVIA.

¿De qué muerte dices?

DAFNE.

De la muerte de Aminta.

SILVIA.

Ay, ¿como es muerto?

DAFNE.

El como no lo sé, ni aun el efeto
Puedo afirmar, mas téngolo por cierto.

SILVIA.

Qué es lo que dices? ¿pues á qué atribuyes
La causa de su muerte, di?

DAFNE.

A tu muerte.

SILVIA.

Yo no te entiendo.

DAFNE.

La terrible nueva
De esa tu muerte, que por cierta tuvo,
Le habrá dado al mezquino el hierro ó lazo,
O alguna cosa tal, que lo haya muerto.

SILVIA.

Será vana sospecha la que tienes,
Como la de mi muerte; que cualquiera
Salva la vida suya miéntras puede.

DAFNE.

¡Ay Silvia! tú no sabes, ni lo crees,
Cuanto el fuego de amor puede en un pecho,
En un pecho de carne, y no de piedra,
Cual ese tuyo; que si lo creyeras,
Hubieras ya querido á quien te quiere
Mas que las mismas niñas de sus ojos,
Y el espíritu mismo de su vida;
Lo cual sé yo, y aun helo visto. Vilo

uando huiste, como tigre fiera,
l tiempo que debieras abrazarlo:
olver le ví contra su pechoun dardo,
esesperado, y á morir expuesto,
 sin arrepentirse, al fiero hecho;
ues en efeto se pasó el vestido
Hasta la piel, dejándola teñida
De su sangre, y pasara mas adentro
La punta, y fuera el corazon herido,
Que tú con mas violencia ya heriste,
Si entónces yo no le detengo el brazo,
Y su furor impido. Quizá aquella
Herida breve fué un ensayo solo
De su furor, de la desesperada
Constancia suya, y le mostró la via
Al hierro audaz, para que ya supiese
Arrojarse por ella libremente.

SILVIA.

¡Ay! ¿qué me cuentas?

DAFNE.

Y despues lo he visto
Cuando escuchó la desdichada nueva
De que eras muerta: del afan y angustia

Amortecerse; y con furor extraño
Luego partir de allí para matarse;
Y de esta vez se habrá de veras muerto.

SILVIA.

¿Qué lo tienes por cierto?

DAFNE.

Por sin duda.

SILVIA.

Triste de mi, ¿porqué no le seguiste
Para *impedirlo*? Ven, busquemos, vamos,
Que si la muerte mia
Le quitaba la vida,
Mas fácilmente espero,
Que mi vida le salve de la muerte.

DAFNE.

Ya le seguí, mas tan *veloz corria*,
Que se despareció de mí en un punto,
Y nada me valió buscar sus huellas.
¿Mas donde quieres ír sin rastro alguno?

SILVIA.

Ay, Dafne! él morirá si no le hallamos.

DAFNE.

Cruel! sientes acaso que te usurpe

La gloria de tal hecho? tú en efeto
Quisieras haber sido su homicida?
¿No te parece, ingrata, que su muerte
Debe ser obra de otra, que tu mano?
Ora consuélate, que como quiera
Que el desdichado muera, tú le matas.

SILVIA.

O Dafne; tú me afliges;
Y el gran dolor que siento de su daño,
Se aumenta mas con la memoria acerba
De mi rigor pasado,
Que honestidad llamaba, y fuélo cierto;
Pero fué muy severa y rigurosa:
Agora lo conozco, y me arrepiento.

DAFNE.

¿Qué es lo que escucho? ¿tú piadosa, Silvia?
¿Tú en ese corazon sientes afecto
Alguno de piedad? ¿qué es lo que veo?
¿Tú lloras, tú? ¡notable maravilla!
¿Y es de amor en efeto ese tu llanto?

SILVIA.

No lloro yo de amor, de piedad lloro.

DAFNE.

No importa : la piedad es mensagera
De amor, como el relámpago del trueno.

CORO.

Y aun muchas veces, cuando él mismo quiere
Entrar oculto en los sinceros pechos,
Que lo excluyéron ántes con severa
Honestidad; la semejanza toma
De la piedad, que es su ministra y *nuncia*,
Y con *estos disfraces* engañando
Las jóvenes sencillas,
Dentro en sus corazones se aposenta.

DAFNE.

Llanto de amor es este, mucho abunda,
Tú callas : en fin amas, pero en vano.
¡O poder del amor! justo castigo
Sobre esta Ninfa envia.
Mísero Aminta, tú (como la abeja,
Que hiriendo muere, y en la agena llaga
Deja la propia vida) con tu muerte
Has herido en efecto un duro pecho,
Que aun no picaste en tanto que viviste.
Si eres agora espíritu desnudo

a de los miembros, como yo presumo,
quí estarás sin duda:
Mira su llanto, y goza de tu suerte,
n vida amante, y en la muerte amado.
Y si era tu destino, que en la muerte
amado fueses, y esta fiera quiso
Vender su amor por tan subido precio;
El precio mismo que pidió, le diste,
Y ya su amor con tu morir compraste.

CORO.

Por cierto caro precio al que le ha dado,
Cuanto inútil y vil á quien le admite.

SILVIA.

¡O si pudiera ser comprar su vida
Yo con mi amor, ó con mi vida mesma,
Si al fin es muerto!

DAFNE.

¡O tardo desengaño!
Tarda piedad sobrada,
Cuando á ningun efecto es de provecho.

SCENA II.

ERGASTO, SILVIA, DAFNE Y CORO.

ERGASTO.

Traigo tan lleno de piedad el pecho,
Y tan lleno de horror, que no oigo ó veo
Cosa alguna do quiera que me vuelva,
Que todo no me espante y me congoje.

CORO.

¿Con qué puede venir, ay Dios! agora
Este pastor, que muestra
Tal turbacion en el semblante y lengua?

ERGASTO.

Traigo la nueva triste
De la muerte de Aminta.

SILVIA.

¡Ay lo que dice!

ERGASTO.

El mas noble pastor de nuestras selvas,
El mas gallardo, afable, y comedido,
Amado de las Ninfas y las Musas,
Murió en su juventud: ¡ay de qué muerte!

CORO.

Dinos como, pastor, porque contigo
Llorar podamos su desgracia y nuestra.

SILVIA.

¡Ay que no oso llegarme
Adonde escuche y sepa
Lo que saber no escuso!
Duro corazon mio,
Aspero y fiero corazon, ¿qué temes?
¿De qué te espantas? Vete presto, acaba
Contra el cuchillo agudo de una lengua,
Y aquí demuestra agora tu fiereza.
Pastor, yo vengo por la parte mia
De ese dolor, que á los demas prometes;
Porque me pertenece
Quizá mas que tú piensas
Y cuál debida prenda lo recibo;
Asi que de dolor tan propio mio
No debes serme escaso.

ERGASTO.

¡Ah Ninfa! yo te creo,
Que mil veces al misero sentia
Llamar tu nombre al acabar su vida.

DAFNE.

Comienza ya la dolorosa historia.

ERGASTO.

Yo estaba en lo mas alto del collado,
Donde mis redes hoy tendido habia,
Cuando bien cerca ví pasar á Aminta,
Muy trocado en el rostro y movimiento
Del que ántes era, muy turbado y triste :
Tras él partí corriendo, y en efeto
Lo alcancé, y lo detuve; el cual me dijo :
Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,
Y es que conmigo vengas por testigo
De cierta accion; mas quiero que me obligues
Antes tu fe con juramento estrecho,
De estarte á un lado, y no moverte un paso
A impedir el efeto de mi intento.
Yo (¿quien pensara tan estraño caso,
Ni tan ciego furor?) hice, cual quiso,
Mil conjuros horribles, invocando
A Pan, á Pales, Príapo, y Pomona,
Y á la nocturna Ecátes. Luego anduvo,
Y me llevó por lo fragoso y agro
Del collado, por cuestas y barrancos

ıcultos, sin camino ó senda alguna,
)o pende al cabo un precipicio á un valle.
qui nos detuvimos; yo mirando
l fondo, estremecíme de improviso,
al punto atras me retiré; y el mozo
Iizo alguna señal como de risa,
serenó su rostro, el cual afecto
'ué el motivo mayor de asegurarme.
)espues hablóme así: mira que cuentes
o que verás á Ninfas y Pastores.
uego dijo, mirando al hondo valle:
i yo á mi voluntad hallar pudiera
rontos así de los hambrientos lobos
l vientre y los colmillos, como tengo
ste despeñadero, bien quisiera
Morir la muerte, que murió mi vida:
Quisiera que estos miembros miserables
Fuesen despedazados
(¡ Ay triste!) como fuéron
Aquellos de mi Silvia delicados:
Mas puesto que no puedo,
Y ya que á mi deseo
El cielo niega las voraces fieras,
Quiero seguir camino diferente

Para morir : yo seguiré otra via,
La cual será á lo ménos
La mas breve, sino la que debia.
Ea: Silvia, ya te sigo.
Ya voy á acompañarte,
Y muriera contento, si entendiera
Al ménos con certeza, que seguirte
No fuese disgustarte, y que tus iras
Se hubiesen acabado con la vida :
Ea, Silvia, yo te sigo.
Esto dicho; de encima del barranco
Precipitóse, vuelta la cabeza
Hácia lo hondo, y yo quedéme helado.

SILVIA.

¡Ay desdichada!

DAFNE.

¡Miserable Aminta!

CORO.

¿Porqué no lo impediste?
¿Hízote acaso estorbo
A detenerlo el juramento hecho?

ERGASTO.

No, no, que despreciando el juramento

(ano quizá en tal caso)
ando advertí su temeraria y loca
solucion, corrí con ambas manos,
como quiso su enemiga suerte,
asi de este cendal, que lo ceñia,
cual no siendo á sostener bastante
peso con el ímpetu del cuerpo,
ue ya del todo abandonado estaba,
me quedó en la mano hecho pedazos.

CORO.

Y que fué de su cuerpo desdichado?

ERGASTO.

o lo sabré decir, porque yo estaba
on tal horror y lástima, que cierto
o tuve corazon para asomarme,
or no mirarlo dividido en piezas.

CORO.

O lastimoso caso!

SILVIA.

ien soy de piedra dura,
ues una nueva tal aun no me acaba.
riste de mí, si aquella falsa muerte

De quien le odiaba tanto,
Le ha quitado la vida; justo fuera,
Que la infalible muerte
De quien me quiso tanto
Me quitase la vida.
Y quiero me la quite, si no puede
Con el dolor, al ménos con el hierro,
O ya con este ceñidor infausto;
Este, que nó sin causa
No siguió las ruinas
De su caro señor; mas quedó solo
Para tomar venganza
De mi crueldad, y de su muerte injusta.
Prenda infeliz, de dueño
Mucho mas infelíz, no te disguste
Quedar en este abominable albergue,
Que solamente quedas
Para instrumento de venganza y pena.
Por cierto yo debia
Haber sido en el mundo compañera
Del infeliz Aminta; y pues no quise,
Seré por obra tuya su consorte
En el profundo abismo.

CORO.

Consuélate, zagala,
Que no es tuya la culpa,
Sino de la fortuna.

SILVIA.

¿De qué llorais, pastores?
Si de mi afan llorais, yo no merezco
Piedad ninguna, que no supe usarla:
Y si llorais la desdichada muerte
Del mísero inocente, es muy pequeña
Demostracion de pérdida tan grande.
Y tú, mi Dafne, enjuga
Por Dios esas tus lágrimas, si he sido
Yo la ocasion; y suplicarte quiero,
(No por piedad de mí, sino del triste,
Que fué mas digno de ella)
Me ayudes á buscar sus miserables
Miembros, y sepultarlos:
Este cuidado solamente impide
El darme aqui la muerte:
En este oficio solo
Quiero pagar, pues otro no me queda,
El amor que me tuvo; bien que puede

Contaminar esta homicida mano
La piedad de la obra; mas con todo
Entiendo y sé, que le será agradable,
Al ménos por ser obra de mi mano;
Porque me quiere y ama
Cual lo mostró muriendo.

DAFNE.

Soy contenta por cierto de ayudarte
En el piadoso oficio;
Mas, tú, morir del pensamiento borra.

SILVIA.

Hasta agora viví para mí mesma,
Y para mi fiereza; agora quiero
Vivir lo que me queda para Aminta,
O viviré á lo ménos
Para su helado y mísero cadaver.
Tanto, y no mas es lícito que viva,
Y luego, que se acaben
A un tiempo sus exequias y mi vida.
Pero, dime, pastor, ¿por qué camino
Podemos ir al valle, do el barranco
Tiene su asiento?

ERGASTO.

Aqueste ha de llevaros,
Y él estará de aquí poco distante.

DAFNE.

Vamos, guiaréte yo, que bien me acuerdo
De este lugar que dice.

SILVIA.

A Dios, pastores,
Prados á Dios, á Dios selvas y rios.

ERGASTO.

Hablando va de suerte, que denota
Estar dispuesta á la última partida.

CORO.

Lo que la muerte rigurosa atierra,
Amor, tú lo reparas, dulce y blando,
Siempre amigo de paz, y ella de guerra,
De cuyos triunfos siempre vas triunfando
Y la vez que dos almas en la tierra
Ligas sus voluntades conformando,
Tanto se muestra semejante al cielo,
Que no desdeñas habitar el suelo.
En la pureza del celeste asiento

No se han visto jamas turbadas iras ;
Asi tú en el humano entendimiento
Una apacible mansedumbre inspiras :
El ódio, el alterado movimiento
Del blando pecho y corazon retiras ;
Y casi hace tu valor superno
De todo lo mortal un giro eterno.

ACTO QUINTO.

SCENA I.

ELPINO Y CORO.

ELPINO.

No hay duda que la ley con que gobierna
Amor su grande imperio eternamente,
No es injusta, ni dura, y que sus obras
Llenas de providencia y de misterio,
Sin razon se abominan y condenan.
¡O cuan artificioso, por caminos
No conocidos encamina al hombre

A su felicidad, y entre los bienes
Lo pone al fin de su amorosa gloria,
Cuando él se juzga al fondo de sus males!
He aquí precipitado Aminta sube
Al sumo colmo del mayor contento.
¡O tú feliz, ó venturoso Aminta,
Y mas cuanto mas fuiste desdichado!
Esperar con tu ejemplo agora puedo,
Que vez alguna aquella dulce ingrata,
Que con piadosa risa encubre y cela
El acero mortal de su fiereza,
Con fiel piedad mi corazon repare,
Que con piedad fingida tiene herido.

CORO.

Aquí se nos acerca el sabio Elpino,
Y escuchad sus razones, que de Aminta
Hablando viene, como si él viviera,
Y le llama feliz y venturoso.
¡O condicion de los amantes dura!
Sin duda juzga venturoso amante
Al que muriendo al fin piedad alcanza
En el amado pecho de su Ninfa;
Esto tiene por gloria, y esto espera.

¡De cual ligero premio el Dios alado
Contenta sus secuaces! Dime, Elpino,
¿En estado tan mísero te hallas,
Que venturosa llamas á la muerte
Del infeliz Aminta, y semejante
Fin desdichado para tí deseas?

ELPINO.

Amigos, bien podeis estar alegres,
Porque es falsa la fama de su muerte.

CORO.

¡O cuanto nos alegra lo que dices!
En fin ha sido falso, segun eso,
Que se precipitó.

ELPINO.

Verdad ha sido;
Mas fué feliz el precipicio, tanto,
Que en una imágen mísera de muerte
Le trajo vida y bien; agora queda
Entre los dulces brazos de su Ninfa,
Piadosa ya, lo que ántes rigurosa;
La cual en tanto con su boca misma
Las lágrimas le enjuga de los ojos:
Así voy á llamar al buen Montano,

ella padre, y llevarlo donde agora
uedaban juntos, porque el gusto suyo
es falta solamente, y ya dilata
a voluntad unánime de entrámbos.

CORO.

Iguales son de edad y gentileza,
En el deseo conformes : y Montano
De nietos deseoso, y de ampararse
Alegre en la vejez con tal presidio;
Así que el gusto de ámbos será suyo.
Mas tú nos cuenta por tu vida, Elpino,
Cual Dios, ó cual ventura al buen Aminta
Salvar le pudo de peligro tanto.

ELPINO.

Yo lo diré, escuchad, escuchad todos
Lo que vi por mis ojos. Yo me estaba
Junto á mi cueva, que vecina al valle,
Y casi al pie del gran collado yace,
Do forma falda su ladera enhiesta :
Allí con Tirsi andaba razonando
De aquella, que en la misma red y lazos
Primero á él, y á mí despues ha envuelto,
Y anteponiendo mi servir continuo

A su retiramiento y libre estado :
Cuando una voz nos levantó los ojos;
Y el ver de lo alto despeñarse un hombre,
Y verlo dar sobre una espesa mata,
Fué todo un punto. En el collado habia
Poco alto de nosotros, producido
De mucha yerba, espina y otros ramos
Juntos, y estrechamente entretejidos,
Un grande haz : en este, ántes que diese
En otra parte, vino á dar el golpe :
Y bien que el golpe al fin lo desfondase,
Y él mas abajo á nuestros pies cayese,
Aquel estorbo, aquel impedimento
Tanto ímpetu quitó de la caida,
Que ella no fué mortal: pero con todo
Tan grave fué, que un hora larga estuvo
Como aturdido, y fuera de su acuerdo.
Quedamos mudos de piedad y espanto
Los dos al espectáculo improviso,
Conociendo el pastor; mas conociendo
Que no era muerto, ni tampoco estaba
Para morir, el duelo mitigamos.
Tirsi entónces me dió larga noticia
De sus secretos, sus amores tristes :

Mas miéntras con diversos argumentos
Procuramos hacer que reviviese;
Enviado ya á llamar Alfesibeo,
A quien Febo enseñó la Medicina,
Cuando le dió la cítara y el plectro;
Llegáron juntamente Dafne y Silvia,
Que, como luego supe, iban buscando
El triste cuerpo que tenian por muerto.
Pues cuando Silvia lo conoce, y mira
En las mejillas pálidas de Aminta
Una belleza tal, que la violeta
Nunca tan dulcemente se marchita;
Y él con gemido débil, que parece,
Que en los suspiros últimos al aire
Exhala el alma á guisa de Bacante;
Con altos gritos y herirse el pecho
Se arroja con el cuerpo que yacia,
Juntando rostro á rostro, y boca á boca.

CORO.

¿Pues como no la abstuvo la vergüenza,
Siendo ella tan severa y tan esquiva?

ELPINO.

Abstiene la vergüenza un amor débil,

Mas de un amor constante es débil freno.
Luego como si fueran sendas fuentes
Sus ojos, comenzó con vivo llanto,
Del jóven á bañar el rostro frio:
Y fué aquel agua de virtud tan grande,
Que en sí volvió, y abriendo ya los ojos,
Un ay profundo le salió del pecho
Con gran dolor, y el ay que tan amargo
Partió del corazon, se encontró luego
Con el aliento de su Silvia cara,
Que lo acogió en su boca, y en aquesta
Se convirtió al instante dulce y puro.
¿Quien os sabrá decir como quedáron
En aquel punto entrámbos? ya seguro
Del amor de su Ninfa el fiel Aminta,
Y viéndose en sus brazos apretado.
Quien sabe que és amor, él solamente
Por sí mismo lo juzgue; mas no entiendo
Puede juzgarse; cuanto mas decirse.

CORO.

¿En fin Aminta está de suerte sano,
Que ya no hay riesgo de su vida?

ELPINO.

Aminta
tá pues sano, aunque su rostro un poco
ene arañado y quebrantado el cuerpo;
as es nada en efeto, y él lo estima
or ménos de lo que es : ¡ dichoso jóven!
ue así ha dado señal de amor tan grande,
agora logra del amor el premio,
quien las penas todas y peligros
asados sirven de mayor contento.
Pero quedaos á Dios, porque yo sigo
Mi camino á buscar el buen Montano.

CORO.

No sé, si siendo tanta la amargura,
Que ese pastor amante
Ha padecido en su penoso estado;
Puede al presente alguna gran dulzura
Darle sabor bastante
En recompensa á todo el mal pasado,
Y si es mas estimado,
Y mas alegra el bien tras muchos males;
Amor, de bienes tales
Premia á los otros, que en dominio tienes,

Que yo no pido tus mayores bienes.
  Tras breves ruegos, y servicios breves,
Quiero me admita luego
Mi amada Ninfa con amor piadoso:
Y solo mezcle de cuidados leves
Nuestro dulce sosiego,
No tan grave tormento y riguroso:
Mas un desden zeloso,
Una esquiveza blanda enamorada;
Guerra en fin limitada,
A quien la dulce paz y tregua siga,
Que en mas ardor los corazones liga.

FIN.

ÍNDICE.

OESI ESCOGIDAS DE LOPE DE VEGA.

POESIAS ESCOGIDAS DE JAUREGUI.

FIN DEL INDICE.

224
32
192

